



Antonio Di Benedetto

El silenciero

Prólogo: Juan José Saer

Lectulandia

Es uno de los nombres que debe tomarse en cuenta para la evaluación de la literatura experimental en la Argentina. Atento a las posibilidades de renovación de las técnicas narrativas, Di Benedetto ha entrado en esa riesgosa aventura y debe convenirse en que lo ha hecho con notable felicidad.

Las tres principales novelas de Antonio Di Benedetto, *Zama*, *El silenciero* y *Los suicidas*, en razón de la unidad estilística y temática que las rige, forman una especie de trilogía y, digámoslo desde ya para que quede claro de una vez por todas, constituyen uno de los momentos culminantes de la narrativa en lengua castellana de nuestro siglo. En la literatura argentina, Di Benedetto es uno de los pocos escritores que ha sabido elaborar un estilo propio, fundado en la exactitud y en la economía y que, a pesar de su laconismo y de su aparente pobreza, se modula en muchos matices, coloquiales o reflexivos, descriptivos o líricos, y es de una eficacia sorprendente. De ese arte singular, *El silenciero* es una de las cumbres.

Lectulandia

Antonio di Benedetto

El silenciero

ePub r1.0
diegoan 28.02.16

Título original: *El silenciero*
Antonio di Benedetto, 1964

Editor digital: diegoan
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Las tres principales novelas de Antonio Di Benedetto, *Zama*, *El silenciero* y *Los suicidas*, en razón de la unidad estilística y temática que las rige, forman una especie de trilogía y, digámoslo desde ya para que quede claro de una vez por todas, constituyen uno de los momentos culminantes de la narrativa en lengua castellana de nuestro siglo. En la literatura argentina, Di Benedetto es uno de los pocos escritores que ha sabido elaborar un estilo propio, fundado en la exactitud y en la economía y que, a pesar de su laconismo y de su aparente pobreza, se modula en muchos matices, coloquiales o reflexivos, descriptivos o líricos, y es de una eficacia sorprendente. Su habilidad técnica —a él no le hubiese gustado la palabra y a mí tampoco me convence demasiado—, que un rasgo personal suplementario, bastante escaso en nuestra época por otra parte, la discreción, relega siempre a un segundo plano, es también asombrosa, y si bien es la tensión interna del relato la que organiza los hechos, esa maestría excepcional los destila sabiamente para darles su lugar preciso en el conjunto. De sus construcciones novelísticas, el capricho está desterrado. Su arte sutil va descartando con mano segura las escorias retóricas para concentrarse en lo esencial. De ese arte singular, *El silenciero* es una de las cumbres. Aparecida por primera vez en 1964, esta novela prosigue el soliloquio narrativo iniciado con *Zama* en 1956 y que se prolongará en *Los suicidas*, publicada en 1966, formando un sistema tácito que se propone representar el mundo, del que el ruido, en *El silenciero*, no es más que una variación metonímica, como «un instrumento de-no-dejar-ser». Del abandono cósmico de *Zama* al inventario metódico de las circunstancias y de las razones que pueden legitimar el suicidio, el hombre de Di Benedetto vive acorralado por el ruido destructor del mundo. Y el silenciero —neologismo admirable que ilustra la precisión conceptual de Di Benedetto y su capacidad para aprovechar las delicadas evocaciones del habla—, ese personaje sin nombre encerrado en su universo persecutorio, que sólo logra eternizar la tortura cuando decide neutralizar sus causas, es una figura eminente entre las muchas que se perfilan en el paisaje inconfundible de sus relatos. Los que hacen derivar la novela de la épica, con buenas razones históricas probablemente, deberían darse por vencidos: en esta trilogía poco común, las chafalonías melodramáticas y morales de la épica ya no tienen cabida. Los personajes de Di Benedetto se debaten, apagadamente podría decirse, clavados a su imposibilidad de vivir, como un insecto todavía vivo en una lámina de naturalista, por la punta hiriente de alguna obsesión, la esperanza irrazonable, el suicidio, los ruidos «que alteran el ser». La ingenuidad épica de la que habla Adorno, la inmersión en lo concreto, el puro actuar a salvo del veneno paralizante de la conciencia reflexiva, sólo existe en los personajes de Di Benedetto como leyenda: el «irse» de *Zama* o de *Besarión*, la escritura que otorgará la plenitud y con ella la emancipación de la servidumbre que impone lo exterior para el narrador de *El silenciero*: «De día pensé que me faltaban, hasta en el sueño, dones o ambición de héroe». La conciencia a la

vez omnipresente y discreta de ese narrador sin nombre, diagrama los acontecimientos hasta que a cierta altura del relato, percepción y delirio, sentido común y racionalización paranoica, se vuelven, sin énfasis y sin discursos explicativos, psicológicos o de cualquier otro orden, imagen vivaz de la doliente complejidad del mundo: que la anomalía esté en la conciencia o en las cosas es a decir verdad un detalle insignificante que no presenta ninguna utilidad para la resolución del problema. Mundo y conciencia, trabados en lucha secreta pero constante, ruedan juntos a su perdición. Podemos desde luego pensar que es el aliento imprevisible de la demencia lo que sopla las brasas de la obsesión, pero la protesta callada del final parece también sincera y legítima: «Mártir de la pretensión de vivir mi vida y no la vida ajena, la vida impuesta, clama la justificación dentro de mí». La vida impuesta, o el peso inhumano de lo exterior: para el silenciero (el «hacedor de silencio», como una vez le oí decir al propio Di Benedetto, satisfecho del matiz que había adquirido el título en una de sus traducciones) el ruido no es solamente múltiple por las fuentes de las que proviene, sino también por la variedad de sus sentidos posibles.

El ruido introduce en el mundo el accidente, la asimetría, el sufrimiento. Para el narrador, lo que precede a la creación del mundo, los atributos del Reposo, son la noche y el silencio, hacia lo que todo tiende otra vez, y «nuestros ruidosos años», como diría Shakespeare, no son más que un paréntesis adverso, una interrupción dolorosa de lo estable, como un caso particular dentro del ciclo intolerable de reencarnaciones sucesivas en la cárcel de las apariencias de la que, según la doctrina budista, únicamente la Bodhi, o sea el Despertar, puede liberar al Santo en la no conciencia definitiva de la Extinción. Pero el ruido representa también la mundanidad, en la connotación de superficialidad de ese término, e implica además una noción de comportamiento social irreflexivo casi programático, como forma de oposición o de postulación hiperafirmativa de sí, y hasta de imperativo generacional. La expresión «estar en el ruido», que el narrador define como una consigna de la época, le atribuye al ruido la encarnación de lo óptimo, la esencia positiva del existir, lo cual por carácter transitivo aportaría la justificación última del universo. Hay por lo tanto entre el narrador y el mundo una guerra de principios, un antagonismo orgánico, irreconciliable y extremo. Por último, otro de los muchos aspectos de la diversidad del ruido, tal vez el más destructor, es el de la ambigüedad de su origen, de su carácter, de las verdaderas razones que apuntalan su omnipresencia, ya que parece difícil saber a ciencia cierta si sus ondas enemigas nos llegan, hirientes pero ciegas, del exterior, o si, subrepticias, desquiciándonos lo mismo que a las cosas, se expanden desde algún lugar oscuro, una fuente interna íntima y remota a la vez. El colmo de la paradoja es que, en un determinado momento de la lucha, y a veces quizás desde el principio, los personajes de Di Benedetto parecen cambiar de bando y aliarse con el mundo, colaborando con él para consumir su propia derrota. En la escena final de Zama, el sublime «No morir aún» expresa menos la esperanza de

prolongar la vida —el cuerpo reducido a unos muñones sanguinolentos, la conciencia a una ensoñación empañada y tenue— que la certidumbre de seguir padeciendo el desfile sin fin de pérdidas y de humillaciones. En esto, y en una sensibilidad particular para la vileza, propia o ajena, los personajes de Di Benedetto tienen un parentesco lejano con algunos héroes de Dostoievski, pero sus heridas secretas, su aislamiento y su ironía, y sobre todo su autoironía levemente masoquista, los vuelven familiares de los de Svevo, de Pessoa y de Kafka.

Me resulta imposible no abordar antes de terminar un tema central de la literatura argentina: la prosa narrativa de Antonio Di Benedetto. Es sin duda la más original del siglo y, desde un punto de vista estilístico, es inútil buscarle antecedentes o influencias en otros narradores: no los tiene. Como, a estar con la cosmogonía judeocristiana, el mundo en que vivimos, el estilo de Di Benedetto parece surgido de la nada aunque, superior en esto a nuestro mundo que le requirió a su creador seis días para ser completado, su prosa ya estaba enteramente acabada y lista para funcionar desde la primera frase escrita. En Borges percibimos a veces ecos de Hazlitt, de Marcel Schwob, de Oscar Wilde, de Macedonio Fernández; en Roberto Arlt de los escritores rusos, de Pirandello y de la literatura futurista. Pero si en los textos de Di Benedetto ciertos temas son afines a los del existencialismo (los espectros de Kierkegaard, de Schopenhauer y de Camus atraviesan de tanto en tanto el fondo del escenario) la prosa que los distribuye discretamente en la página no tiene ni precursores ni epígonos. En un período en el que las largas oraciones supuestamente poéticas y el énfasis, los finales de capítulo impactantes y los desbordes eróticos y existenciales estaban de moda, la sobriedad estilística de Di Benedetto, demasiado enredada en la maraña insidiosa de lo real como para dejarse distraer por artificios retóricos que ni siquiera se acordaban con su temperamento, por haber elegido un camino personal, íntegro y lúcido, fue ignorada durante décadas por sucesivos e intercambiables fabricantes de reputaciones. Aunque desde el principio un pequeñísimo grupo de lectores, que fue aumentando poco a poco con los años, supo reconocer el genio evidente de sus relatos, y aunque algunas traducciones y reediciones se fueron sucediendo en las últimas décadas, la deuda inmensa de la cultura argentina con Antonio Di Benedetto aún no ha sido saldada. Los premios que recibió, y que él ostentaba con orgullo en las solapas de sus libros, eran ridículamente desproporcionados en relación con los textos que recompensaban, y hasta podríamos decir que suponían un anacronismo si se considera el sentido profundo de esos textos. Por bienintencionados que hayan sido, esos reconocimientos, municipales, provinciales o nacionales, oficiales o corporativos, proyectan una luz equívoca sobre su obra meditada y desgarradora, porque en razón de los temas que aborda y de su sabia elaboración artística, el alcance de esa obra es universal.

Juan José Saer
París, 1999

De haber ocurrido, esta historia supuesta pudo darse en alguna ciudad de América Latina, a partir de la posguerra tardía (el año 50 y su después resultan admisibles).

I

La cancel da directamente al menguado patio de baldosas. Yo abro la cancel y encuentro el ruido.

Lo busco con la mirada, como si fuera posible determinar su forma y el alcance de su vitalidad. Viene de más lejos de los dormitorios, de un terreno desocupado que yo no he visto nunca, los fondos de una casa espaciosa que emerge en otra calle.

Desde el umbral de la cocina, mi madre me previene:

—Ha sido así toda la mañana.

—¿Y qué es? —Quiero establecer, desconcertado.

—Han traído un ómnibus, han encendido el motor y lo han dejado, que siga...

Como yo nada hago por terminar de entrar, ella me advierte:

—Ha venido tu tío. Comerá con nosotros. Está leyendo las noticias.

El sol se prodiga sobre la mesa del comedor de diario. Nombrar su bondad forma parte del rito del almuerzo y resulta necesario como pronunciar la gratitud.

Pero no conseguimos proceder igual que siempre. El ruido, continuo, nos impulsa a tenerlo más presente que ninguna otra cosa.

—¿Cómo sabe que es un ómnibus?

—Le pedí a tu tío que se acercara y viera.

El hermano sólo gasta un movimiento de cabeza para avalar su informe.

La explicación del trámite está implícita: desde que eso empezó, ella se siente aturdida y molesta y se ha inquietado, a cuenta, por el hijo.

Mi tío opina:

—No puede durar. Un ómnibus viene y se va.

El ruido, presionándome la cabeza, me empuja a cuestionar:

—«Viene y se va», eso es una frase. Viene y se va cuando anda por la calle. ¿No se da cuenta que este ómnibus es diferente, que está injertado en nuestra casa? ¿No lo oye, acaso? ¡Claro, no tendrá que soportarlo, usted no vive aquí!...

La cuchara, suspendida en el aire, desbordando la sopa —esa única respuesta de la sorpresa de mi tío— achica mi vehemencia y me hace callar, mortificado.

En el silencio de los tres, ordeno las razones con que él podría moderarme: yo descargo sobre él mi agresividad y mi cólera y al hacerlo me equivoco de sujeto y me pongo injusto con torpeza; no acato la posibilidad de que el ruido de repente se apague y no regrese, me encarnizo en la suposición de que el problema se ha posesionado del futuro y ya nunca nos dará un respiro; descuido atender que lo normal de un ómnibus es circular por ahí o por allá, siempre afuera, y que un motor en marcha, si el coche no anda, es antieconómico y está sometido, nada más, a una prueba transitoria.

Digo, corrigiendo el atropello que también rozó a mi madre:

—Bueno, ya pasará; de lo contrario, tendremos un remedio legal para que pase.

No obstante, sobre esas mismas palabras me arrepiento, porque es como adquirir

el compromiso de entablar una oscura batalla para la cual no me hallo bien dispuesto: denuncias, no sé a quién; comprobación, pruebas, alegatos; la sanción para los otros; para mí, la hostilidad de los culpables, aún innominados.

Para mí, el ruido se interrumpe con la segunda porción de la jornada que debo dar a la oficina.

De vuelta, la vereda de mi casa marca el límite del recelo: más allá pueden encontrarse planteadas las condiciones definitivas para una lucha.

Adentro sólo están mi madre y los benignos ruidos domésticos.

No pregunto cuánto más duró aquello. Mi madre no me infiere ningún recuerdo verbal; pero su rostro y sus ojos están fatigados y su administración de la cena denuncia la prisa por llegar al lecho.

De madrugada —el día no es más que una lechecita aguada en la ventana— algo como el corazón se alborota en mi interior, mientras mi entendimiento, puesto en pie de alerta, discierne un ruido pegado al muro trasero de mi pieza.

La impresión de motor dura solamente unos minutos. Después van distinguiéndose, una a una, las operaciones de poner el pesado coche en movimiento, retroceder, avanzar de nuevo, volver atrás y por fin enfilarse a la salida. En la distancia se borra sin esfuerzo, incorporado a la difusa acústica con que nace el día en las ciudades.

Me alivio. «Un ómnibus viene y se va».

Me pregunto si también habrá sacudido a mi madre y sé que sí, porque ella llega —demasiado temprano para el disimulo— con una sonrisa de buenos días y el desayuno esmerado que se prepara al hijo solitario.

No llamaré rutina a esto de ahora: la rutina habitúa y adormece los sentidos. Y este ómnibus, cada mañana y cada noche, puntea de sobresaltos nuestra vida.

Al motor y a las maniobras se enciman las voces de los hombres. A veces traen esas palabras que humillan si advertimos que las oye la mujer que respetamos.

Aunque mi madre y yo nada decimos, esas bruscas penetraciones nos amargan.

* * *

El timbre.

—Es tu amigo... Besarión.

Mi madre resiste un tanto a Besarión, tal vez porque le sugiere preguntas que ella no logra contestarse:

—Me has dicho que nunca te habla en el trabajo. Acá sí. ¿Por qué?

—Él es vendedor libre, anda en la calle, y yo estoy en el escritorio. Si quiere hablarme allá, puede hacerlo, naturalmente. Pero dice que yo soy subjefe de sección y más adelante seré jefe, aunque jefe ahí adentro, mientras él tiene el Poder en todas

partes y teniendo el Poder no puede subordinarse a mí porque yo esté en una oficina.

—Es un poco complicado.

—Sí, es cierto: un poco complicado.

—De todos modos, él se subordina a otros jefes y a otros subjefes, ¿no?

—Sí, pero me advierte que a mí me trata en el plano intelectual. Otras veces dice espiritual.

—¿Y cuál es su poder?

Sonríó a mi madre, propiciando su indulgencia para mi enrevesado amigo: tampoco yo sé cuál es el poder que tiene.

Mi madre ignora por qué mantengo a Besarión como un amigo de superficie, sin franquearle nunca la intimidad de la casa.

Porque él no requiere las convenciones de la hospitalidad y se contenta con el diálogo. Y porque nuestros litigiosos diálogos disimulan ante quien sea que yo, un hombre grande de veinticinco años, gandulee en el vano de la puerta y a lo largo de la vereda sin que nadie sepa de mi ansiedad que vigila ni de la complacencia en la ternura de verla, cuando coinciden Besarión en visitarme y Leila en asomarse al sol.

Besarión desconoce hasta dónde me sirven sus discursos.

—Es tu amigo... Besarión.

Besarión reclama, de un modo indisputable, que yo vea algo. Digo que iré y luego le pregunto adonde, pero ya he consentido.

—¿Me visto de otra manera?

—No, vamos a mi casa.

—A las tres debo estar en la oficina. ¿No me atrasaré?

—Antes de seguir, tenemos que entendernos: ¿usted es un jefe o un dependiente?

Besarión es un sujeto que embiste y a menudo agravia; pero también es sincero y bondadoso y más ingenuo que astuto. Puedo perdonarlo y hasta picarlo un poco.

—Nos entenderemos. Primero: no soy dependiente, soy subjefe. Segundo: no soy jefe, soy subjefe.

Seguimos caminando y antes de apartarme del todo de mi cuadra, tiendo una mirada hacia donde pudo estar, y no está, Leila.

Besarión me dice:

—Quiero participarle los alcances de la impureza humana.

De inmediato se corrige:

—... la impureza de un hombre.

Vuelve a enmendarse sobre la marcha:

—... de un hombre y una mujer.

Estoy acostumbrado a sus inconsecuencias y tengo experiencia de sus ejercicios mentales. Me habilitan para replicarle:

—¿Por qué ha restringido? Si ese hombre y esa mujer cometieron un acto sucio,

aunque su acto corresponda a la parte negativa del individuo, de cierta manera lo representa. Se puede decir con propiedad: ese acto muestra los alcances de la impureza humana.

—No me conviene. Si no generalizo me defiendo.

—¿De qué modo?

—Si H comete algo malo y por eso yo pienso que los hombres son malos, autorizo a H para deducir, de una mala acción de A, que todos los hombres son malos. En el primer caso quedo a salvo, porque soy yo quien juzga: me excluyo y generalizo abarcando a todos los demás; en el segundo no, porque es otro quien juzga y generaliza, y no ha de excluirme.

Besarión comparte con la madre una mesa donde raramente se posan más de dos cubiertos. Su vida familiar reitera matices, no sé si esencias, de mi propia vida. Yo conocía indicios; su relato los mejora. Además fija una diferencia: Besarión tiene hermanas —de la misma madre y del mismo padre—, pero no armonizan con ellos y se han apartado; sus maridos están en los grandes negocios y prosperan.

Besarión muestra y explica. Ocupa con la madre el departamento del fondo del pasillo. En la penúltima puerta está el de los dueños de la casa. Un cañito precario, que tal vez colecta en la cocina o la lavandería, desemboca de la vecindad de la penúltima puerta y establece, hacia la última, un curso de agua usada.

Es deliberado, me informa Besarión, y veo que lo favorece el declive imperfecto (hacia adentro).

—¿Por qué lo hacen?

—Para echarnos.

—¿Y ellos mismos lo soportan?

—Dicen que es por una obra, sólo unos días.

Entramos.

La madre de Besarión conduce las aguas, con una escoba, a la rejilla del patio. Al verme —al ser vista— se avergüenza y llora. Pregunta si soy ingeniero y dice que si el marido viviera eso se acabaría en seguida.

Mi amigo guarda la alusión que lo rebaja, y desembucha cuando andamos por ahí:

—¡Preciso defensa, si no, eso acaba como lo acabaría mi padre!

Exhibe las manos rabiosas y para golpear se aprovecha de una mosca dormida en la pared. Pero no acierta.

Me entrega una aclaración innecesaria:

—No puedo compartir el mundo con las moscas, vivas o muertas.

Y pasado un silencio estabilizador:

—Necesito defensa legal.

—No lo creo. Basta una denuncia.

—Tal vez, aunque no debo ir al Derecho a través de la policía. Si un hombre de Derecho me ubica en el Derecho, junto a él, me instruye y me lo manda, me sentiré armado para entrar a una comisaría. De otra forma, no.

—Me parece que usted embrolla las cosas.
—Es el Orden. No puedo dar vuelta el Orden.
—Entiéndase con un hombre de Derecho que lo ponga en «el Orden».
—Es usted.
—¿Yo?... No.
—Estudió abogacía.
—Un poco. No tengo título y olvidé todo.

Traso:

—Algunos compañeros míos se recibieron. Puedo vincularlo.

El no transa.

Lo instruyo hacia otro orden:

—Usted no precisa abogado, precisa un carpintero.

—¿Tiene una idea?

—Sí.

Entre el tablero inferior de la puerta de Besarión y el piso del pasillo sobra luz. Que haga acoplar madera para formar un cierre tan severo que no tolere filtraciones.

—No preciso carpintero. Sabré hacerla. Espero que sabré.

Guarda, dice, heredados instrumentos de un oficio y una artesanía. El no se inició, nunca los ha tomado para hacerlas servir. Sin embargo, en la calle suele recoger los listones de madera limpios y pulidos que, por cortos, otros desdeñan, y a él le gustan.

—Me servirán —dice— para contener la impureza.

Está contento.

Se desprende de mí.

Es la mañana y estoy en la oficina. Besarión me hace alcanzar un papelito: «Cerré con madera. Terminé de taponar con un trapo de piso. Dormí bien. Al abrir, el agua se echó sobre mis piernas y ensució la casa. Durante la noche, sin salida por mi puerta, se había endicado».

¡Gemidor sin gratitud, buscón de paternalismo!... Asediarme con su absurdo problema, justamente aquí y ahora, cuando el jefe ha impuesto la perturbación y el sobresalto (con una radio de transistores que suena sobre su escritorio).

Es otro día, diferenciado del anterior.

Aguardé al jefe con zozobra, por si persistía en ser jefe-más-radio. Y no, al parecer ha reconsiderado su conducta.

Que inmoderó la mía y me hizo juzgar a Besarión sin piedad, con furia y con desdén.

* * *

Anoche ha venido el gran gato gris de mi infancia.

Le he contado que me hostiliza el ruido.

El ha puesto en mí, lenta e intensamente, su mirada animal y compañera.

Besarión cree saberlo todo.

Dice que el gato fue intercesor del hombre ante los dioses.

Lo escarbo:

—Usted lo admite.

—No... Son creencias antiguas. Paganismo.

Le tiendo una trampa:

—Soñé con usted. En el sueño, usted era intercesor.

No menosprecia el sueño que le miento. Se siente exigido y habla:

—No lo sé. No sé si servirá que yo interceda. Cuando llegue el momento, pediré, y nada para mí.

—¿Qué pedirá, a quién?

—No me investigue. No está bien hacerlo.

* * *

«Los zapatos ballerina fueron creados para ti». La frase se me ha formado sola, y no sin complacencia he admitido que resultaría pasable para el uso publicitario.

En las vidrieras del centro, manos de maniqués, marfileñas y rosadas, manos sin brazos ni cuerpo, sostienen ese calzado de cuero extremadamente flexible.

Los zapatos ballerina, esas zapatillas dóciles y delicadas, fueron creadas para ella, para Leila, que no las usa, ni las precisa tal vez, ya que circula, por la vereda de enfrente, con un paso leve y blando, de muchacha descalza, que elabora armoniosos movimientos de su cuerpo.

Saluda.

Saludo.

Se reúne con la amiga, Nina, y hablan de mí. Lo sé: me han mirado las dos al mismo tiempo y tratando de no levantar del todo las pestañas.

Ahora, con vehemencia, toman otro asunto y las manos actúan en la discusión. Seguramente ya no estoy en eso: pueden hablar de mí, pero no tienen que disputar por mí.

Nina entra, al parecer, en busca de recursos. Leila queda afuera y me recuerda con los ojos, tal vez por comprobar si soy testigo. Por ahí, por la ventana, viene el argumento de Nina: es música de baile.

Nina reaparece y Leila le muestra cómo se hace. Nina aboceta los pasos y los giros de su opinión, pero Leila ríe, tapándose mal la boca. Nina se detiene y queda quieta y confundida. No tiene ritmo ni musicalidad. Pierde.

Lo cual la coloca de parte de mis simpatías.

No he querido arriesgar la integración de la cifra virtuosa: siete días han pasado sin ómnibus ni motor de ómnibus y puedo emprender la aventura de decirlo.

Estoy disciplinado por Besarión, sí. Lo he escuchado y él dice:

—Las cosas temidas, si se apartan de nosotros, al ser nombradas regresan, porque confunden la mención con el llamado.

Eso es hacer del temor, temor supersticioso; sin embargo, lo he acatado, porque no puedo exponerme por descuido y será sólo esta vez. En adelante no tendré necesidad de la recelosa regla.

—Ya no molestan, mamá.

Lo he dicho con cautela y sin indicar qué o quiénes. Ella sabe.

—No me han despertado más. Tal vez se han ido.

—Tal vez.

—¿Usted los oye, cuando yo no estoy?

—No, no los oigo.

Responde, no más, y nada viene de su iniciativa. No se regocija conmigo por el sosiego recobrado, como si ella no fuera de mi bando. Lo cual me resulta extraño.

El sonido del timbre acude como si mi madre lo hubiera pedido, a fin de que otras cosas me reclamen.

Es Besarión, que nunca solicitó —ni obtuvo— mis impresiones sobre su papelito.

Tampoco lo hace ahora.

Caminamos. Pero bruscamente, igual que si obedeciera a una convocación, decide volver a su casa. Me indica que puedo acompañarlo. Es temprano: lo acompaño.

En medio del patio, igual que en un desierto indefinido, está la madre, unidas las manos como en la súplica y llamando con diminutivos cariñosos.

Se han volado sus canarios. Alguien abrió la jaula.

—¿Usted salió? ¿Dejó sin llave la puerta del departamento? —inquire Besarión.

—Sí, un momento, hasta la esquina.

La copa de un árbol se recuesta en el techo. Dos canarios demoran su fuga en el ramaje.

Pido una manguera y es larga como me conviene. Trepo a la pared. Trato de mojarlos. Uno escapa, al otro lo remojo y se acobarda. Subo al techo y lo atrapo. Apenas se defiende.

Procuro transmitir el triunfo a la señora. Ella me hace desesperadas señas: que en el pasillo, que algo malo...

Me corro por el cinc, con la manguera y el canario.

Allí abajo Besarión y el dueño se dicen cosas agrias y encendidas.

Suelto el chorro contra la pared. Golpea, rebota y se desfleca. No los empapo, los salpico, nada más.

Es suficiente, los distraigo de su querella.

La madre ha amonedado su humilde paga: un té y bizcochos de su mano.

Nos sirve y vuelve a la cocina: junto a las brasas cuida de la mojadura al bichito rescatado.

Entonces, permito que hable mi prudencia:

—Besarión, ustedes deben abandonar este departamento.

—Lo he considerado.

—Tiene que hacerlo. ¿Lo hará?

—Naturalmente, no. Para una familia, irse no es dejar un techo, sino cambiar un techo por otro. Y bien, ¿dónde está el otro techo para mí? ¿Cómo se consigue?

El techo...

Mi libro sobre el desamparo se llamará «El techo».

Hablo con Nina. Algo ha hecho coincidir, últimamente, nuestro camino y nuestras horas.

—Usted, me parece, ya no estudia. ¿Trabaja?

Caminamos. Ella ¿se deja acompañar o me sigue? Acata, apagadita:

—Sí, trabajo —y me sonrío.

Me detengo; andando no puedo dar fuego al cigarrillo. Nina me espera.

Ella menciona a Leila: las dos persiguieron juntas el bachillerato; Leila continúa.

Comprendo por qué estoy con Nina: porque es la amiga de Leila.

—¿Necesita trabajar?

—¡Oh, sí! En mi familia todos quieren comer, vestirse y otras cosas —y ríe.

Me gusta que lo diga alegremente.

—Papá nos dejó una casa, pero está mal alquilada.

—Y donde viven, ¿alquilan?

—Sí. Querríamos vivir en lo nuestro, pagamos más por el arriendo que lo que nos pagan a nosotros.

Voy callado. Ella empieza a cantar bajito. La miro. Se turba y cesa de cantar.

Reabre el diálogo:

—¿Usted tampoco tiene padre?

—No. Ahora no.

Su mirada me advierte con respeto que no entiende.

—No tengo padre ahora; aunque tuve, claro. También nos dejó algo: una propiedad rural, que no supimos mantener, y un piano, que ahora está en el comedor y nunca suena.

—¿Ni usted ni su mamá saben tocar?

—No.

—Podría ir yo —propone su repentino júbilo.

—¿Sabe?

—Apenas, casi nada. Pero ruido haría.

Una tontería. Eso es, una tontería ha dicho. Hacer ruido por hacer ruido, y con un instrumento noble. Me indigna y me sustraigo del diálogo.

Entonces, ella se absorbe en un canto bajito que apenas se le oye.

—¿Por qué canta?

—Cuando he hecho daño o me siento triste, cuando estoy con alguien y me deja sola, canto.

Pobrecita Nina.

* * *

Construyen un galpón.

Mi madre supo el pormenor. Ella habla con los vecinos y frecuenta la despensa. No me ha traicionado: callándose me ha protegido durante estos días, hasta donde le fue posible. Que no lo supiera aún, que el hijo no se enterara.

Pero hoy llegaron y ahí están, invisibles y sonoros, descargando sus hierros y chapas de cinc.

Mientras golpean, clavan y remachan, mientras eso crece, medito la manera de impedirlo.

Hurgo el Código Civil. De las forzadas lecturas de estudiante queda algo, esfumado.

«Artículo 3096. —En la servidumbre pasiva de recibir las aguas de los techos, incumbe al poseedor del techo dominante...».

Si construyen más alto que mi techo, se volcará en el mío el agua de lluvia que caiga en el de ellos y tendrán obligaciones, ¿cuáles?, «de conservar y limpiar los caños y tejados». Habrá que estar atento.

¿Y el uso de la pared? Porque noto que están haciendo apoyo en ella. ¿Pueden? No, el código dice no, ya que no cabe suponer que sea medianera: no divide edificios y da a una especie de inmenso patio o desaparecida quinta. Artículo 2719.

Sin embargo, llegado el caso que yo les diga «Señores, ustedes no pueden», su abogado les soplará «Compren la porción indivisa de la medianera. Artículo 2736». Y como legalmente no puedo negarme a vender —artículo ut supra—, con unos pocos pesos habrán adquirido derechos sobre la pared y me tendrán descubierto como enemigo o, al menos, contradictor de sus intereses.

Y no, porque yo soy indirecto (como que amo a Leila y hablo a Nina). Lo cual en nada lastima la honestidad y es simplemente mi método.

Nina no tiene de mí promesas, compromisos ni palabras de amor. Pero me sigue, se me ha aficionado.

No es del todo como lo que hacía Besarión.

Besarión protegía a una chica muy confiada, que se enamoró de él, y a su modo le daba lecciones.

No le decía te amo, ni tampoco no te amo.

»Le digo —me ha contado Besarión— que la esperaré tal día, a tal hora, en tal plaza. Ella no pregunta para qué. Por lo tanto, ella va y yo no voy.

Después ella me explica:

—Lo esperé una hora. Supongo que me confundí de lugar o usted no pudo ir.

—¿No se enojó conmigo?

—No, ¿por qué?

«Entonces la entero de la verdad, para que esté preparada y ningún hombre la engañe».

Nina puede preguntar para qué y seguramente lo preguntaría, si yo la citara en una plaza o en un salón de té; pero no lo hago.

A veces, en la esquina donde confluyen nuestros itinerarios, pestañea para ella la brasa de mi cigarrillo.

Caminamos uno al lado del otro hasta la puerta de su casa, donde la luz del zaguán despeja cualquier tentativa de sospecha.

Me cuenta sus cositas. Es casera y bondadosa. Invertirá su mañana libre del domingo en preparar algo dulce. Se lo ofrecerá a mi madre.

Me habla de Leila, Seguramente, a Leila le habla de mí. Mañana le dirá: «Es escritor». Porque esta noche le he confiado que trabajo en un libro.

Si yo estuviera tranquilo, podría reservarme. Antes de haber escrito un libro, nunca, a persona alguna, le habría dicho que soy un escritor.

Del galpón sólo conozco los ruidos de su fábrica y el asignado destino: la información de mi madre indica que será un taller mecánico.

No lo veo, simplemente lo padezco, y como a la construcción sucederá el uso, procuro saber qué hay dentro de un taller mecánico para enterarme de cuáles han de ser, en lo futuro, las fuentes de su ruido.

En mi ruta al trabajo hay uno: cuando voy por la vereda, me da la impresión que alguien, por un megáfono, vocifera y me lanza una cascada de tuercas y tornillos.

Entro a verlo.

Instantáneamente, mis oídos se defienden con un bloqueo de aturdimiento, como si estuviéramos metidos en una gran campana de temple defectuoso.

Nadie se interesa por mi incursión. Los mecánicos viviseccionan motores, algunos bajo la mirada precavida del dueño del auto; hienden y liman con chirridos cosas de metal; prueban en seco el motor recién compuesto, aceleran a fondo y ruge la máquina; accionan un caño de escape y este gasifica con una cadena de explosiones...

Los más temibles, me digo, deben de ser estos. Son los martillos ensañados con unos guardabarros. Los golpean tenazmente, moldeándolos, haciéndolos recuperar la forma hostigada en algún encontronazo...

Este tiene que ser el oficio de chapista, razono, ligeramente admirado de cuántas cosas nos resultan vulgares de nombre y desconocemos su mecánica. Como los sellos de goma. ¿Cómo se hace un sello de goma? Tiene que ser muy simple, pero yo no lo he visto hacer ni imagino el sistema.

—Usted, ¿qué quiere?

Me he distraído hasta la negación. Aquí, aquí mismo, donde el ruido parece sujeto a un ejercicio de invención.

—¿Se le ha perdido algo?

Las frases vulgares, cuando se me echan encima, me hacen temer a quien las pronuncia. Me sugieren que detrás de ellas no hay razonamiento. (Si yo las digo no lo advierto).

—Nada he perdido, miro.

—Mira ¿qué?

—El trabajo.

—¿Es inspector?

—No.

—¿Y entonces?...

—Soy escritor.

—Escritor. ¿No escribirá contra nosotros?

—No.

—Ah. Porque ahí atrás vive uno que anda amenazando con los diarios. Está listo. Retorna la actitud adversa a mí:

—Y dígame, ¿qué es esto? ¿Una plaza, el cementerio, el andén de la estación?...

—Creí que no arruinaba nada entrando a ver.

—Y bueno, mire lo que quiera. Total... —Y se va.

He reincidido diciendo que soy escritor.

Leila anda flotando por enfrente.

No prescinde de mí. Me saluda, con un gesto, y se me ocurre que hasta se le forma en la boca una palabra, una o dos, las de saludar. Pero no me mira como yo creo que se debe mirar a un escritor.

—¿Usted, Nina, le cuenta cosas a Leila?

—Sí, es como si viviéramos juntas.

—¿Le dijo que yo escribo?

—No.

Templa la voz:

—En lo suyo no la dejo entrar.

—¿Ella quiere «entrar», intenta, averigua?

—No.

—¿No le pregunta por qué llegamos juntos, a veces, y nos quedamos en la puerta de su casa?

—No.

—¿No? ¿No le concede importancia?

—No. Cree que yo le pediré un puesto.

—¿A quién?

—A usted, en su oficina.

—¿Y es así?

—No.

—Entonces, ¿por qué me acepta?

—Porque usted es bueno y decente.

—¿Soy bueno y decente?...

—Sí. Y yo estoy sola.

—¿Sola con su gran familia?...

—Sí.

—¿Teniendo una amiga como Leila?...

—Sí, teniendo a Leila sigo sola.

No sé qué haré con Nina.

Han terminado de techar.

Es sábado y lo festejan.

Me deteriora la alegría de ellos, en torno del asado, que puedo reconocer por el olor.

Me pregunto cómo habrá olido, en la hoguera, la carne de los mártires.

Almorzamos, mi madre y yo, sin comunicarnos nada, escuchando la fiesta de los otros.

Mi madre me sugiere que no pase la tarde en casa, que vaya al cine.

Suena el timbre. Tiene que ser Besarión. Voy.

Es Nina, con Leila. ¿Cómo, sin prevenirme?...

—¿Molesto... molestamos?

—No... Claro que no.

—Leila sabe, y pensé...

—¿Sabe qué?...

—Tocar el piano.

Cándida, generosa, arriesgada Nina.

Leila toma posesión del comedor. Registra todo lo que, en años, se ha estacionado

encima de los muebles. Sacude algunas pequeñeces igual que si fueran sonajeros, esperando sus voces interiores.

Nunca estuvo tan cerca de mí, ni tanto tiempo.

No me habla: ha entablado una especie de comprobación de los viejos adornos.

No podría decir si apruebo lo que hace.

De repente, deja todo sumido en su quietud anterior, se proyecta sobre el instrumento y, sonriéndome como a un camarada, dice:

—¿Este es el piano?

Ese darse con frescura a mi confianza impide que me importe su pregunta sorprendente.

Lo destapa, marca unos acordes, hace unas escalas y ya es suyo.

No es la clase de música que yo hubiera preferido; sin embargo... Ahí está, por pura presencia dándome algo apetecido, esa vida gentil a la que no sé asirme.

¿Y Nina?... Permanece allí, mirándome mirar a Leila. ¿Es que comprende?

Mi madre trae café y está contenta. Ella piensa que, por un rato, yo he olvidado la fiesta de asado de allá atrás y los ruidos que han de venir y que ese regocijo anuncia. Se equivoca. No por nada cerré la puerta del comedor al patio: para ocultar a Leila mi vergüenza de ser el habitante de una casa que ha sido invadida.

Nina hace una pregunta acerca del retrato:

—¿Es su esposo, señora?

Me complace que diga «es» y no «era». A mi madre esas delicadezas la confortan.

Leila no distingue el sendero de la cortesía: si tenemos un piano, ya que no lo hay ahora, es que un pianista hubo.

Más bien se considera llamada a pronunciar un dictamen sobre el instrumento:

—Es antiguo y un poco feo, sin embargo me entusiasma. Me entusiasma todo: el sonido, el marfil de su teclado... Pero el mío...

—Lo he oído —interrumpo, con apuro de mostrarme cerca de ella.

—¿Lo ha oído? ¿Cómo?

—Tantas veces, cuando usted estudia o ensaya y la ventana ha quedado abierta...

Dice «Ah...» como dejando que el tema pase. O tal vez la hemos fatigado y quiere entretenerse, ya que reclama como dispuesta a no perder algún programa:

—¿Pero es que ustedes todavía no tienen un televisor?...

Ha mencionado al invasor más nuevo y ese todavía nos descoloca, nos descalifica o alude a nuestra lentitud para acceder a lo que gusta y conquista a todos, ¡ese hipnótico!

Con los ojos, mi madre me consulta qué debe responder. No la verdad, por cierto: que yo la he privado de esa distracción para que no aumenten, en mi hogar, las fuentes de sonido; que si tiene radio no es gracias a mí, viene de mi padre, de cuando yo era niño, y ella sólo la escucha cuando me sabe ausente.

Mi madre sabe contestar «No, no tenemos» con una sonrisa que parece que lo

dice todo, sin que aclare nada.

Leila luce satisfecha con esa explicación.

Después, se van.

Leila nos dice «Adiós», Nina me dice «Perdón» y yo le digo, a Nina, «Gracias».

* * *

Es un domingo amortiguado y transparente.

Ayer, con el aire, la primavera avisó que pronto hará su ronda; pero hoy una mano de hielo —que puede ser efímera— ha tomado la ciudad.

Como el sol porfía, a cielo abierto, contra el coletazo del invierno, cerca de mediodía yo gano la calle.

Leila, con la tía soltera, parte a misa.

Verla, nada más, me entibia el alma.

La catedral está cerca y cuando ella vuelva yo andaré por su vereda. Es imprevisible, pero puede ser que abrevie el paso y se quede conmigo, caminando un rato, hasta que llamen a la mesa.

Entretanto, hago la vuelta manzana.

Ya la boca ha sido señalada: «Taller mecánico. Lavado y engrase». Por ahí, por ahí se entra y se llega al dorso de mi dormitorio...

Al menos, no dice «Chapista».

Las 12, casi.

Leila, con la tía soltera, viene de misa.

No se ha despojado de la mantilla, y la mantilla blanca y una serenidad acaso mística ennoblecen su juventud lozana.

Si formara parte de mi hogar, yo pienso, podría invertir tiempo y tiempo en contemplar su reposo y el de detalle de sus acciones lentas.

Me dice «Buenos días» y continúa, emparejada con la tía, como una prefiguración de que, ella también, ha de madurar sin un hombre a su costado.

¿Por qué he pensado así? ¿Una adivinación visual o es puro agravio? Porque me ha dicho «Buenos días», con olvido de que ya me lo dijo al ir a misa. Porque tan poco peso en sus sentidos.

Nina —para mí como una aparecida— está allí y, sin duda, pudo percibir este raspón.

Sobrellevo la perpetua sujeción del hombre a otras miradas. Sólo que, esta de Nina, no verifica: espera.

El sol de la pequeña tarde lame mi ventana. Atrás no hay ruido. Como alto respaldo de la cama está la librería de novelas heredadas de mi padre y las novelas por mí elegidas, y yo acato su contagio: quizás este es el día señalado para empezar mi libro.

Lo tengo casi todo en la cabeza. Nada más me falta que elegir la punta: qué digo

primero, con qué empiezo.

Sentado al escritorio, lo medito, y esas criaturas que he pensado ya hacen lo que deben para vivir el drama prefijado. Les he dicho que anden, y andan. Me maravillo de la magia de mi pensamiento.

Reclino la cabeza y me adormezco. Soy dichoso y tengo merecido este descanso. La hora del té. No en mi libro, en casa.

Acudo a la convocatoria de su aroma. Calculo que escribiré luego, hasta la cena.

Mientras la media tarde circula sosegada, con su infusión caliente y pastas dulces, me duplico: converso de algo con mi madre y en mi laberinto interno está rotando la nuez del misterio que se hace Besarión.

Él dice que tiene un poder y una misión. Con su poder no resuelve los problemas más triviales, como guardándolo para un compromiso superior. De la misión permite que se sepa que será abnegada e impersonal. ¿Es entonces, yo me digo, así como inmolarsé, como la capacidad de destruirse para el bien? O bien no de destruirse: de destruir, creyendo que podrá destruir el mal.

Después no escribo. Me dejo estar y me disperso.

* * *

¿Es un viento entubado, que baja y sube los tonos según el arrebato de su ira?

Es agua, un chijete poderoso y variable, tal vez empujado por una corriente de aire, que silba al salir y se rompe chocando con la chapa.

La ablución, el primer rito.

Lavan autos, con alguna máquina de propulsar agua, y así empiezan la mañana y el primer trabajo del taller.

A mediodía siguen lavando coches.

Regreso a las ocho de la noche. Se hacen las diez y media y ellos avanzan sobre todos los horarios: de la jornada legal, del momento razonable de comer. Parecen entregados a una pasión por higienizar todo lo que lleve cuatro ruedas y un motor.

Hace frío, pero tengo ardiente la cabeza.

En la mañana, antes que yo parta —su tarea principia a las siete—, no lavan ningún auto. Tampoco a mediodía. Ellos están ahí: escucho sus diálogos, sin bríos, como confinados.

—Tal vez no recibirán mucho trabajo —opina mi madre—. Parece un taller chico.

—Son nuevos y seguramente desconocidos. De todos modos, serán buscados. El letrero en la puerta basta. Formarán su clientela.

Me obstino en negar, de palabra, toda esperanza; aunque por dentro la sostenga. Una mezcla de fe y no en que fracasará el negocio.

En la noche reconozco la posibilidad de que Nina se demore aguardándome, pero

eludo el sitio. No podría hablar sobre un tema neutro o neutral: ignoro si el taller desbaratará también hoy esa paz que quiero para mi cena y el rato que la sigue.

La búsqueda de la llave en el manojito —mi madre, por cautela, cierra temprano— se vuelve una engorrosa tarea. Advierto que la ansiedad me triza.

Abro al patio. Negrura en el techo de cinc del taller.

Necesito dormir. Dormiré, mucho. Hasta mañana a las siete.

Si no fuera por el ruido, no tendría estas flaquezas de memoria. Si no hubiera olvidado los papeles, no habría ido a casa, a recuperarlos, a mitad de la mañana. Si no hubiese ido a casa a esa deshora, no estaría enterado, como estoy, de que también componen bocinas y para hacerlo pitan y pitan persiguiendo tonos, intensidades y volúmenes, o el remedo de los temas musicales de algunas películas de impacto.

Mi madre andaba acribillada a bocinazos. Hui.

Otra fuga, esta noche. Me traslado de la oficina al restaurante, aunque es temprano. Mientras espero, tomo un vermut. Dos.

Nos reunimos, los que en el colegio fuimos más amigos. Entregamos a esa especie de pozo común lo que nos ha ocurrido, entre cena y cena, y una que otra ilusión reproducible. Quizás por salvar los encuentros del agobio de nuestra medianía, últimamente llevamos invitados. Se supone que son algo. Puede traerlos cualquiera y el gasto, su gasto, lo repartimos.

Gutiérrez nos presenta a Reato, periodista; Franklin a Pastor Flores, folklorista.

El músico es individuo notorio. Sus primeros discos tienen más edad que cualquiera de nosotros.

Asimismo Reato puede ser alguien; pero poca gente —yo entre ella— sabe quién escribe en los diarios.

—¿Periodista?... ¿Y de cuál diario?

—Del mejor.

Realmente, nombra el diario más completo y más leído.

Mi convicción de que puedo escribir no presupone trato alguno con escritores, sólo con libros. En el colegio lo era un profesor de literatura, que no llegó a reconocerse. En el barrio que habité antes parecía ser como los demás un señor de melena canosa y asentada. Después de dejar esa calle, vi su foto en una revista y era el Poeta N.º 3. El Viceprimer Novelista estuvo una vez en esa mesa de ahí. La guía de conferencias de los diarios me ha orientado para integrar la transitoria grey oyente de media docena de autores nacionales. Pero nada más.

Por eso, la vecindad de Reato, hombre que escribe, me inflama. Quiero hacerme ver, y esa es mi perdición.

Porque me pongo en puja con Pastor Flores, que tiene apuntalada con botellas de vino su fama de cantor y guitarrista, y pretendo que puedo beber más que él.

Algunos computan los vasos que nos sirven y son vaciados. La carrera es de

punta a punta de la comida.

Antes del postre estoy enmarañado, pero sé que he ganado o ganaré.

Percibo, aún, el sentido de algunas frases, y el que pone Pastor Flores persigue rebajar mi victoria:

—Me sacó ventaja antes del fiambre. Cosas de mal tomador: destilar tupido en un mondongo vacío. ¿Vive lejos? Tendrán que llevarlo en andas.

Yo, de acuerdo.

El relato impreciso —y tal vez incierto— que al entregarme, de madrugada, ofrecieron a mi madre, parece establecer:

1º Que me he divertido más que mucho y, como era diversión, todo acabó bien.

2º Que he honrado a la cofradía triunfando en una competencia muy brava.

3º Que al retirarnos hubo un diminuto incidente, sin consecuencias (lo cual contradice el primer punto).

No recuerdo el diminuto incidente, pero sé que hubo golpes, dados y recibidos. Podría creerse que ciertos sectores del rostro mantienen al respecto referencias más vívidas. Por otra parte, noto que todavía me recorren ciertos impulsos violentos y me siento peleador.

El día se ha desarrollado en los cristales, estoy en cama y atrás están los ruidos del taller; pero mi mente, mis músculos, mi sangre, aun percibiéndolos, permanecen en la noche que Baco gobernó.

* * *

Besarión ha venido. Mi madre no sabe si permitirle que me vea en cama y magullado. Lo deja en la vereda y viene a consultarme. Que pase.

Pasa.

Su cuerpo, al entrar al cuarto, se pone prudente. Echa una rápida mirada general, pero se abstiene, como diciendo «No me han invitado a verlo todo».

Permanece de pie —hay una silla vacía entre la mesa-escritorio y mi cama— y no pregunta qué me ocurre.

—Vine, por si quiere ir al circo.

—Ya ve, no puedo.

—Bueno, no importa. Otro día.

—¿Es lo mismo?

—Sí, soy amigo del domador. Él me invita. Bueno, adiós. Me voy.

—No.

—¿No qué?

—No se vaya.

Ahora se sienta sin que lo convide.

—En el alambre del patio hay un saco con la solapa arrancada. ¿Le pegaron?

—Sí. Yo también pegué un poco, no sé a quién.

—¿Había tomado?

—Sí —y le cuento.

—No lo creía capaz de eso —me dice.

—¿Por qué?

—No parece el tipo.

—Ya ve, lo soy. En realidad, fue por ostentarme.

—No, usted, como el saco, está desgarrado por algo.

—Puede ser.

—Quiere desviarse. Tomar es un consuelo. A otros les da por comer, se embotan, engordan, se vuelven monstruos de torpeza; así consiguen anular la sensibilidad.

—¿No exagera conmigo?

—No hablo de usted.

—Yo no tengo más que una preocupación: no puedo hacer un trabajo que me he propuesto.

—¿Qué clase de trabajo?

Le devuelvo sus palabras:

—Por favor, no me investigue.

Sobre el silencio que ha seguido a esta parada, él y yo tendríamos que hacer lo que hace Nina: cantar.

—Bueno, me voy.

—Supongo que volverá.

—Claro, volveré. Usted está enfermo.

La tarde sin obligaciones, el lecho cálido, los cuidados, me ablandan y conducen a un sueño en que los ruidos parecen perder alevosía.

Cuando me despejo, ha anochecido.

Mi madre, muy quieta y silenciosa, vela por mí.

Acude a mi retorno, enciende la luz pequeña y quiere saberlo de mí mismo:

—Y ahora, ¿ya estás bien? ¿Cenarás?

Digo que sí. Le pido un libro y almohadas para apoyar la espalda.

Dice que hará la cena, pero antes vuelve con la radio veterana y la pone en la emisora del Estado. Se retira.

Las voces plenas y armónicas de la música clásica desplazan discretamente a un plano profundo y lejano las efusiones de agua de la manguera del lavadero. Admirable paliativo, ideado —y no mencionado— por mi madre.

Que sin embargo de ningún modo consigue ocultarme su relatividad: no siempre

Radio del Estado da música clásica; las otras estaciones, raramente. Emisiones del taller como esas que consisten en probar bocinas no pueden ser tapadas ni por frondosos tutti, como los que tiene la Sinfonía Coral.

He leído unos minutos, solamente. Besarión interfiere.

—¿Escuchaba música?

—Sí —y apago.

Rebrota entonces el ruido y Besarión mira como si del matorral se hubiera desprendido una perdiz.

Pero parece distraerse y toma un aire irritado y oratorio:

—Para los urbanistas la cosa es ¿cómo hacer que las casas no estorben la carretera de circulación rápida?, ¿dónde estacionar los automóviles del centro cívico?, ¿cómo evitar el encuentro de más de tres calles y crear un cruce elevado?, ¿cómo exaltar el tamaño aparente del edificio?, ¿cómo aproximar el mercado al tren de carga o la carretera al centro distribuidor?

—¿De qué habla, Besarión?

—De eso —y señala la pared donde termina mi dormitorio.

—¿Qué es eso?

—Un taller mecánico, ¿no?

—Sí.

—¿Y usted cree que si el urbanista proyecta o arregla una ciudad o un barrio sin problemas de circulación, con todas las soluciones de agua, de aire, de luz, de verde, de comodidad interior y exterior, de estética también, y le deja un taller mecánico embutido en la manzana, ha creado, realmente, la casa del hombre sano?

—No.

—Claro que no. Usted se ganará una úlcera gástrica.

—¿Yo..., por que?

—Porque los distintos órganos se hallan conectados con el cerebro por medio de cordones nerviosos. Su cerebro está en tensión, le manda una corriente al estómago y le quema una pared interior. Ya verá.

—¡Pero Besarión, no agrande!... ¿Quién le ha dicho que yo estoy en tensión?

—Esas cosas de ahí atrás, ¿no lo sobresaltan y le desbocan el corazón?

No cedo, tal vez por pudor:

—Sí, a veces. No les presto mayor atención.

—Tendrá costumbre. Lo habrá soportado mucho tiempo.

—No, terminan de instalarse.

—¿No le digo?... No hay restricciones, no hay delimitaciones. Deberían estar: aquí, sin penetraciones por el aire, la zona residencial, donde se pueda oír el canto de los pájaros; por allá, los centros de diversiones y deportivos, los lugares donde se baile y se hagan fiestas con música de altoparlantes; más lejos, bien circunscritas, las

fábricas, los talleres que produzcan ruido, humo y gases.

—¿Se da cuenta del proceso? Termina la guerra, la economía industrial se transforma y lanza en abundancia la maquinaria de paz. Las máquinas andan, se deterioran, hay que arreglarlas. Para arreglar o reponer se montan las pequeñas industrias, los talleres. Precisan asentarse, nadie regula, nadie dice dónde. Donde se pueda. Son muchos. Se valorizan los huecos de casas y manzanas. El que atrás tenía terreno, que fue de sus padres o de alguien más lejano, vende y a buen precio. Lo que entra allí es progreso, pero no está donde tendría que estar, porque todo, alrededor, se halla habitado, y la gente no puede ni dormir, ni comer, ni leer, ni hablar en medio del desorden de los sonidos.

—Tiene razón. Descanse.

—¿Tengo razón?

—Sí, Besarión acierta: hasta mayo o junio la casa era de uno de esos apellidos que se han vuelto ceniza.

—¿Y ahora?

—De una gente que tenía ómnibus.

—¿Supersticiosos?

—¿Cómo puedo saberlo?

—Tendría que saberlo, le conviene.

—¿Por qué?

—Por Cora.

—¿Quién es Cora?

—La mujer de alguno de los mecánicos. Viven ahí, ¿no?, los dueños del taller.

—Sí. ¿Cómo sabe que se llama Cora?

—Ese taller, para usted (o para mí) es el infierno. Plutón era el rey de los infiernos. La esposa de Plutón fue Proserpina, de sobrenombre, Cora. El Averno era una de las bocas del infierno. Despedía olor de azufre. Esa gente vive en la boca del Averno (del taller).

Esta noche, usted cubra de azufre el escalón de la casa. Cada mañana, Cora, mujer doméstica, tiene que ser la primera en levantarse. Cuando descubra el azufre en su puerta se excitará su memoria atávica, tendrá miedo de la muerte y fastidiará al marido para que abandonen esa casa. El taller se irá y usted quedará tranquilo.

Con aparentes razones y verdades supuestas, Besarión hila algo tan falso que no consigo establecer una defensa lógica:

—Pero ¿y si no se llama Cora?...

—No importa. Lo mismo tiene que ser supersticiosa.

Me rehago:

—Besarión, usted es supersticioso y contradictorio.

—No soy supersticioso.

—No lo entiendo: no sabe defenderse de un matrimonio que hace correr agua por el pasillo y para mi defensa, que yo no le he pedido, se pone a inventar una

maquinación tan intrincada. Dígame, ¿qué puedo pensar de usted?

—Nada, ya no me defiendo. El patio del departamento está cubierto de montículos de barro y tierra. Se rompió una cañería subterránea. El dueño consiguió pretexto para entrar a intervenir. Ha removido los pisos, ha hecho excavaciones. La cañería no se arregla. Algunos vecinos nos ayudan: nos dan acceso al baño y para cocinar yo transporto agua en damajuanas.

—Pero eso se soluciona con trabajos de urgencia. Haga la denuncia a Obras Sanitarias o a la Municipalidad.

—Sí, se ha formado un expediente. No importa, el individuo ha ganado. Nos iremos. Mamá con mi hermana Luisa. Yo con la otra, Inés. Le educaré a los hijos. No se preocupe por la empresa: seguiré vendiendo para ella.

Inusual educación, me digo, recibirán esos hijos que Inés cría.

Nina tiente un reproche.

—Me sentía abandonada...

Asumo mi severidad:

—Nina, conózcame más: prefiero no ampliar el número de mis compromisos y responsabilidades, y últimamente, que yo sepa, no aumentó.

Me duele esta falta de compasión con que golpeo. Es necesaria, pero puedo suavizarla:

—En estas semanas siento, de verdad, como si sobre mí se hubieran empezado a recostar todas las dificultades que el mundo tiene.

Nina no contesta. Ni canta.

Caminamos y todavía queda un trecho largo de camino.

Digo:

—Me apuro porque quiero cenar e ir al cine.

Dice:

—Yo también podría ir.

Le digo:

—Naturalmente.

Me dice:

—Con usted —y, aunque la calle tiene árboles en los que queda enredada la débil claridad de los faroles, percibo los ojos de la joven que buscan mi mirada.

—Nina, yo amo a otra muchacha.

—Lo sé.

—Y si lo sabe, ¿sabe quién es la muchacha que yo quiero?

Yo he pausado muy marcadamente, al preguntar, y eso es como una invitación, que ella recoge, a no responder de prisa y sin certeza.

Al cabo, dice:

—Tal vez si me esforzara lo sabría.

Pienso que esto acaba ante su puerta, y digo adiós.

Pero Nina me responde:

—Hasta mañana.

Por el cigarrillo, en el intervalo me traslado al hall, donde veo al periodista de la cena.

Estoy por acercarme, y algo turbio me contiene: esa noche yo tuve gresca o alguien la tuvo conmigo; no sé con quién y no lo he averiguado, y puede ser que después de mi súbita afición al periodista, justamente por esa destemplanza de orgullo que me dio, lo haya agredido.

Error.

Reato me descubre y, de lejos, me saluda con la mano.

Me toca buscarlo y lo hago.

Me hace conocer el nombre, con un gesto así no más, de un señor que lo acompaña y, tomándome con simpatía del brazo, me dice:

—Si mi diario no fuera tan seriote y hubiera una columna para retozar, usted, mi amigo, ya estaría en la historia menuda del alcohol y del folklore.

—¿Y cómo? —lo interrogo con jovialidad, aunque lo entiendo.

Irrumpe la chicharra de llamada. Reato me palmea, alega «Usted sabe, usted sabe», se excusa «Lo dejo, lo dejo, que esta película es para verla completa del principio... o de antes que comience», y ríe.

Entro a una iluminada farmacia de turno y asciendo a la balanza, no porque espere novedades de la aguja —me pesé esta mañana—, sino porque soy indirecto.

En seguida acudo al mostrador y pido azufre.

—¿Azufre termado?

—No... Me parece que no.

—¿En barritas?

—Tiene que ser en polvo.

El empleado me entrega un sobrecito blanco y rectangular, con algo compacto que lo abulta de un modo parejo.

—Son seis pesos.

Un arma barata.

—Deme dos.

—¿Ese y otro?

—No, dos más.

Esta noche no requiere más tardanzas: los últimos empeños del invierno despojan las calles de testigos.

Es sencillo llegar, fácil hacerlo.

Sólo una cosa me intimida: ese silencio...

No elijo la boca del Averno, clausurada; prefiero el escalón de piedra que Cora, si es precipitada, pisará primero en la mañana.

Despunto cada sobre por un ángulo y riego de azufre hasta cubrir la superficie. Me inclino a emparejado con la mano, pero noto que llevaré conmigo, adherida, algo así como una acusación.

Más bien consigo un palito y sobre la capa trazo, de gran tamaño, la M con que comienza la palabra muerte.

Ya está hecho y estoy en casa.

Al descalzarme descubro mis zapatos espolvoreados de amarillo. Un cepillo borra esa advertencia de que nada se hace sin que deje huella.

Ya es hora de dormir. O bien de preguntarse si de verdad yo soy decente.

En la mañana, mis tres porciones de seis pesos cada una han sido barridas y el azufre está diseminado sobre el cordón de la vereda.

Mi polvo aventarruidos ha pasado a servir de aventaperros.

La memoria atávica de Cora ha cedido al orden utilitario de las cosas.

* * *

La voz de Nina, por teléfono, viene a buscarme a la oficina.

—Es para invitarlo a una reunión, en casa.

—¿Una reunión?...

—Sí, un festejo. Venga. Le gustará. Estará Leila.

—¿Estará Leila?

—Sí.

—¿Por qué lo dice?

—Porque ella estará, es cierto.

—Un festejo, ¿dice? ¿Y habrá baile?

—Después, un poco, puede ser.

—¿Y cuándo es?

—Hoy mismo, esta noche. ¿Puede? ¿Vendrá, lo tendremos con nosotros?

—Es muy pronto.

—¿Muy pronto?

—Muy pronto para aprender a bailar, de acá a la noche.

—Es la primera vez que usted me hace una broma. Es muy graciosa. La festejaremos esta noche. Ahora tengo que cortar. Lo esperaré a las nueve. No falte.

Y corta.

Curioso efecto de mis bromas: no son para ser reídas al momento, hay que celebrarlas unas diez horas más tarde. Y no era broma.

De todos modos, no he dicho que iré. Su interpretación no es mi decisión.

Temprano ha pasado Besarión y ha pedido permiso para dejarme una notita. Mi madre le ha facilitado papel y tinta en mi cuarto, que es donde tengo el escritorio.

Para el sábado, si no le parece mal, repito la invitación al circo. Esa noche, si usted acepta, cenaremos juntos.

A mi casa ha vuelto el agua. (No es eso lo que quiero festejar).

Mientras le escribo a usted, parece que atrás se desenvuelve una batalla entre el medioevo (hierros) y el siglo veinte (motores). Ya lo sé: es solamente el taller, que trabaja.

Si realmente no lo sulfura usted debe de ser somato-tónico (dado a la acción y, por ende, favorable al ruido) o más bien viscerotónico (sentimental y sociable, que lo tolera).

Yo y Stravinsky somos cerebrotónicos (intelectuales y afectos a la soledad y el silencio). Stravinsky trabaja en habitaciones de paredes acolchadas, para que no entre el ruido.

Desde su habitación veo el alambre donde estaba el saco con la solapa arrancada. Recuerdo que me dio esta imagen de usted: un hombre desgarrado, aunque ignoro qué lo desgarró.

Sören le advierte que la existencia desgarrada deja al hombre en la zona de contacto con lo divino.

Debo seguir mis ventas. Hasta el sábado.

¿He escrito mucho?

Demasiado. Y ofensivo.

Hoy todo se repite. Nina festeja y Besarión festeja o se propone festejar. Sobre la carpeta negra de la mesa-escritorio de mi cuarto estaba el papel blanco de la nota de mi amigo, sobre la carpeta verde oliva de mi escritorio de la compañía está una cartulina blanca que tiene escrita la invitación del gerente. Él también festeja.

La fecha es la de hoy, la de esta noche. Un tanto desorientado, por esto de que viene a encimarse a la reunión de Nina, me voy con la tarjeta en las manos adonde se halla el jefe.

Como llevo en la cara una consulta, me regimenta sin que yo le hable:

—Hay que ir. Ha invitado a todos los jefes y subjefes.

No me ha invitado a mí, sino al subjefe.

Me permito una reserva:

—Pero esto de comunicar a último momento...

—Dice que es para que uno no se ponga en compromisos y no haya tiempo de comprarle algún regalo. Sin embargo...

Sin embargo, el regalo colectivo —de los jefes y subjefes— está en trámite de compra: ya salió un delegado a concretarlo. Lo descontarán a fin de mes de la planilla.

La camisa blanca de puño, el traje oscuro, los zapatos con brillo, las medias negras de seda...

Mi madre provee, de acuerdo con las leyes de mi padre, y asume dignamente estas ocasiones de evocar su era personal de sociabilidad.

Sentado en la cama, hago que corra hacia arriba por el pie frío la suavidad perfecta de la seda, escucho las leyendas plateadas de mi madre y ahí, detrás de mí, descubro un ruido inédito.

Para captarlo completo hay que seguirlo. No es detonante, no es brusco, no es agudo. Un laborioso insecto copia ese sonido. Excepto que se corta y, al cortarse, vibra. Y recomienza.

Debo informar a Nina del otro compromiso (u obligación). De paso. Exhibiré mi media gala. Tal vez me verá Leila.

Al salir, observo la luz en el cinc del techo del galpón. No abarca todo el plano que alcanza mi mirada. Se localiza sobre el ruido nuevo, en el sector que más se arrima adonde está mi lecho.

—No pudo venir, ¿no es cierto? —dice el teléfono. Estoy por preguntar quién habla, pero mi mecanismo interior ya tiene la respuesta.

«No pudo venir»: ella se allana a preparar mi excusa ya tardía.

La formación de Nina necesita algunas lecciones de la escuela de mi amigo Besarión.

—Anoche mismo, al salir iba a avisarle; pero no sé por qué motivo me distraje.

—No sé por qué motivo, realmente, me distraje —digo al gerente.

He dispuesto que alguien se traslade al pueblo A, que está a 80 kilómetros de la Capital, y que otra persona, por motivos similares y sin mayor urgencia, concurra al pueblo B, que se halla a 100. Pero entre A y B median nada más que 25 kilómetros.

Por mi culpa, la compañía ha desplazado a dos hombres, que cubrirán en total 360 kilómetros. Si el comisionado al pueblo A hubiera recibido de mí la orden de pasar a B y de ahí regresar directamente, el segundo hombre podría estar en otra cosa y la suma de kilómetros sería de 205.

Como he aprendido que una empresa no puede entender las distracciones (un gerente es una empresa), añado:

—Lo que me alarma, en este asunto, es haber descuidado la geometría. Porque entre la Capital y el pueblo A y el pueblo B se forma un triángulo y la distancia...

Me atiende y trata de entender y su mirada dice «He aquí una excusa original». Por mi parte, sólo estoy lanzado a agregar algo, como al principio, cuando entré.

Al entrar, me indagó, complacido a cuenta de la respuesta que esperaba:

—¿Le agradó la fiesta?

—Sí.

Pero él y yo notamos que no era suficiente y sólo entonces redondeé un conformismo:

—Sí, mucho.

Quizás sin el ruido no sucederían estas cosas. Me debilita.

Posiblemente porque estoy así, un tanto débil, no consigo entender ese otro ruido que ha llegado.

No sé si me hace daño, pero sí sé que me obsesiona, sin herirme, que me liga y me entorpece, como si sobre mi cuerpo se hubiera derramado una espesa y adhesiva crema de turrón.

No sé qué lo produce ni por qué, al cortarse con su método puntual, miente y repite la mentira de que ya no seguirá. Sigue siempre.

No sé qué es, pero es tan perseverante que lo imagino de una máquina a la que un hombre se halla encadenado.

* * *

Porque estoy así, posiblemente, acato a Besarión y su programa. No se me ha borrado el papel que me escribió, mas no logro precisar en qué y cómo me resultaba equivocado y agravante.

Me saca sin que haya anochecido.

—La función no empieza hasta las nueve —le objeto.

—Antes iremos a la exhibición de fieras.

Pueril, no obstante...

Tampoco han habilitado la carpa de las fieras. Besarión se pasea por el displayado, fuma y se desentiende de mí.

¿Espero que él cese de flotar?... ¿Me voy?...

Una banda de metales y tambores, con sus uniformes postizos y el simulacro de parada militar, apiña a los chicos, excitados de hace rato por la demora y los ruidos y bostezos de los animales encerrados.

Abren.

Unos cuantos leones flacos pero majestuosos y un admirable leopardo que aún no se resigna justifican el cartel que dice «Fieras». Lo demás son caballitos, cebras, monos, papagayos. Y moscas, moscas que tal vez se reproducen fértilmente al abrigo de la paja maloliente de las jaulas.

Nos hostigan, ensañadas, como si ellas fueran parásitos vengadores y guardianes de los animales limitados por los hierros.

Besarión las esquivo y bracea. Se malhumora.

—Si quiere, nos vamos —le propongo.

—En seguida —me dice y porfía en el empeño de avanzar.

Entre las jaulas una muchacha se desliza. Observo que los leones, indiferentes con nosotros, a ella la miran. Es chiquita y su cuerpo, al andar, tiene esa firmeza y elasticidad que son propias del látigo de cuero.

Los chicos me empujan y yo sigo.

Me he distraído de Besarión. Cuando lo busco está más atrás y habla con la joven.

Después ella se va y él me llama a la salida.

—Falta media hora. ¿Desea comer algo?

Me parece razonable y digo:

—Bueno.

Compra maníes y turrón y me convida.

Bueno...

Sin embargo, Besarión no tiene, en modo alguno, el gozo de un niño —ni de un grande— que va al circo.

Le hago notar que en el palo mayor, por encima de la carpa, un racimo de cuatro altoparlantes traslada sin fidelidad música barata y una letanía que dice: «Dentro de pocos minutos va a empezar la extraordinaria función del circo más grande del...». Y añado mi sarcasmo:

—Desdichados los cerebrotónicos que tengan su casa cerca de este circo.

En respuesta, el mal humor de Besarión por un instante se inclina no sé bien si a la clemencia o a la cólera.

Digo, ya sin intenciones contra él:

—Yo podría ayudarlos escribiendo algo. Conozco a un periodista.

—¿Qué se propone?

—Nada, pero puedo hacerlo. Defender al vecindario del ruido de muchas horas de altavoces estridentes, del alarmante rugido de las fieras en medio del sueño de la noche, de la suciedad de toda su fauna descuidada...

—No dañe al circo. El domador, la hija y la écuyère circulan con él y lo precisan.

—No entiendo.

—Son necesarios a la Organización.

—¿Cuál organización, la del circo?

—No, la otra.

Ya está ahí, en su zona oscura. Me callo y medito.

Si le pregunto qué es la Organización, echará el cierre. Por lo tanto, tomo un camino lateral:

—Besarión, ¿yo puedo pertenecer a la Organización?

—No.

—¿Por qué?

—No tiene vocación.

Con Besarión no podría prosperar este tipo de preguntas: ¿Vocación de qué o para qué? ¿Quién me ha probado? ¿Acaso él mismo? ¿Por cuáles medios secretos?

Del domador adquiero una lejana noción profesional cuando gobierna el mellado rencor de los leones.

Cenaremos con él, ha revelado Besarión, y esto al menos me indica que habrá cena.

Nos acoge una fonda cuyo noctambulismo, a esta hora, apenas pinta.

Con cal anaranjada sobre la cal azul del muro, se ha escrito un código:

***Prohibido Cantar
Prohibida la Baraja
Pena: Expulsión del local
(Sin excepciones)***

—¿Por qué prohibido cantar?

—Para evitar las grescas. Aquí no se canta de alegría. Si alguien lo hace, se delata: está borracho de un modo peligroso.

Son, tal vez, puras suposiciones de Besarión. Se ha puesto de nuevo enciclopédico.

Pero con el domador se simplifica y el artista, sin chaqueta de colores, se asordina. No gano experiencia, información ni curiosidad con el diálogo de ellos, en el cual sólo unos momentos quedo incluido.

Me gustaría oírlo hablar de leones y leopardos, de osos y de tigres. Es lo natural. Sin embargo, el domador prefiere hablar de viajes. Y también eso es natural.

Nada más que una pregunta posee para mí un fondo no visible:

—¿Cómo anda su francés? —Quiere saber de Besarión.

La enana y el enano, el individuo magro de los clavos, los malabaristas coreanos del piyama verde, la contorsionista que parece seguir en el trabajo porque al entrar se zangolotea un poco, ya que es renga, comparten una mesa donde un hombre de sombrero estacionado suscribe y reparte unos papeles pequeños y cuadrados. Se levanta y entrega uno de esos al domador que cena con nosotros. Le echo una mirada y veo que es un vale. Con ese papelito se come y se vive.

La distribución del hombre del sombrero me revela en los rincones al caballista, los antipodistas, el mago hindú del fuego, el alambrista y los trapevistas que han cesado de hacer esas flexiones que al parecer les son indispensables durante el tiempo que no andan por el aire.

Más o menos, la suma de población del redondel. Lo cual explica por qué Besarión consintió que el domador eligiera este comedor para la cena.

No hay misterio. Ni siquiera están todos: no ha venido la écuyère, que era bonita y pudo ser de nuestra mesa.

No hay, con Besarión, brindis alguno. Mustio lugar para un festejo.

Volvemos de esta noche negativa.

Pregunto a Besarión por su francés, por qué lo estudia, si es para saber o ayudarse en tal o cual lectura.

—Estudio francés para hablar con los franceses en su lengua. Iré a París.

—¿A París, precisamente?

—Precisamente, a l'Île de la Cité, donde está, hace ocho siglos, una iglesia fundada por el hijo de una mujer que, como yo, recogía madera.

—¿La catedral?... —Intuyo sin firmeza.

—Sí, Notre Dame. Tengo algo que pedir (y no por mí).

—Pero allá, tan lejos... Si es a la Virgen, imágenes de ella encontrará en todo sitio.

—No interfiera. La devoción de mi mandante quiere que sea ella.

—Está bien. Pero dígame claramente, por favor: ¿esa es la misión de que me habla? ¿Es esa su misión?

—No. O bien, sí: un aspecto.

—¿Es o no es?

—El ejercicio de mi misión tiene estas implicancias.

Me silencio. Me está creciendo algo así como un enojo. Entonces me detengo, enfrente a Besarión y clamo:

—¡No puede ser! Usted me envuelve. ¿Qué pretende, que lo admire?

Él también se ha detenido, me ha escuchado y me responde con severidad y sin demora:

—Usted no podría testificar. No sirve.

—¿Por qué usa conmigo ese lenguaje?

Besarión me está retando con la mirada, mas no tolero que me ate ni se encubra:

—Proponga una sola cosa que sea cuerda y verosímil.

—¿Por ejemplo?...

—¡Tamaño viaje!... ¿Quién lo financia, usted? ¿Cómo, con qué?

—¿Le digo eso y usted cesa de escarbar?

—Tal vez.

—¿Sí o no?

—Conforme.

—Bien. Es un viaje costoso, claro. Es un viaje desproporcionado conmigo, usted lo sabe. Sin embargo, con la Organización no resulta desproporcionado y ella, ¿comprende?, me lo permite.

El domingo se está apagando. Sin Leila.

Mañana, cuando ella venga del colegio, iré a su encuentro.

Me descuido de Leila, de mi libro...

Yo poseería los retazos blancos de mi tiempo si, de verdad, Besarión dejara esta ciudad.

Sin condimentar con ninguna duda, participo a mi madre lo que Besarión dice que hará.

Mi madre escucha y en seguida extiende una Parábola:

—Tu abuela vivió setenta y cinco años, cuarenta y seis al lado de tu abuelo. Cuando ella murió, él se negó a admitirlo. Después de unos días de abatimiento, de encierro voluntario, aparentemente se rehízo y volvió a todas sus costumbres.

Pero en las tardes se impacientaba y pedía que le ensilláramos un caballo. (No sabía montar, vivíamos en una ciudad).

—¿Qué se proponía?

—«Ir a verla» —nos decía.

—¿Adónde?

—A Sicilia, al pueblo...

(Estábamos en América).

Decíamos que sí, lo llevábamos al auto, con el auto le dábamos un largo paseo. Se apaciguaba.

Al volver a casa, le preguntábamos por mamá.

«Está bien, está contenta. Quiere que ustedes no sufran» —nos conformaba.

«¿De modo que usted la vio?».

«Sí. Fui a Italia, a nuestro pueblo, en ese caballo negro que está en la calle».

Repaso el relato de mi madre.

Después intento dibujar mi posición:

—He venido creyendo, y anoche especialmente lo creí, que Besarión padece una especie de trastorno de jerarquía...

—¿Qué es un trastorno de jerarquía?

—¿No se comprende bien?... Es la frase que se me ocurre. Él se siente con fuerzas, con poderes, para realizar enormes ordenamientos, de qué clase no sé: si espirituales o materiales. Se considera en condiciones de estar en un orden superior, pero la vida lo tiene muy abajo. Esto último él no lo percibe o, si lo advierte, trata de engañarse, de no verse en su estado real. Por lo tanto, él anda entre dos mundos, entre dos órdenes.

Tampoco está muy claro si lo guía una razón de amor al prójimo o de amor a sí mismo. Aparentemente, no se ocupa de los demás; pero es posible que, sin decir a nadie en particular «Vengo a ayudarte», piense en todos.

También mi madre es indirecta:

—En todos los colegios, el alumno de buena conducta tiene la recompensa de una nota alta, ¿no es cierto? Sin embargo, en algunos el estímulo varía según la imaginación de los maestros: hay premios especiales, como lápices de colores, un

globo terráqueo, una muñeca, un brazalete... En el internado donde yo hice los grados, la madre superiora inventó una ceremonia y un traje para la niña que se distinguiera por su carácter bondadoso, la conducta y la aplicación en religión. La vestía de ángel y la ponía en un coro de ángeles formado por las chicas que antes se mostraron tan buenas y disciplinadas como ella.

Sonrí y pronuncio yo la conclusión:

—Y yo, ni más ni menos, le estoy poniendo un traje de ángel a mi amigo Besarión.

Mi madre sonrío y puntualiza:

—Ni más ni menos.

—No —discuto otra vez con seriedad—, porque también pienso al revés: que si en lugar de «amor al prójimo» pongo «daño», «desquite malicioso» o cualquier otra palabra que defina lo perverso, o en cambio del «amor a sí mismo» admito el deseo de castigo de sí mismo, el mecanismo que mueve a Besarión funciona igual.

Me detengo, porque cambiaré de tono, ya que diré algo que es muy diferente:

—Eso es lo que yo pensaba, porque no paraba de estar examinándolo, un poco temeroso de su influencia. Pero creo que de ahora en adelante no debo analizarlo más. No me preguntaré si dice la verdad o miente.

Y como el problema elemental de Besarión es de vivienda, no de ruidos, y sin embargo él lo asume en mi lugar, aunque le oculte y niegue que los ruidos me atormentan, continúo:

—Él se empeña en zumbar por esta parte, algo lo manda. Y bien, que siga. Si no me fastidia demasiado, lo dejaré vivir con sus aleteos y sus tumbos, a ver qué sale de eso.

Lo observaré como un testigo impasible, como si él representara esos aspectos de la vida que uno padece y que no entiende.

* * *

Es la llanta de hierro de una rueda lo que primero me sacude el lunes. Conozco el procedimiento: se hunde una palanca en la encía del aro y se golpea con un martillo u otro hierro hasta que entre, forzando la cubierta que lo oprime. El ruido no se extingue hasta que salta, da corcovas, gira y se aquieta sobre el pavimento.

Después en el taller se restablece el prolijo ronroneo intermitente.

¿Qué es?... ¿Qué hace?... ¿Devana un filamento resistente? ¿Se arrastra y al arrastrarse engrana en una simétrica dentadura de acero? Cuando su cuerda se acaba, ¿acomete, frota, muerde, tritura con tesón que lo reconduce al camino de la espiral o de los dientes?...

Si yo supiera algo de eso, también podría saber si ha sido puesto para que quede y envejezca a mis espaldas.

Busco el ruido, ese ruido continuo, en el taller que no es un cementerio ni andén de una estación, pero carece de reservas, porque sus galpones pisan la vereda y se abren sobre ella.

Me propongo inducir por semejanza, a puro oído: tiendo a toda máquina y a toda acción de los mecánicos cuyos resultados sonoros no me sean previsibles.

Pregunto, trato de describir, con el índice inscribo en el aire el devaneo del filamento resistente, y no consigo una pista ni siquiera puedo obtener que se me entienda. «¿Para qué quiere saberlo?», interpone al final un operario, cansado de mí, o desconfiado.

No excluyo de mis intenciones el encuentro de Leila colegial, mas lo suspendo. Prefiero regresar mientras se halla abierta la despensa, porque necesito en préstamo una escalera y un hombre que me ayude a transportarla.

Si el taller para, no es más de media hora. Yo me entero por la retracción del sonido, el vacío que queda y cómo de inmediato ese vacío se colma de silencio.

Al pronunciarse la onda de paz, trepo a toda prisa por la escalera que con el ayudante, más temprano, puse en pie.

Camino por el cinc, que no me favorece, porque es ondulado, resbaladizo y está inclinado. Nadie me ve: me arrodillo y gateo.

Llego al otro borde, ahí donde mi casa se termina. Abajo, hacia adelante, se me descubre el taller con todas sus partes presentidas. No es una comprobación general lo que procuro, sino un hallazgo específico: la fuente de ese ruido tan nuevo y tan constante.

Cuando suena, suena pegado a mi pared, y por lo tanto, para verla, mi mirada debe descender a pique, lo cual suscita el vértigo; sin embargo, lo supero y consigo distinguir, sobre el rincón, un instrumento como un banco de carpintería, aunque corto y metálico, pintado de celeste, ahí donde el acero pulido no reluce. Y nada más: fracaso, ya que ignoro qué es, para qué sirve, ese aparato de tan sensato aspecto.

Desciendo. Mi madre me mira. Percibe que me he enredado en un espionaje que no me honra.

No obstante, tengo que terminar de saber.

Con la guía de teléfonos procuro el nombre de oficios y comercios que contribuyan para que yo logre la exacta fijación de aquel sólido espectro. No lo consigo, pero me hacen recordar la calle donde unos a otros se aprietan los flancos esos negocios que exhiben y venden la maquinaria para industria.

Favorezco que se adense el malestar con que mi jefe circunda a quien no cumple los horarios: me voy.

La calle del caso tiene toda la traza de ser el mercado común de la máquina que busco. Me finjo comprador. La identifico, compruebo su sonido de insecto, sus vibraciones, sus espasmos. Me entero de que labra piezas de metal.

En fin, darme cuenta de que es un torno me abruma. Porque es cierto que yo nunca había visto un torno, como tiene que ocurrirle a mucha gente, pero en una ciudad asedian las voces «tornero» y «tornería», y más indicios que en un tiempo anterior habrían elaborado una inmediata respuesta de mi mente.

En un tiempo anterior.

Vuelvo al hogar. A mi paso, la ciudad que desciende por mi calle apaga sus vidrieras, echa persianas: desmantela su andamiaje de trabajo. Hasta mañana.

Pero queda un lugar donde la actividad prosigue: al dorso de mi casa.

La luz se ciñe al rincón donde está el torno, ese torno que late consecuente, como descubro que empieza a latir, en mi cabeza, una vena que bombea algo más sacrificada que las otras, y duele un poco.

La cena, prolongada en morosa sobremesa, no es bastante para el tiempo que esta noche la máquina se toma.

Retorno los guantes, la bufanda.

—¿Vas a salir? ¿Ahora?...

—Sí, voy a salir. Un rato.

Por darme un rumbo, me encamino al circo.

Ya no está. El baldío agita sombras. ¿Estuvo alguna vez aquí, anoche estaba?... Piso aserrín húmedo y pastoso, evito los hoyos donde se hizo firme la carpintería de las gradas. Todavía unos días hasta las ráfagas más débiles podrán entretenerse con las bolsitas vacías de los caramelos y las etiquetas rasgadas de los chocolates.

Hago memoria de la fonda y me conquista una pasión, la de probar cualquier riesgo o ventura que su comercio y sus reglas tengan guardados para un hombre de un distinto ambiente.

La puerta principal está entornada, las otras clausuradas; pero adentro hay humo y hay calor, eso trasciende.

Yo vine decidido. Entonces, entro.

El dueño de la fonda —aquel sujeto gordo que ayer usaba delantal y salía con esfuerzo de atrás del mostrador— ha muerto.

Pregunto. Me informan: «De muerte natural». Lo cual también era posible, como queda demostrado.

Mi humor —oh, esta paradoja que soy— se siente estimulado. Mas no prospera, por ausencia de un medio bien propicio.

Visito al difunto, en su ataúd, diferido a un saloncito.

Leo las letras doradas y las tarjetitas de las flores. Casi todas dicen: «Tus amigos». Hay una más explícita: «Adiós, Pancho. Tu amigo del alma, C. Clavel». Y

otra de la viuda.

Que está encogida, entre sus trapos negros, en una silla cercana al saloncito. Le doy la mano y ella me agradece: «Muchas gracias, señor».

Me parece que llama señor a todo parroquiano del marido y sospecho, además, que sólo ahora ella viene a conocer el negocio que la dejó postergada, como mujer y compañera, en una pieza con cocina, en extramuros.

Prohibido Cantar (Sin excepciones)

Debajo del letrero se despliega, en varias líneas superpuestas, el frente de botellas. Esta noche son de los amigos, todas, sin gasto, para pasar el frío y en recuerdo del finado. Aprendo el trámite: basta acercarse al mostrador y decir «A ver, una copita...», y elegir.

Me acerco y, a mi modo, elijo:

—¿No habrá, por ahí, una botella de champagne?...

Hablé de humor y hablé de riesgo, pero nadie atiende mi humorada y el cantinero con la indiferencia del oficio me contesta:

—Champaña no tenemos. ¿Un anisado?...

En el taller hay luz. Eso... eso prosigue. Es la una y media.

La vena se impacienta, el bombeo mantiene una cadencia.

Me siento en el lecho.

Sigo del torno la laboriosa andanza, el trecho corto que preludia la frotación del metal, anterior a la pausa, su respiro, que me concede un instante de esperanza y apenas la deja nacer ya la ha destruido.

De la habitación de mi madre no viene la suelta respiración del que bien duerme. Y si ella calla, si no ha dicho una palabra, es porque teme empujar mis decisiones.

No, no habrá violencia. No les gritaré que cesen y se vayan, que me permitan el sueño, que al menos liberen la noche para mí. No.

Seré legalista, preciso e implacable.

En la comisaría me escucha el oficial de guardia.

Opina:

—Estarán trabajando.

Debo decirle que, si en vez de actuar, emite juicio, ya es parcial. Pero me abstengo.

—Si trabajan a esta hora, están en infracción legal. Hay un horario.

—Para el empleado. ¿Pero si es el patrón el que maneja el torno?...

—Si es el patrón el que maneja el torno, no es hora de hacerlo, porque esta es la hora del reposo.

—En fin, ¿y usted qué quiere? ¿Que lo hagamos parar?

—Naturalmente.

—Si el taller está cerrado, no es posible. Lo haremos citar en la mañana.

—Oficial —le digo, trémulo, sabiendo que lo hago mi enemigo—, yo formulo una denuncia y usted, si no quiere faltar a sus deberes, tiene que recogerla y proceder. Exijo, al menos, que usted ordene una comprobación inmediata de los hechos.

Con furia encubierta, me facilita un vigilante.

El hombre encapotado me acompaña.

Puede ser mi único soldado. Las leyes de la guerra requieren saberlo plenamente de mi parte. No puedo conseguir el diálogo, porque al parecer cuando el oficial lo llamó él dormitaba y ahora va molesto y embotado.

Trato entonces de inculcarle la noción del suplicio que padezco, lo instruyo sobre lo delicado de mi trabajo diurno y la necesidad del descanso completo de la noche.

—El trabajo del policía también es delicado —dice.

—Ciertamente —le digo y tiño de admiración mi asentimiento. No sé qué se propone argumentar, pero sin duda mis razones lo han alcanzado de algún modo personal.

—A veces, la guardia es de cuarenta y ocho horas seguidas, como ahora. Cuando me toca dormir, lo necesito más que usted.

—Lo veo claramente, lo comprendo.

—Me voy de día a la cama. La mujer pone la radio, barre y canta; el jubilado su televisor; la cuñada y el marido se trenzan tempranito; los sabandijas del vecino se vienen al patio con mis pibes, y yo... duermo lo mismo.

Y bien, la situación se ha puesto transparente: ya tengo un anticipo de su posición y de su informe.

En mi casa no quiere ir más allá del patio. Dice «Está bien». Me inmovilizo, para que escuche sin perturbaciones. Atiende y dice «No se oye nada».

Lo tomo de la manga del capote y lo acerco a la pared. Obedece con asombro, que le aumenta cuando logra distinguir la causa de perturbación que yo incrimino.

A mediodía, mi madre, en quien la angustia está labrando un desorientado silencio, me comunica:

—Hijo, ha venido un policía. Te citan...

—¿A mí me citan?... ¡Yo soy el denunciante!

Pero acudo.

Los dueños del taller han dado explicaciones. Hacían un trabajo de urgencia y no

han dormido para entregar las piezas muy temprano.

—¿Cuándo hablaron con ellos?

—Esta mañana.

—¿Han venido acá?

—No. Fue el sargento a prevenirles que usted se había quejado.

Ya estoy en descubierto. Tengo que ser, para esa gente, el molesto, el peligroso. Su ruido era inconsciente; en adelante a conciencia puede redoblar y herir, vengar.

Me hago ver de mi madre. Que no vaya a sostener hasta la noche la aprensión de que soy un perseguido o me han dejado preso.

Ella me dice:

—Después hablaremos. Yo pienso que tendrías que cambiar de habitación.

Yo digo:

—Sí, después —y considero que esta pequeña familia que hacemos ella y yo tiene que cambiar de casa.

Hoy, en la empresa, Besarión ha tenido un brote de fama que invade mi sección.

La secretaria cuenta al jefe y el jefe me traslada:

—Besarión, usted sabe, el vendedor, ha renunciado. Dice que saldrá del país y yo digo: deportado.

No. No puedo celebrar la broma humillante de mi jefe. Que siga riendo, que me soliciten sus miradas: yo no adhiero.

Ahí está Nina.

No puedo volverme, pero sí defenderme de este modo: «No he dormido, soy el civil que desde anoche ha tenido más trato con la policía, Besarión me ha dado un golpe... No me hallo en condiciones para esa clase de diálogo razonable y manso que usted pide».

No me defiendo. Aceptaré sus reproches prudentes, dejaré que su charla liviana me conduzca...

Tampoco así. No la atiendo. Con un ademán detengo su monólogo y le digo que, si yo consiguiera despejarme, no dudo que pensaría más en ella.

Parece que decir una cosa de este tipo es el principio de algo, porque Nina acude a mí, de frente, a vigilar mis próximas palabras.

No tengo otras palabras, ya que lo que ahora necesito es besarla, y nos besamos.

Cuando lo individual regresa, persiste lo suave del encuentro.

Me casaré con Nina.

Es lo más fácil, sí, mucho más fácil que todo lo demás.

* * *

Un instrumento de seis brazos —estos míos, los del hermano de mi madre y el obrero de la esquina— realiza la mudanza expeditiva: mi dormitorio pasa al comedor, el comedor adonde tuve el dormitorio.

El acarreo imita un prelude de tormenta de verano: el aparador y el trinchante se arrastran como truenos; se desploma y plancha el suelo, fulminante, el anaquel recién vaciado de los libros.

He perpetrado mi fuga. No he suprimido los ruidos del taller, únicamente los he despegado de mi vecindad más inmediata.

Mi madre queda expuesta: su mobiliario de dormir no se puede desplazar, ya no hay adónde. Pero ella procura que yo escape sin remordimientos: «A mí no me molestan tanto», dice, haciendo la comparación conmigo.

Ahora dormiré más protegido. Besarión se fue o se irá. Me casaré con Nina. Tal vez pueda volver al libro (comenzarlo).

Tendré que prescindir de Leila. Me resultará más tranquilizador que sea así.

Cuando sienta la necesidad de ella, pensaré que es un personaje de ficción, la criatura de mi segunda obra. Y algún día también ese libro escribiré.

O más bien me dará el tema para un libreto de ballet. Se llamará «Notas sociales». Comenzará con las «Informaciones rosas» del nacimiento y la fiesta del bautismo; seguirá con su baile de los 15 años y las rúbricas de «Compromisos», «Misas blancas», «Bodas» y «Viajeros»; mucho más adelante de los hijos, estarán los apartados de «Enfermos» («Su estado es grave») y...

No. Dejemos eso.

* * *

—¿Una radio?

—Sí. Escuchan la carrera.

El diario del domingo lo decía: una emisora relatará íntegramente el torneo de automóviles que comprende el mapa carretero del país y un total de duración de dieciocho o veinte días.

Puedo entenderlo: son gente del oficio de los autos, querrán estar al tanto de todas las instancias de la prueba. Sí, aunque acá se oye demasiado, tal y como si la radio estuviera en medio de mi patio. Ha de ser porque le dan volumen alto, para escuchar bien, ya que ellos tienen más cerca el ruido que produce su trabajo.

En un rato siento cargada la cabeza de nombres de lugares y personas, de cifras de distancias, velocidades, cilindradas...

Me refugio en el cuarto. Si bien atemperada, lo mismo me alcanza esa mezcla de automóviles reales, en proceso de lavado o compostura, y coches no evidentes que,

según la penetrante voz del relator, en remotos caminos se persiguen, prefiguran su victoria, vuelcan, chocan, dan la muerte a alguien... rugen y siguen, porque su número es vasto y su sino es avanzar.

Sin debatir, Nina consiente que yo envuelva de limitaciones su gozo tranquilo de sentirse novia: que la familia no lo sepa todavía, que el casamiento se produzca cuando yo lo decida y se lo diga.

El receptor de radio mantiene su fidelidad a la carrera.

Mi madre ya no prende el suyo, porque lo ahoga el del taller.

Sentados a la mesa, casi no hablamos. Tenemos que oír, la radio nos domina.

Mi abatimiento es por el ruido, pero también por algo que he decidido no participarle.

Compuse un proyecto de nota al intendente para establecer la demanda colectiva: ruidos inmoderados y continuos, radio de alto volumen ajena a la índole del local y su trabajo, torno vibrante con sus bases pegadas al muro de otras casas (índice de riesgo para la seguridad), cierre imperfecto de los costados del galpón en su parte superior y, por consiguiente, desborde de su sonoridad.

El código del siglo XIX y la insensible ordenanza que llaman de ruidos molestos no proveen bien para atacar todo eso. Los forcé y la argumentación quedó dignamente investida de legalidad.

Visité a los vecinos de este lado y a los de aquel y a los de más allá. Ninguno firmó, nadie quiso acompañarme.

Puede ser que algunos en verdad no se sientan alcanzados. Otros, sin embargo, simulan, por no endurecer el dedo de acusar, porque temen reyertas o bien desconfían de mí o no me quieren.

La señora del dentista pretendió eludir con una gracia:

—También mi marido tiene un torno... —es lo que dijo.

El farmacéutico abrió los brazos como ofreciendo recibirme en ellos a fin de apaciguarme:

—¡El barrio es mi vida!... Yo no podría pelearme con ninguno.

Yo pensé con amargura —y posiblemente sin justicia— que aceptan usar destemplada la cabeza porque a nada la aplican demasiado.

Si le narrara a mi madre esta penuria, la dejaría más sola: se sentiría humildemente despegada de esas personas conocidas que se han retraído para no respaldar el pedido de su hijo.

—¡Son el escándalo vivo! —clamó ante mí el sargento retirado.

Admiré su ira y calculé que en el combate yo pasaría a ser sólo su escudero. Todavía agregó: «¡Ah, y que no exageren, dígales usted que no exageren bochinche,

porque un buen día me exaspero y entonces sí que saco la cuchilla!».

Cambió de tono y me dijo, terminante:

—Pero papeles no firmo. No me gustan los embrollos ni los pleitos.

* * *

Nina toca con un dedo.

—¿Por qué?

Por qué no puede decirlo, por qué no puede haber ni un bosquejo de la fecha: no un día ni un mes, un año, una edad.

Digo:

—Porque no puedo estar seguro.

—¿Seguro de casarte..., de casarte conmigo?

—No puedo estar seguro de casarme.

Nina se diluye. Después viene su voz, con un cantito.

Me hace pensar en una muchacha loca, que se hamaca con una muñeca en brazos y le canta. Tiene que ser la ilustración de un almanaque antiguo y melancólico.

Le pido silencio, me lo otorga y una media cuadra contribuye a sostenerlo.

—No vivo bien —le digo.

La excusa no está clara para ella, aunque se esfuerza en pos de su sentido.

Entonces mi caso desborda, cronológico, circunstanciado, con todo lo que promoverá su reflexión, para decidir si mi estruendosa casa la intimida y saber que tendrá por esposo a un hombre vulnerable.

Se pliega a mí, se me acurruca. Como diciendo: «Si te atacaran, nos hallarían juntos».

Y es esa, me parece, otra imagen más del almanaque; pero me conmueve y me da una certidumbre: yo quiero a esta muchacha.

Los que pasan, miran. Acato el poder disociador de las miradas y con delicadeza aparto a Nina.

Seguimos caminando.

—¿Algo sabías?

—Nada.

—¿No me consideran malvado, soberbio, pendenciero?...

—No creas, querido, que todos te juzgan. De cualquier forma, ¡si lo hicieran!...
—Y extiende, sobre el mundo, su implícita amenaza.

De una mala acción de A, H puede deducir la maldad universal, y yo estaré implicado. De mi mala acción, A puede deducir la maldad universal, y estará implicado H. Pero nadie es absolutamente malo para sí mismo, aunque lo sea para los demás. Todos tenemos una justificación. Que no será admitida por los otros (excepto aquellos predispuestos, que son los que nos aman).

La carrera ha terminado; no obstante, el receptor de radio permanece, se han acostumbrado a que suene.

Me agobia, me derrota, pero no me opongo al conformismo de mi madre:

—Al menos, ahora lo que se oye es música.

No persevera en el error. En dos o tres días toma un dejo errabundo entre sus propias cosas.

¿Por qué, si es música?... Yo mismo me golpeo el pecho.

Reflexiono, con cierta alarma por la dimensión de este encono.

No en todos los casos es la música del tipo que yo elegiría. Suena en momentos en que yo desearía escuchar música, pero también cuando yo no querría escuchar música.

Luego, es música, pero música impuesta.

En consecuencia, la música, que es sonido, cuando es música impuesta se convierte en ruido.

De igual modo las palabras, de radio o de televisión, para mí no representan más que un ruido si es que, como suele suceder, carecen de sentido, o poco tienen, o de tenerlo no me alcanza cuando escucho contra mi voluntad.

Sin mi adhesión o aceptación, la TV se me vuelve ruidos con figuras.

Si el señor con quien comparto un asiento del ómnibus lee un diario que yo no deseo leer, en tanto no lo haga en voz alta no me afecta. Si en vez de diario lleva entre manos una radio de transistores y capta un programa verbal que no quiero oír, como lo expande me invade, y me lo impone.

Pienso en casas cuyo ruido no trascienda al exterior. Ni su música, a fin de que no sea, para nadie, música impuesta.

Los urbanistas de todas las naciones, que según Besarión no tienden a la ciudad antisonora, me rodean, juntan las cabezas por encima de mi cuerpo amilanado y me asestan un golpe de cordura:

—Se puede hacer la casa que no reciba ruidos, aunque es muy cara. Pero en la casa que más perfectamente impida la emisión del ruido, si se abre una ventana, el ruido sale.

Atiendo con respeto. Luego, ellos han terminado y, desde el suelo, yo pateo. Digo:

—Apelo.

—¿Apelas ante quién?

—Ante quien pueda mejorar al hombre.

—¿Para que no haga ruido?

—Para que el hombre no haga daño al hombre. Ni daño visible ni daño invisible.

—¿Y si lo hace sin saberlo?... ¿Si él cree emitir música y tú recibes ruido?...

—Oh —me desespero, al advertir que emplean los secretos argumentos de mi mente—, entonces que se pueda creer en la palabra del hombre. Que baste levantar la mano y decir «No me hagas daño» y el otro se abstenga, al comprender que, para alguien, su jazmín es una lanza.

A veces me abstraigo y pienso así, en forma dialogada. Sólo que, como si fueran ciertos, estos diálogos intensos me dejan lacerado.

Ahí, sobre la acequia, empalmando vereda con calzada, unos diez hombres de trabajo armaron y clavaron una incomprensible plataforma. Se fijó en mí, sin curiosidad por avanzar en el conocimiento, la prenoción de un adelanto urbano: que las acequias estén cubiertas y las mujeres desaprensivas no vuelquen en ellas la basura, ni los niños pasen con excesiva facilidad del placer de los juegos al riesgo del agua barrosa de la corriente.

Han regresado, los diez, o algunos semejantes, y levantan tabiques de madera, altos de más de dos metros, sobre la planchada que pusieron la otra tarde.

Forman seis cubos cuya tapa es un techo que llega construido y basta aplicarlo.

Me sugieren una hilera de barracas frágiles y esmeradas, aunque ignoro su destino y por ahora casi prefiero no saberlo, en tanto alivia que vengan como una piedad que se me envía: ya no me dejan ver, desde mi pieza, el portal donde a veces está Leila.

Hacia el anochecer, la instalación concluye. Angostos tableros, con sus inscripciones, me comunican la definitiva vecindad del «Quiosco municipal N° 20». Y hacia abajo del 19 y el 18, hacia arriba del 21, el 22 y el 23.

Comienzo a cumplir los requisitos del noviazgo.

Indago la trayectoria del ahora silenciado Besarión. En la empresa se interrumpe con el papel de la renuncia, en su departamento con la salida de los muebles.

Con mi firma, la única que lleva al pie, deposito la nota en la Intendencia. La Municipalidad envía a un inspector y un ingeniero. Les pido que escuchen. Me dicen que del ruido se ocupa otra secretaría y ellos sólo entienden de construcción de obras materiales.

Se van un rato a revisar la pared por el otro lado.

Vuelven. Me disuaden de insistir. El edificio es antiguo, el muro está vencido. Si hago apoyar ladrillos que formalicen un cierre de 7 metros de largo y 2 de altura, la Municipalidad indicará que el peso es excesivo y entraña un riesgo. Ordenará demoler el muro y realizar una medianera alta como yo la pido, aunque con gastos y largas molestias compartidas.

Sin embargo, creo percibir que el ingeniero registra íntimamente la naturaleza del problema y le pido, al menos, una idea.

Entonces me favorece, hasta el límite que puede:

—Dispondré un cierre liviano, de chapas verticales. No le servirá de mucho, pero...

Después lo hacen. Y no, no sirve.

Me complace hallar en el rostro de mi madre una satisfacción que viene de adquirir y, por lo tanto, no se la quitaré.

—Ya no tengo que caminar: salgo a la vereda y encuentro la verdura que preciso, fruta, leche, huevos frescos, ¡hasta flores!

Pero esos quioscos, barracas en hilera, que le son tan útiles, comienzan a respirar antes que el alba.

Respiran con broncos jadeos los motores de gasoil de los camiones que irrumpen en la noche y en mi sueño. Estacionan sin callar ni apaciguarse, mientras los hombres se presagian prematuros «Buenos días», conciertan cantidades y arrojan al suelo los cajones, o hacen chocar en su metálico esqueleto las botellas.

Los puesteros vacían los envases de hortalizas, los hacen volar y caer aunque se astillen, tararean con obstinación, insultan explosivamente, dialogan con el repartidor de diarios que se detiene en la vereda de enfrente o con cualquier colega que no esté muy cerca, así pueden gritar; las mujeres cumplen su devoción de la escoba que raspa y la manguera que silba y los chicos de los termos, con voz en trance de hombría, inyectan la oferta ambulante de «Café... Caféee...».

Cuando mi madre acude con el tazón del desayuno, ya están los puesteros pretendiendo precios que las tempranas compradoras objetan con ardor.

Sé que soy el tema de empeñosas conversaciones preocupadas, de Nina con mi madre. Pero no sabía cuánto.

—Tenemos la casa que dejó mi padre —me dice Nina—. Puede ser para nosotros, mamá está de acuerdo.

El nuevo plural de Nina organiza de un modo natural la familia en que está ella, estoy yo y está mi madre.

—Está alquilada —digo.

—Sí. Pero yo consulté al abogado. Sugiere una permuta. Los inquilinos vienen acá y nosotros pasamos allá.

No dice:

«La casa que dejó mi padre es mejor que esta». Yo entiendo: la casa que heredó no está viciada por el ruido.

Dejamos que transcurra la semana, ya que, suponemos, sólo el domingo tiene horas libres suficientes para explicar el plan al inquilino, persuadido, concertar el cambio

en sus detalles, escribir las bases si es preciso.

Nina me guía y me presenta. Es hábil y usa el noviazgo como introducción al planteamiento. Ya lo empleará, percibo, a fin de reclamar la casa. Pero el inquilino es también hombre advertido:

—Bueno, la felicito, a los dos los felicito. Sin embargo, señorita, si lo que intenta es decirme que el casado casa quiere, únicamente le puedo contestar que yo también estoy casado y mi mujer quiere que sigamos viviendo en esta casa, que, dicho sea con respeto, su padre nos alquiló muy voluntario.

Entonces, intervengo y digo lo del cambio.

—¿Y dónde está su casa?...

Se lo digo.

—No puede ser, señor, porque ya veo que no me queda bien. Aquí tengo el trabajo en la otra cuadra... y mi mujer está muy apegada a las vecinas.

En la pared del zaguán he visto grietas. Se multiplican, como tajos traperos, casi de arriba a abajo al fondo de la sala. Doy traslado del dato a mi memoria.

Cuando me ve, la madre de Besarión se sorprende y se conmueve: «¡El ingeniero! ...». Piadosamente, no corrijo la imagen que me asocia a su muchacho, pero el error tiene la inesperada eficacia de que la hija cese de conducirme como a un desclasificado.

La señora está echando la obesidad sin alegría del sofá que no pidió.

Primero inclina la cabeza, compungida, porque se da cuenta que pienso en ella. Después le doy la transfusión: manifiesto por el hijo el interés específico que, bien puedo imaginarlo, los demás no creen que merezca.

Trae unas cartas de sobre ligero, estampilladas de paisajes y de las flores de lis de la heráldica, y trae una cajita, que es como el estuche de la pequeña muestra de un jabón muy fino.

Escucho las cartas y su brevedad parece negar la elocuencia ceñuda de quien las escribe. Nada toca fondo y sólo algún párrafo sugiere el equívoco, que es como decir la duda en que él vive o con que se enmascara.

De día tomo mis comidas en un autoservicio que mira a Cluny.

En el jardín mohoso que ennegrece las ruinas, lee y medita, tan apacible como la misma muerte, una joven que a través de las rejas un pintor retrata, y da al cuadro el nombre de Vida.

Le he sonreído y le he dicho:

—Cinco siglos nos distancian.

Y ella me ha respondido:

—No. Sólo el ancho de la calle.

Las cartas terminan. La madre suspira, pero complacida y como preguntando: «¿Acaso no es admirable?»...

Luego se recuerda, se excita, se apura: aún no ha sido expuesto todo lo que tiene. Ahí está la cajita.

Pone en los trabajados dedos el celo que exige el trato de las cosas frágiles y venerables y extrae la miniatura, que el hijo ha mandado, de Notre Dame de l'Île de France.

* * *

Mi tensión crónica me pone alerta a todos los indicios.

Descubro un hilo oscuro que manda su oblicua de la pared de mi casa al quiosco municipal de las verduras, el 20, que se mira en mi ventana. Al instante, con cada paso de aproximación, me introduzco en una recepción con música. Con música de radio.

Toma la corriente del cable general y alimenta un receptor que comparte posiciones con el oro variado de naranjas y limones.

No puedo saludarlo. Realmente, ahora es mi vecino más próximo, el que primero cada mañana puede decirme buenos días. Pero él ha elegido, y no lo que podría favorecer nuestras normales relaciones.

Entro, a darme un plan. Antes de dejar los papeles me vuelvo y lo encaro:

—Su permiso es para vender verdura, no para hacer música en la calle.

No se violenta. Con un vuelco de la mano, que me muestra la palma como diciendo aquí está mi juego, me hace notar:

—La conexión me la han dado. No me han dicho que no ponga la música.

—No se lo han dicho. Pero ahí vivo yo y no es posible que nadie pretenda o autorice que escuche su radio todo el día.

Claudica:

—Ah, bueno. Si a usted le molesta, la apagamos. Ya está. ¿Está bien así?

Un triunfo vertiginoso. Transpiro, siento que mi pecho ha cortado la cinta de la meta. Sí, todo está bien.

El alimento que ingiero en el almuerzo no se amolda a su destino imperceptible. Pido un té y digo:

—Creo que tengo dispepsia.

Mi madre parece estar más informada:

—No. Son los nervios —me responde y se hunde en sus quehaceres, dejándome solo con mis nervios (o la dispepsia).

Puedo dormir media hora. Debo hacerlo, si quiero que el trabajo no quede sujeto a las correcciones del jefe o del gerente. Uno y otro están tomando, últimamente, una rara actitud: dicen que no entienden cómo puedo equivocarme. A mi vez, he

suspendido el esfuerzo que gasté para entenderlos: ¿cómo pueden ignorar lo esencial, que el error se halla incorporado a la raíz del hombre?...

Dormía, ¡y un sueño visceral me ha conmovido! ¡Algo anda ahí afuera!...

Oh, es la otra invasión, la de esa radio que se ha puesto a vocear en mi ventana.

Ya vuelvo a las cosas. Un momento, que en seguida pasará la descompostura y el pecho superará su acucioso sobresalto.

Porque, en fin, ¿qué ha sido?... Nada. Que ese ha descubierto que se vive así, cada cual haciendo su gusto del momento, y en desafío a cualquier enajenado que pretenda lo contrario.

Nos despojaremos de la casa.

Tendremos una sin revoques de barro y que no cuele en los cuartos el agua de la lluvia. La cocina, con su equipo de artefactos y sus hileras corridas de azulejos, será una tentación y no un castigo. Una será la pieza de dormir y otra, diferente, la de tener (y hacer) los libros.

La cosa, claro está, requiere método y suerte. Y tiempo.

Porque es preciso comenzar por vender esta y encontrar o construir la otra que nuestro pensamiento ha dibujado. Nuestra ventaja consistirá en tener dinero propio; si no basta, gestionaremos un crédito de banco.

Como también queda en camino la consagración de esto que hay entre Nina y yo, formamos segmentos sucesivos. Es el primero deshacerse de esta casa que no ventila más que ruidos. El segundo, hacer lo mismo con los muebles y llevar a una pensión lo elemental. Forma el tercero la más dulce porción: con algo del dinero de la venta, Nina y yo, casados, viajamos; mi mente se reposa y recupera.

Mi madre nos espera en la pensión, que al regreso se constituye en nuestra base (transitoria). Elegimos, compramos y a continuación la vida nueva se produce.

El plan —que es de los tres, o mío y aceptado por las dos— nace bello y fuerte, y hacerlo crecer se halla tan en nuestras manos que el diminuto consejo, en la cocina, resulta que de pronto es una tierna fiesta, o la libación de un vino blanco, viejo y abocado.

Algo percibo, del fragor mecánico que golpea la pared del fondo, y de un litigio que en el aire han entablado, se diría sobre nuestro patio, dos cantoras que vienen, una de la radio de retaguardia y otra del receptor que está en el quiosco. No hago caso.

Quizás la aparente modestia de la casa promueve el ensueño de adquirirla con una poquita plata. No sé. De todos modos, me toca comprobar una especie de film documental de la ansiedad. Las ansiedades de conseguir techo.

Sin embargo, los minúsculos avisos de los diarios me enseñan que el valor de

transacción se asigna ahora al suelo y no a lo que sobre él se levantó algunas décadas atrás con otra idea del aprovechamiento del espacio. Quienes tienen dinero y pueden concretar la compra, comprarán por un precio de terreno y, como entre ellos puján, me darán el rendimiento que yo espero.

La frecuentación de los avisos sin conclusiones inmediatas me hace comprador de cuantiosos periódicos, y en uno de ellos vengo y encuentro la fotografía del domador que cenó con nosotros después de la función del circo.

El domador tiene indomada la melena, con la desprolijidad de las malas noches que en la mañana el peine no ha enmendado. Lleva custodia doble. El epígrafe toma el partido de los guardianes y, a más de llamarlo terrorista, adjetiva como pidiendo sangre.

Recuerdo a Besarión.

* * *

Tomo esposa.

Nina ha consentido que iniciemos en una región mediterránea. Donde la gente ejecute, al modo antiguo, mansos trabajos, y el turismo no circule.

Sólo consignó la duda sobre alojamiento.

Consulté a la Dirección de Turismo. Tuve noticia de pueblos donde hay buenos hoteles. Estancieros y rematadores los justifican, dos veces cada mes, con su afluencia a las ferias de ganado.

Elegí fechas que difieren de las previstas ferias de diciembre.

La dimensión de la llanura invita a desoír la ciencia y atenerse a la engañosa evidencia de que la Tierra es una vasta superficie plana.

Sobre uno de sus bordes, el sol parece tolerar la lentitud del auto que nos lleva, y decirnos: sin prisa. No me descolgaré todavía, les daré mi luz para que lleguen.

Por entretenerse durante la demora, juega a pintarse de rojo y desparrama pintura alrededor y hasta muy lejos.

El pueblo, de ladrillos colorados y mallas de alambre como cierre, se deja penetrar —por el autito—, sin perturbarse.

Tomo la mano de Nina, que se tiene del asiento, y un apretón enamorado le transmite cuánto me han sedado ella y la ilusión de esta paz que nos acoge.

Descendemos, descenden las valijas a quedarse con nosotros los diez días.

El autito apaga su motor y mis oídos se acomodan, ya del todo, a la atmósfera exterior.

Algo se oye. Un algo poderoso.

Un majestuoso abatirse de hierro sobre hierro. Y una propagación de ondas como mantos de metal torturados en el aire hasta hacerlos escapar hacia los pastos.

Es la herrería. Mi niñez la identifica y mi yo adulto la incorpora al cuadro lógico del pueblo elemental.

Fragua y fuelle, un yunque y sus martillos... Mi desconsuelo.

II

Nina y yo hemos sido nómadas, tres años; algo menos, mi madre con su piano.

Después nos asentamos, diecisiete meses, como lo dice la cantidad de recibos de alquiler, que yo conservo.

Ahora hemos llegado a nuestra casa, que es un poco como aquella que quisimos.

* * *

Del piano se cayó la pedalera y el desarreglo, naturalmente subsanable, inquietó a mi madre como una premonición aciaga para el instrumento.

Se montaba a la pensión por una escalera de catorce peldaños y era angosta. Yo le dije a mi madre, cuando se dispuso el cambio: «El piano, me parece, no se podrá subir». Mi madre respondió: «Entonces, hijo, tampoco yo podré». Y bueno, la tercera no pudo ser esa pensión, sino otra que estaba en planta baja y allanaba el acceso con su rechoncha puerta de dos hojas.

El piano se dejaba llevar y era el bulto mayor y el mayor peso en cada uno de los camiones de mudanza con que, de a poco, recorrimos la ciudad.

Redujo el espacio habitable; admitido en una sala, otra vez en un pasillo, reclamó vigilancia especial para evitarle el maltrato de los niños; generó cierta reyerta incomprensible. Sin embargo, no era una obstinación cerrada de mi madre. Ella necesitaba que el piano la siguiera como un monumento familiar de los recuerdos. Los recuerdos, ya se sabe, no se pueden suprimir.

La reyerta, que decidió nuestro abandono de esa casa de pensión, sucedió porque la niña de la dueña, arriba de mi pieza, estudiaba sin acierto su Chopin. Yo no pedí demasiado, algo así como clemencia; pero la dueña me dijo cruel y absurdo, lloró y se puso a señalar mi piano sosteniendo que yo lo había crucificado y quería sacrificar todos los demás pianos.

Su reacción denunciante no era justa: nuestro piano no sonaba simplemente porque nosotros no sabíamos tocar.

Cuando el deterioro del pedalero se produjo, mi madre habló de nuevo de los dos: «Hijo, hasta aquí hemos llegado; pero ya no podremos seguirte».

Ella y el piano se fueron a la casa de mi tío y les hizo bien, porque ahora han vuelto con nosotros y mi madre está sensata y conforme y el instrumento, callado como siempre, mantiene su discreta integridad y está a cubierto de futuros riesgos y trajines.

El trastorno de mi madre era también el nuestro. Sólo que ella tenía en la sangre el hábito de vivir allí donde pudiera decir «esta es mi casa» o «lo fue de mis padres y de

otras dos generaciones con mi nombre». Se le confundían, me parece, las casas de pensión con asilos y hospitales o con lugares donde habitara de prestado.

Ella opinaba que, por lo menos, debíamos conseguir casa en arriendo. Yo le contenía la voluntad, argumentando:

—¿Para qué, si pronto compraremos una?...

En verdad y reservadamente, las cifras me atajaban. De nuestra casa obtuvimos 900 000 pesos. Los honorarios del comisionista y la escribana, los gastos de bodas (ropa, reunión, viaje) mermaron el monto hasta 820. Los 820 se fueron descortezando, y asimismo los 800 y los 780: la pensión de los tres (y el piano, que estorbaba el regateo) costaba 18 000, más adelante 21, 24, 30, y arriba siempre. Frente a las salidas, mi sueldo perdió la ventaja inicial, se emparejó, cedió.

De los 780 y los 750, para alquilar tendría que tomar un bocado en pago de la llave, con lo cual se achicaría el capital para la compra o construcción.

Reiteraba su queja:

—Tendríamos que haber comprado aquella...

Aquella, la que antes que ninguna nos sedujo. Pero mi madre olvidaba:

—Mamá, usted se olvida de que era sábado, y el lunes, al volver, descubrimos detrás los ruidos del aserradero de madera.

—Sí, entonces te volviste desconfiado. Dabas vueltas.

—Es la manera, creo yo.

Si la casa ofrecida nos gustaba, yo me apartaba del diálogo y el vendedor quedaba con Nina o con mi madre. Detectaba los ruidos que podrían filtrarse por patios o paredes. El método solía derivar a lo enojoso. Si desistía y confesaba la causa, el vendedor la consideraba un menosprecio de mi parte y me trababa en discusiones inservibles acerca de la importancia o poder de alteración del ruido tal o cual.

Por lo tanto, si la casa estaba en venta y nos interesaba de algún modo, antes de entrar yo daba vueltas. Un letrero, en la calle de atrás o del costado, me revelaba la entraña ruidosa que podía tener esa manzana: «Fábrica de yeso», «Fábrica de cocinas», «Construcciones metálicas», «Marmolería», «Ferretería mayorista»... Máquinas trituradoras, hornos rugidores, motores trepidantes, remaches gigantescos, carga y descarga de chapas, sierras de inagotable paciencia para rebanar bloques de mármol... O más cerca los pequeños talleres: «Hojalatería», «Vulcanización», «Afilado de sierras sinfín»...

Sin fin.

—También la calesita...

—Sí, claro, por el altavoz con rondas que ponían desde la mañana.

—Pero —anotaba Nina una reserva— la calesita no impidió ninguna compra...

—Verdad, sólo nos corrió de otra pensión, la quinta o la sexta en que estuvimos.

—La cuarta. La quinta tenía el night club embutido en el subsuelo.

—No, esa era la sexta. La quinta daba a la cervecería...

—... con mesitas sobre la vereda, y de noche, al pie de nuestro balcón:

discutidores, cantores, chistosos, transistorizados; las órdenes del mozo, el tenedor que cae, el vaso que se quiebra contra el piso...

—Las motos estacionadas junto al cordón, motor en marcha, y los chaquetas-negras con sus aceleradas en seco, desafiantes...

—Las pitadas del guardacoches...

—Los picadistas, que habían elegido esa cuadra para concentrarse... Sus preparativos, con frenadas y debates... Las largadas y estampidos...

Nos hemos quedado callados, copados por aquella memoria de voceríos y de estruendos que asediaban nuestro sitio de reposar y de dormir, hasta que Nina admite:

—Sí, la quinta. O la séptima, no recuerdo. Era impar.

—Es lo mismo, ya entonces nuestro dinero no servía.

Novecientos mil nos dieron. Y setecientos ochenta, setecientos cincuenta o setecientos nos otorgaban un discreto poder de compra. Pero nuestros recursos se estancaron, sin crecer; disminuyeron, y en dos años para la casa capaz de conformarnos teníamos que disponer de un millón ochocientos.

El techo.

El ruido es un tam-tam.

Repica para convocar al más-ruido y ahuyentar a los adictos del no-ruido.

Forma parte de la agresión «contra papá».

(El modo más benigno e indulgente de esa hostilidad es el desdén).

«Estar en el ruido». Es la consigna. Han elegido y no por antojo pasa a ser el ruido signo o símbolo de lo actual, lo novedoso, lo que pesa y acredita, y la ruptura.

«El mundo será del ruido o no será». «El silencio es de los muertos». Sí...

El tam-tam es una emanación, una armadura, un rechazo combatiente, o de precombate que no tendrá lugar, contra todo el enemigo, aunque no esté a la vista. (El tamborero de tam-tam sólo se considera a sí mismo).

Los discos con voces infantiles del altoparlante de la calesita me ordenaban compensar una omisión:

—Si al menos tenerla tan cerca pudiera servir de diversión a un niño nuestro...

Nina, endurecida como ante la mención de una dolencia secreta, recusaba:

—Sí, un niño nuestro. Un niño que ocupe el lugar del piano en los camiones de mudanza.

Yo me dejaba esfumar por mi silencio y el humo calmo de mi cigarrillo. Ella callaba. Después se apaciguaba.

Yo tenía de los niños una herida. Una herida real.

En la pensión anterior, un rosado portón de hierro —abajo anchas planchas con rosetas, arriba barrotes contorneados y cúspide de lanza— se mantenía en potencia

como tema para una página de fotograbado de los diarios.

Entretanto, preservaba el jardín, que constituía el atenuante de la impresión de cautiverio de la pieza.

Algún chico de la calle inventó tirarle piedras. La pandilla acogió la iniciativa y, del ocaso en adelante, cada noche el portón sufría un bochornoso bombardeo.

La granizada retumbaba en mi cabeza. La vena le tomó un miedo receloso y palpitaba en cuanto presentía la descarga.

Defendí el portón: corrí a los chicos.

Un atardecer los encontré agrupados, en el suelo, sin ostentaciones ni alborotos. Llevé los papeles a la pieza y pasé al jardín, sospechando que sentados intentarían la renovación de los ataques. No me miraban, tercios en no hacer nada.

Me apoyé en el portón, en un alarde posesivo, y parece que es lo que aguardaban: se despegaron del suelo, cada uno arrojó como granada su cascote, y cuatro, cinco — ¡muchos! — me dieron en el rostro.

Emigramos del barrio: los vecinos me miraban.

El apego de Nina había declinado. Me cuidaba, me protegía; pero, tal vez, no me respetaba como antes.

En aquella otra pensión que abandonamos por causa del tocadiscos de la dueña, Nina conseguía, a mi llegada del trabajo, que el aparato cesara o, de sonar, lo hiciera con cordura.

Un día, Nina no tuvo tiempo de acudir con el ruego a la señora. Me sublevó una música furiosa y yo mismo acudí a la cocina en tren de interpelar. Grité.

Gritó la dueña:

—¡Qué tanto!... Silencio y silencio cuando el señor está. Y cuando se ha ido, la que pone los discos en el aparato es su mujer.

Después reflexioné y me dije que no soy un enemigo de la música, ni mi mujer lo es, ni yo pedía que lo fuera.

Pero ya la dueña había reclamado que dejáramos el cuarto.

Pensé que cuando tuviéramos una casa, nuestra y sin ruidos, Nina corregiría sus pequeñas defecciones con respecto a mí.

Alguien está lleno de amor hacia todos. (No es Besarión, no soy yo).

Alguien está lleno de odio hacia todos. (No es Besarión, no soy yo).

Alguien está lleno de reservas, desconfianza y sospechas hacia todos. (Puede que lo sea Besarión, que lo sea yo).

Alguien está lleno de violencia hacia todos. (Es cada uno, son todos).

Alguien está necesitado de ser respetado y amado. (Soy yo, Besarión lo es).

¿Pero es que alguien puede estar lleno de amor hacia todos?...

* * *

Vine a encontrar a Schopenhauer de mi lado:

«Igual que un diamante, una vez cortado en pedazos, no tiene más valor que tantos más pequeños, o igual que un ejército, si es dispersado, es decir, disuelto en pequeños grupos, no puede ya cumplir nada, así también un gran espíritu no puede realizar más que uno más pequeño, una vez que es interrumpido, molestado, distraído o desorientado; puesto que su superioridad es condicionada por su capacidad de concentrar todas sus fuerzas en un solo punto y objeto, como un espejo cóncavo todos sus rayos; y eso se lo impide la interrupción ruidosa».

«Por eso los espíritus eminentes —Kant, Goethe, Lichtenberg, Jean-Paul— siempre han aborrecido cualquier molestia, interrupción y distracción, en particular la causada, en forma violenta, por el ruido, mientras a los demás eso no los perturba mayormente».

La lectura de esta página me produjo un estado de ánimo melancólico, porque me filió entre los que pueden ser distraídos y perturbados, dio uno de los posibles motivos de la postergación reiterada de mi libro —que yo siempre atribuyo a la inestabilidad de mi vivienda— y me hizo notar la falta de un debido contrapeso, puesto que no puedo presumir de un espíritu eminente.

Schopenhauer y sus «Torturas que el ruido causa a la gente que piensa»... «Los ruidos más irresponsables y desvergonzados son los realmente infernales chasquidos de látigos en las resonantes calles urbanas, los cuales quitan toda la tranquilidad y contemplación de la vida».

Sonreí.

Se me ocurrió participar el hallazgo a Reato, el periodista. Le llevé a su diario el clarificador y fulminante artículo.

Lo publicó a dos columnas, con un título lacónico y llamativo:

CHASQUIDOS DE LÁTIGOS

Agregó una fantasía propia, sobre Schopenhauer en la segunda mitad del siglo xx. Sufrido el asedio de los ruidos de la ciudad mecanizada, superado un raptó de turbación y deseos de fuga hacia el pasado, se armaba de un látigo de cochero, como los que él odió, y entraba a castigar a culpables y máquinas.

Reato tuvo halagos por la publicación y me pidió que le acercara sugerencias de este orden.

Ninguna, en adelante, fue tan feliz, pero la serie que favorecí con mis aportes lo hizo concejal.

Yo le entregaba el recorte, por lo común de noticias; él lo copiaba, le daba título, una que otra vez llevaba su máximo esfuerzo a inferir, por comparación, razones para una apostilla de observación redundante o de crítica ácida, y lo firmaba con su nombre:

DOUCEMENT...

Últimos metros de un film francés:

Está llegando el día a la ciudad surcada por el río. Dos pescadores desembocan de una callejuela, van al muelle. Despejados y contentos (es domingo), silban una canción.

Un policía de capa azul señala los edificios cercanos donde la gente todavía duerme, se pone un dedo sobre los labios y les propone: *Doucement...*

La película termina sin sonido. Sobre una imagen panorámica que abarca el manso Sena y las viviendas que guardan el reposo, viene en silencio la palabra fin.

EL CORAZÓN BOMBEA

El decibelio expresa la relativa intensidad de los sonidos.

Un taller con motores comunes produce ruidos de 80 a 100 decibelios. Una orquesta en fortissimo llega a 110. El remache de piezas de acero, a 120.

Hasta ese punto, el ser humano tolera el ruido. Cuando se sobrepasa, el dolor se suelta.

De 70 en adelante comienzan los trastornos fisiológicos. El corazón bombea desesperadamente, se congestionan la piel y varios órganos.

Usted, señor resistente y desaprensivo, asegura que no lo perjudican. No lo sabe, se enterará cuando sea bien tarde.

Retraso en el desarrollo físico e intelectual de los niños. Lo causan, en un barrio de Nueva York, los ruidos de las demoliciones. Lo comprueba la ciencia y lo informa el profesor Trémelières, miembro de la Academia de Medicina de París.

Los enfermos atendidos en un ambiente ruidoso registran complicaciones en su estado (Trémelières).

Entretanto, el Instituto Max Planck para Fisiología Laboral de Dortmund, Alemania Occidental, experimenta en serie, en cabinas aisladas contra el ruido. Descubre que la influencia de este sobre la circulación, la capacidad auditiva y la regulación de las pupilas no es igual de persona en persona, y desarrolla métodos que amortiguan el sonido en su propio origen o protegen apropiadamente el organismo humano.

TRUENOS (Y HOMBRES) CONTRA EL RUIDO

- Munich - El trueno sirve para combatir los ruidos en la Casa de Alto Voltaje de la Universidad Técnica. Desde una Jaula de Faraday, un rayo desencadena una tormenta artificial. En un edificio experimental — construido con nuevos materiales— son medidos los ruidos. Pese a la carga fónica extraordinaria, el 98% lo absorbe la mampostería.
- Madrid - Cada persona podrá tener su «desviador de ruido» particular. Preuss (ingeniero, 42) ha ideado cómo evitar que las ondas sonoras se expandan en dirección a la tierra. Si se le atiende, los aviones supersónicos no romperán más vidrios ni oídos. El aparato tendrá infinidad de aplicaciones, incluso el «desviador» para cada uno.
- Londres - El futuro es de los sordos. Los jóvenes escuchan su música a un alto volumen, lo cual afecta el oído. Su generación, pasados unos años, puede padecer sordera. Un dispositivo palia el problema. Desconecta automáticamente el tocadiscos cuando el volumen se excede.

INTERMEZZO

Cuento fenicio
anterior a la
Era Cristiana

Un poeta vive entre la casa de un herrero y la de un calderero.

Martirizado por los ruidos, les da dinero a los dos para que se muden.

Ellos aceptan y cumplen: el calderero se muda a la casa del herrero y el herrero se instala en la casa del calderero.

- Frankfurt - Después de los automóviles con motor eléctrico, un ómnibus, ya en marcha. Eliminación de la dependencia económica del petróleo (nafta). Menos gases contaminadores de las ciudades. Promesa de un tránsito casi silencioso, más humano.
- Londres - Ahogados en la fuente. Interpelación al subsecretario de Transportes. Revela un acuerdo con los fabricantes de motocicletas, estas tendrán un mecanismo ahoga o purgarruidos.
- Watford - A raya el ruido de afuera. Invento del Centro Británico para Investigaciones sobre la Construcción: ventana móvil, hidráulica, conectada a un revelador y este a un micrófono: se cierra automáticamente. Ideal para vecinos de aeropuertos y autopistas.
- París, Nueva York, Bonn, etc. - Asociaciones (y alcaldes y ediles) contra el Ruido. En Santiago de Chile la fundó un periodista, Arriagada.

Nuestros investigadores científicos y técnicos, médicos, higienistas, legisladores, concejales, arquitectos, urbanistas, jueces, policías, ni previenen, ni nos defienden, ni se preparan para hacerlo un día. Tiene que ser cuestión de vista: la de algunos, corta; la de otros, gorda.

El *intermezzo* constituyó uno de los escasos aportes personales de Reato. Otro consistía en reelaborar —a veces con cierto tono festivo o ameno, raramente ingenioso— los despachos, sacados de diarios y revistas, que yo le proveía.

Aquel cuentito no contribuyó a la eficacia del operativo, pero lo oí repetir como chiste inofensivo, es decir, prendió más en los lectores que los ejemplos serios.

Le hice notar la contradicción. Reato ensayó la defensa con adulación y picardía: «lo puse para demostrar que el de los ruidos es un problema de miles de años, y que siempre hubo quien los enfrentó: algún hombre sensible y esclarecido... como usted y como yo, dicho sea con modestia».

Sonreí con indulgencia y le pregunté de dónde lo sacó. Dijo haber leído que estaba escrito en unas ruinas fenicias, y él opinaba que un caso de esa especie se le tenía que haber ocurrido a un Ionesco de la antigüedad.

Así era Reato.

Él no fundó una quimérica asociación que copiara la de su iluso y laudable colega

de Santiago de Chile; pero, en un sentido de beneficio personal, llegó mucho más lejos.

Estructuró —con mi ayuda— un anteproyecto de ordenanza de ruidos molestos que, si no sacudió al Concejo de la ciudad, tuvo lectores que se sentían comprendidos y de maneras diversas le comunicaban gratitud.

Los dirigentes de un partido tomaron nota de la popularidad del periodista y pensaron beneficiar con ella el conjunto de sus candidaturas. Abrieron la lista para que Reato entrara y Reato conquistó más votos que los políticos de profesión. Creo que no fue un respaldo total a su campaña contra el ruido, sino que la gente se había acostumbrado a leer su nombre y le ampliaba la confianza para toda clase de problemas vecinales.

En el Concejo hizo prosperar nuestro proyecto, la ciudad tuvo su lírica ordenanza y Reato su concreta banca. Le duró dos años y nunca más se ocupó del ruido ni de nada de importancia.

Tampoco nadie se ha ocupado más de él. Pasó.

Lograda esa posición que él imaginó más próspera o segura, en cuanto se encaramó en la banca debilitó su interés por mi abastecimiento de hallazgos documentales para su columna. Así quedaron sin provecho algunos que, a mi ver, merecían un recuadro, a semejanza del intermezzo.

Como este, que pudo llevar de moraleja «Que los blancos supercivilizados tomen ejemplo», ya que habla de los dogones, indígenas negros del África, de culturas muy primitivas, observados en un tiempo rigurosamente actual, el nuestro:

«En realidad, para los dogones el silencio, cuando no es fruto del miedo, constituye una cualidad social muy apreciada».

(Del Informe Africano Esposti-Andreitti)

* * *

Besarión trabajaba en una agencia de viajes internacionales.

Me dijo que se postuló ofreciendo su experiencia de viajero y sin embargo suponía que el gerente lo tomó sugestionado por el nombre, del cual él le dio la traducción: «El caminante».

Le pregunté cómo vivía. Respondió:

—Solo.

Comenté:

—La soledad emancipa.

Después vino y me dijo:

—La soledad es imposible.

Pensé en la apretujada vida de pensión, en las ideas que nos distraen la individualidad profunda del insomnio, y me dije: sí, la soledad es imposible.

Pero él traía la frase simplemente con el fin de acreditar una propuesta de naturaleza práctica: me invitaba a compartir una casa y el volumen del alquiler.

Él llevaría a su madre, yo a la mía.

Imaginé una casa simétrica: de un lado del pasillo mi cuarto y el cuarto de mi madre; del otro, el cuarto de Besarión y el cuarto de la madre.

Yo le comuniqué: «me he casado», indicándole que el paralelismo se destruía. Y él me dijo: «Ya lo sé».

Le pregunté cuánto debíamos pagar. Me dijo. Consideré que yo solo podría asumir cada mes un gasto así y lo supuse equivocado, si bien nada quise oponer a la seguridad que él exhibía.

—¿Dónde está esa casa?

Me lo dijo.

No volvió. Lo busqué y ya no trabajaba.

Después supe que la madre de él había muerto. No antes, sino después del plan de convivencia.

Busqué la casa y no era un sueño que Besarión soñara.

En el zaguán un medio anciano barría los mosaicos.

—¿Está desocupada?

—Desde ayer.

—Se alquila, ¿no es verdad?

Dejó la escoba. Se acercó a verme la cara:

—¿Cómo lo sabe? ¿Lo mandó alguien?

—Besarión.

—Besarión. ¿Eso es un nombre?

El medio anciano era el dueño y pertenecía a la especie del buen hombre.

Andábamos por el patio. Con el de al lado antes fue uno solo. Un muro bajo, puesto de pie en el eje, no se oponía a la impresión de unidad y comunicación.

—Está vacía —observé, por la casa lindera.

—Seguirá así.

—¿Mucho tiempo?

—Quién sabe. Mucho.

—¿Por qué?

La tomó el Estado, para un borroso destino. Se podía creer que la olvidó o estaba trasapelada en el inventario de sus bienes.

Nos instalamos durante un sábado y un domingo. Recuperé el cajón de los libros, con asombro de las alimañas habituadas a que les durara.

Todavía precisé la mañana del lunes y la hurté al trabajo de la empresa.

En la noche, al regresar, Nina me dijo:

—Mejor que hayas venido pronto. Tenía miedo.

—¿Miedo?... ¿De qué?

—La soledad; tanto silencio...

Otra vez era muy tarde. Nina dormía y la cena estaba dispuesta en la cocina.

Comí todo y continué en la silla, atendiendo el transcurrir imperturbado de la noche. Estaba solo igual que se está bajo la ducha. Tomé el vino con lento paladeo, como si ignorara su procedencia de la cepa común.

Me puse a construir párrafos de «El techo» y decidí que había llegado el tiempo de escribirlo. Me propuse la tarea para el día, la noche siguiente, el domingo, el feriado cercano... No sé. Entretanto dije para mí las primeras frases netas, y su ajuste a mi esperanza era perfecto.

Verdaderamente, demoré en darme al libro. Y después ya tuve que aplicar la cabeza a la búsqueda de recursos para azucar el desalajo por las grietas.

* * *

La casa contigua fue abierta. El gobierno la había recordado y dispuso poner en ella una comisaría. Carpinteros y pintores procuraron previamente concederle un medio tono.

Admití la perspectiva de turbios movimientos de tropa —los aprestos nocturnos para los allanamientos— y asimismo de las últimas bravatas de los ebrios recogidos en las plazas y las riñas de comadres que se prolongan mientras el sumariante escribe. Sin embargo, nada de eso me desanimaba; antes bien, confié en que la presencia estable de la policía iba a sostener la moderación del barrio o siquiera de la cuadra.

No se debe suponer que los maleantes deponen su audacia y se hacen reducir tan seguido que den actividad continua a la guardia de las comisarías. Al menos, no le sucedía a la que tuve al lado. Por lo cual y a fin de entretener la tediosa vigilia de las nueve de la noche hasta la madrugada, los oficiales trajeron un receptor de radio.

La ordenanza de ruidos molestos instruye sobre este punto: las violaciones nocturnas de sus prescripciones han de ser denunciadas en la guardia de la comisaría seccional.

Esa es la ordenanza que yo mismo contribuí a edificar. Sin suficiente visión, como llegué a saberlo.

Con una radio que se oye se puede dormir, es cierto; pero hay que organizarse. Es preciso favorecer el sueño, cansarse, beber algo de más durante la cena, no hablar mucho de noche, no excitarse.

El jefe, en la empresa, me decía:

—Disculpe... ¿este trabajo le da tanto cansancio?

Y yo tenía que explicarle:

—Lo que hago es prepararme para el sueño.

Una vez quiso saber:

—Y eso, ¿cómo se hace?

—Así como yo lo hago, dejándose estar, adormecido, entornados los párpados, tratando de que toda sensibilidad se pierda.

—y esa preparación... ¿tiene que empezar en la oficina?

Es el año 1830 y estamos —yo y mis hombres— en la llanura consecuente.

Para mí son los mayores desvelos: debo prever, ordenar, estar alerta y, como ellos, pero en primera línea, combatir.

El enemigo tiene insidias y misterios. Creo que nos cerca de un modo completo, aunque no se manifiesta totalmente en cada ataque.

Nos atropellan treinta hombres. Baleamos, degollamos o lanceamos a diez. Más tarde vienen treinta o treinta y cinco.

Tampoco veo a su caudillo: manda desde atrás. Posiblemente se reserva.

Dormir se hace espinoso, sobre todo ahora, porque la rapiña de los animales toma coraje y no distingue entre los muertos y los vivos.

Cada vez que intento dormir, la montanera vuelve.

Creo que nos van a deshacer, porque soy el jefe y seré vencido por el sueño.

Me defiende, todavía, el parpadeo. Es tan intenso, aunque fugaz, ese desquite que propicia el mate...

—Mi comandante... —Me recuerda entonces la voz con rajás y con felpa del moreno.

Un día, ya muy pronto, no lo escucharé más. Y él verá que en mi mano, firme, sigue el mate.

Mate con flores de tilo, me alcanzaba Nina, al terminar la cena, y eso me sedaba.

Algunas noches procuraba borrar en mis oídos sus reportajes policiales, diciéndome, por ejemplo:

—Trajeron a la chica, la que mató al novio. También se matará ella. Pedía a gritos que le dieran un revólver. Un ademán la contenía:

—No me des pensamientos. Los pensamientos me impiden dormir.

En realidad, ya no era mucho más lo que intentaría decirme.

Se recogía en el canto, su canto bajito.

Le cantaba al niño, que en ella crecía.

Excepto esas cosas esforzadas, nuestra vida era como la de los demás.

Íbamos al cine; veíamos a la familia; visitábamos y recibíamos a ciertos

matrimonios, en casa de ellos, en nuestro comedor; de algunos compartíamos el auto en paseos moderados; no ignorábamos los restaurantes, la merienda en el parque y los desfiles.

A menudo, como todos, reíamos.

Como todos también, teníamos televisor; aunque, como los menos, éramos discretos en su uso.

«¡A mí no me saca nadie!».

Pero luego declinó: «¡Muerto me van a sacar!».

Y por último invirtió la dirección de la muerte: «¡Si me sacan, lo mato!».

A quien mataría era a mí.

Porque primero induje a Nina a desconocerlo como inquilino y a no recibir su dinero, táctica que él superó —no sin molestias, por cierto— con depósitos en un banco al principio y judiciales más adelante.

Después exhibí sus grietas (las grietas de la casa) y sostuve que la Municipalidad no podía apuntalar la seguridad de unas paredes tan peligrosas.

Lo dije por escrito. No confié en la elocuencia del expediente y visité al jefe de Construcciones. El jefe era mi antiguo profesor de geometría, cuya rectitud de maestro, especialmente para aplazar, siempre resultó verdaderamente matemática.

El antiguo profesor se puso paternal y evocador. Le confié que yo precisaba esa casa para salvarme del receptor de radio de la comisaría de guardia. Me indicó cierto negocio y el nombre de un producto comercial. De este modo conocí los tapones de cera, que vienen tenuemente envueltos en algodón y se adaptan al canal de nuestra oreja.

Cuando empecé a usarlos, me sorprendía mi reloj pulsera. Al mirar la hora en él, no me entregaba, como siempre, su latido afanoso. Yo me culpaba por no darle cuerda, pero en seguida advertía el movimiento de la aguja más pequeña, la de los segundos.

Los tapones redujeron mi capacidad auditiva, lo suficiente —allá junto a la comisaría— para que la radio no desmesurada quedara como un murmullo tolerable.

Una noche soñé que las brujas cuchicheaban en un rincón del cielo raso.

De día pensé que me faltaban, hasta en el sueño, dones o ambición de héroe, ya que nunca me había asimilado a Ulises, a pesar de que la cera fue el instrumento de su treta, cuando quiso desoír el canto traidor de las sirenas.

A mí se me borró el canto de Nina, porque también de día usaba los tapones. Para entendernos, ella elevaba la voz. Si olvidaba hacerlo, yo tenía que insistir: «¿Qué? ...»; ella se daba cuenta y subía el tono.

A veces me hablaba como combatiendo la sordera, yo la miraba con calma, aguardando que terminara lo que tenía que decirme, y le explicaba: «No necesitabas hablar tan alto, no tengo los tapones». Estas confusiones no nos causaban gracia y en

alguna ocasión ella lloró. Le pregunté por qué. Me respondió:

—Es ridículo.

—¿Todo?... ¿Lo que yo hago?

—No sé. No te juzgo. Pero si yo me siento en ridículo, como me pasa ahora, por lo menos tendrías que permitirme el desahogo.

—¿Llorar?...

Yo preguntaba porque no sabía dar consuelo.

¿Lo sabes, lo has pensado?... La noche fue silencio.

Precedió el silencio a la Creación.

Silencio era lo increado y nosotros los creados venimos del silencio.

Al claustro materno, ¿tenían acceso los sonidos?

¿No se habían desarrollado mis órganos de oír, que de todo sonido carezco de huella y de memoria?

De silencio fuimos y al polvo del silencio volveremos.

Alguien pide: «Que pueda yo recuperar la paz de las antiguas noches...». Y se le concede un silencio vasto, serenísimo, sin bordes. (El precio es su vida).

Nuestras noches, Nina, carecen de compasión y de alma.

El antiguo profesor me hizo buscar. Me leyó el dictamen del inspector, que era desfavorable para mis pretensiones.

Me dijo:

—El inspector es amigo del inquilino. Lo sé. Pero yo soy amigo de usted. ¿O no lo sabe?

Conocido el dictamen adverso para él, el inquilino inscribió mi muerte en sus designios verbales. Copiaba a otros desdichados, aunque no hasta el fin.

Fue a ver a mi abogado. Mi abogado me llamó por teléfono. Me aconsejó:

—Dele algo; se irá sin chicanear.

Yo dije:

—Bueno.

—¿Cuánto le parece?

—Tengo (mi madre y yo tenemos) 234 000 pesos. Como tendremos casa, también para ella, si es necesario podemos prescindir de la mitad de esa reserva.

—¿Es todo lo que usted posee? No le dé tanto.

—¿Por qué no?

—Porque aún tendrá que pagar mis honorarios.

Hubo que firmar algo, con las precisiones de la fecha de traslado, indemnización, renuncia de derechos y otras. Firmaba Nina, propietaria; yo, esposo, refrendaba.

Estábamos con el inquilino.

Le pregunté:

—¿Y adónde se irá?

—Compraré una casa. Vendí un lote, dispongo de algún ahorro y esto que me dan ustedes ayuda —sonrió con un tonito mordaz—, aunque sea para la mudanza. Pero debo buscar la casa, no tengo ninguna en vista. Mientras, nos iremos de pensión.

La pensión... Un techo. Movedizo.

Pensé en los actos que uno ejecuta contra su propia virtud de caridad.

Nina, aquella vez, me encontró bueno. Y me lo dijo.

* * *

Vendemos la casa de Nina y compramos otra sin pasado.

Cuando llevo a mi madre, ella me dice:

—Es extraño... No me creerás si te lo digo.

—¿Qué?...

—Anoche soñé con esta casa.

No fue anoche.

Es un barrio inofensivo.

Nada más que un tonto me molesta. Se viste de mecánico (lo es) y no pesa si lo ocupa su taller, que está en otra parte. Pero si se queda, durante el descanso, prefiere la calle y su pandilla de la esquina. Se vuelve gutural. Imita al mono y a otros animales. Me parece que es un recurso para que el grupo no lo excluya. Si está solo, toma una piedra y da contra los caños huecos del alumbrado. Golpea y aplica la oreja a la columna. Escucha. Cuando la vibración se acaba, vuelve a golpear.

Vive en la pensión de enfrente, la de tres patios. Creo que es el hijo de la dueña.

Considero al hombre como hacedor de ruidos.

Sus ruidos son diferentes de los ruidos cósmicos y los ruidos de la naturaleza.

El hombre es emisor natural de sonidos: la voz (el habla y el canto). Pero también los produce con instrumentos: una piedra, un hierro, batidos contra algo; los medios de hacer música, la máquina... (El ruido-máquina).

La máquina es útil. No su ruido, peor si se exagera o no se modera. Corrientemente, ni se modera ni se controla ni se reprime. Produce, en quien lo genera, una euforia de poder (¿poder agresivo?).

Los seres humanos son generadores de sonidos. Son (los demás).

Yo tendría que recelar de la vecindad de toda la gente. Y no es esa mi actitud: soy más bien confiado.

Hay un ruido... material.

Y hay otro ruido que es... ¿cómo es?

Viene de las personas mismas, o de las condiciones que crean las personas, o la convivencia.

A veces se percibe como un bloqueo, como una onda o infiltración sonora o un susurro opresivo y deprimente.

Tampoco es así. No es posible oírlo. Esas características hay que suponerlas o adivinarlas. Lo que de él se capta, se recibe, son las consecuencias. Esencialmente — como el otro, el ruido material— perturba. Es tan intensa su gravitación que desequilibra, no los sentidos... ¿qué?...

¿Es un ruido?... Sí, tiene que constituir un ruido, un ruido de guerra, destructor y no aparente. Un instrumento-de-no-dejar-ser.

(Divago. Creo que este razonamiento ha sido una ráfaga de sinrazón).

Mi casa termina cerca, no es profunda. Mejor. Si se tendiera hacia el corazón de la manzana, un día podría alcanzada un taller mecánico o una fábrica de algo.

Mi piecita de estar solo —torre impensada— cabalga el edificio. He forrado el interior de libros. Aguardo de nuevo su contagio. Lo que tengo adentro requiere su lenta infiltración. Revivirá.

Quizás no debería hacer el aprendizaje con «El techo» (o como al final lo llame), sino reservar el asunto para mi labor de madurez.

Antes podría escribir una novela menos responsable, que adiestre mi estilo y me active la imaginación. Una novela policial, posiblemente.

Hacer tropezar ciertas recetas de las novelas policiales. En estas, el autor sabe quién es el asesino, sólo que hasta el final se lo esconde a la policía y al lector, y además les pone datos falsos para despistarlos.

Mi novela tendría un crimen y varios sospechosos, pero yo mismo —el autor— ignoraría quién es el criminal. De este modo, el libro estaría en condiciones de prolongarse indefinidamente, hasta que el crimen narrado cayera en el olvido.

O bien tendría uno de estos dos finales: a) el lector puede escoger a su gusto al asesino, sobre la base de los móviles y pruebas que le parezcan más convincentes, lo cual equivale a permitir que el criminal sea distinto según el lector que formule la conclusión; b) un hecho casual o un policía sagaz —el hecho y el policía también corresponden a la ficción— revelan al criminal y así es como llegan a conocerlo el lector y el autor.

Otra variante que se me ocurre es esta: el policía descubre la identidad del delincuente, pero aún no lo tiene a mano. Avisa por teléfono a su jefe que la investigación está terminada y que de inmediato irá a verlo —a él, al jefe— para decirle quién es el asesino. Cuelga el tubo y se nota un poco descompuesto. Guía penosamente su automóvil. Choca y muere. Como el nombre del criminal estaba sólo en la mente del policía y este nunca lo pronunció, el jefe no se entera. Por lo tanto,

tampoco el autor de la novela llega a saberlo.

Igualmente es admisible la tesis de que el criminal ha descrito su crimen y si se desconoce como delincuente —creyéndose nada más que un escritor— es por una confusión de orden mental.

Pero también para una novela policial carezco de experiencia. Si decido hacerla antes de escribir «El techo», tendré que elegir un sujeto de la realidad como posible víctima y suponerme yo el homicida. En esa forma, estudiándolo y estudiándome, podría ir construyendo el libro.

La víctima, tal vez, podría ser el mono.

Si el mono me molesta es porque lo escucho; si escucho al mono, sus golpes de caños y la pandilla de la esquina, es porque mi dormitorio se vuelca, por el balcón, hacia la calle.

Si ahora me sobresalto por esa radio al pie de la ventana es porque a doscientos metros discurre la Avenida de Acceso y los camioneros de carga se salen de ella, de su tránsito rápido, y se apoderan de las calles tranquilas. Estacionan delante de una casa, comen a la sombra, duermen en la cucheta de la cabina, se ponen ropas de ciudad y hacen de la ciudad un puerto. Los camiones de carga tienen receptor de radio.

Desde el balcón les discuto su radio y su derecho de acampar entre viviendas.

Pero ellos, que aun proscritos de esta cuadra nada perderían, con su certeza de no verme más que hoy y mañana y luego nunca, me sobran. Siento que mi estómago, como mi cara, se pone en el punto rojo de la indignación.

Siento que a ellos —y no por el momento al mono— los prefiero como víctimas. Promovería la desaparición completa de sus cuerpos, y el camión, sin conductores, sin visibles dueños, quedaría semanas y semanas al pie de mi balcón. Al sol, quieto y vencido como un tanque extraviado en el desierto cuyos ocupantes se hubieran dispersado por la arena.

* * *

Besarión refluye sobre mí.

—¿Dónde estuvo sumergido?

—Viajé.

—¿Otra vez?

—Sí, otra vez. Estuve en Suiza. Fui llamado.

Acudió, dice, vacilante: desconocía el idioma de la región germánica.

—La invitación era de Ludwig Lücke, un nombre fácil de recordar, difícil de penetrar. Tenía asignado un hotel, en la Sihlstrasse de Zurich. Encontré el casillero abrumado de itinerarios y programas, billetes de tren e invitaciones.

—¿Sin que le costara?...

—Sin que me costara. En el Stadtheater vi «Lohengrin» y «Orpheus in der Unterwelt», en la Schauspielhaus «König Lear» y en el monte a un pueblo entero que hacía «Wilhelm Tell» al pie de una cabaña. Pude abismarme en esos rastros de las edades que tiene Lucerna: las ollas de los glaciares y el puente cubierto de la capilla con sus pinturas triangulares místicas y remotas. Tres ángeles decapitados sostuvieron ante mí sus cabezas de párpados cerrados: los santos patronos de Zurich, en la Collégiale.

—¿Y algo no tan grave?...

—Sí, recepción en la Rathaus. Smoking obligatorio. Ludwig Lücke no adivinaba el pobre contenido de mi valija. Alquilé un smoking. Fui a la Rathaus, un barroco del XVIII, sobre el muelle. Bailé, bebí marc (una especie de grapa), hice amistades. De pronto (comía unas salchichas blancas que servían con mostaza mucho después de la cena) me pregunté: ¿no estará aquí Ludwig Lücke? Si es una fiesta del Estado y él una persona importante, tengo que encontrarlo entre los smokings. Pregunté. Nadie lo ignoraba, pero ninguno parecía estar en condiciones de identificarlo.

Entonces me senté y me dije: no sé quién es, pero Ludwig Lücke puede darme cosas en toda la ruta que ha establecido para mí. ¿Dónde estaba cuando no conseguía nada? ¿Dónde estará después del viaje, cuando yo lo necesite?

Se concede una tregua, que respeto. Luego intervengo:

—Besarión, ¿qué busca ahora?

Contesta, tal vez para sí mismo:

—El signo, la señal.

No puedo preguntarle qué es la señal. No me dejará. Por lo tanto, desvío:

—¿Ludwig Lücke le sirvió para encontrarla?

—No. Nunca lo vi. Aprendí una cantidad de palabras alemanas: *Lücke* significa *vacío*.

No me ha dado tiempo, el mono, para mi ejercicio literario. No he llegado a planear la eliminación y él se va, con la pensión. La pensión abandona la casa de tres patios.

Al menos, me exime de los sonidos guturales del hijo de la dueña.

Refiero, a Nina y a mi madre, el segundo viaje de Besarión, mi amigo.

Expurgo el relato de todo aquello menos creíble. Sin embargo, mi madre dice:

—Lo he visto, de puerta en puerta. Trataba de vender un juego de cubiertos usados. Lo llevaba envuelto en diarios. Abría el paquete y mostraba los manojos de cuchillos y cucharas.

Besarión intenta ser, finge ser, para no ser. ¿No ser qué? ¿No ser quién? Él mismo. Besarión tiende decididamente a no ser.

Y yo, ¿tiendo a no ser?... No, tiendo a ser. No me dejan. Estoy interferido, bloqueado. Sólo podré ser en ciertas condiciones. Cuáles, no sé. Apenas las presiento.

Como la condición de estar conmigo. ¿Eso es la soledad? Quizá podría llamarse la soledad profunda.

Aunque si estoy conmigo, estoy acompañado. Ya que si estoy conmigo no soy yo solo, somos dos. «Estar con» indica «alguien o algo junto a», no el mismo.

Si somos dos, constituimos uno y el otro. ¿Cuál de ellos soy? Digo: yo y el que está conmigo. Luego, el que está conmigo es el otro. ¿O si digo «estar conmigo» supongo «un yo» y otro «un yo»?

Debí decir: «estar en mí» y no me hubiera enmarañado el pensamiento.

Ha sido por prestarme a la seducción de las palabras: con sus rasgos de ideas parece que estuvieran descubriéndole algo a uno, como alertándolo sobre la naturaleza de sus capas profundas. Empezaron a confundirme y se me iba formando el miedo de ser dos, o de albergar a un otro, o de haber perdido a mi otro yo o de hallarme bajo su dominio.

Me enredo de nuevo, pero es porque volví a decir algo que necesariamente tiene que inquietarme: estar en mí. ¿A propósito de qué lo he dicho?

Yo me había planteado, para poder ser, la necesidad de ciertas condiciones, como la de «estar conmigo», y luego la cambié por «estar en mí». Y bien... ahora temo que el significado de esta segunda forma sea igual al de la primera. Ese «en» me sugiere que estoy en el interior de otro, y la cuenta vuelve a dar dos.

También se dice «estar fuera de sí»... Zulema está fuera de sí, yo estoy fuera de mí, etc. Son expresiones gráficas muy corrientes y nada tienen que ver con el ser. Lo cual revela lo absurdo de esta discusión que me estoy haciendo.

«Fuera de sí» se refiere a salirse del molde social y convencional que uno usa o luce, y más ajustadamente, a salirse de su propio molde, digamos: la personalidad se sale de la persona. Un caso de desgobierno.

Qué banalidades me ocupan. Hasta puedo hacer, con ellas, lo que ellas son, juegos verbales: qué trivialidades trillo. Odiosas odiseas de las palabras, ¡oh, dioses!

Sin embargo, seriamente... ¿qué es lo que se me extravía, lo que se turba: mi personalidad o mi persona?

Laberintos.

* * *

Por donde salieron una heladera, camas, mesas, sillas, ingresan, a la casa de tres patios, otra heladera mayor, más sillas y más mesas.

Encima de la puerta de dos hojas cuelgan un escudo deportivo; a los costados enhebran, a sendos cables, dos farolitos. Los farolitos presuponen el llamado a la vida nocturna.

Resulta imprevisible cómo será su actividad: si tendrá la reserva del juego clandestino o consumirá las noches despachando a la vereda borrachos malhablados y cantores. La tercera alternativa es una sociabilidad serena de club, con movimiento y buen humor normales; la descartan la amplitud del bar y algunas mesas: las redondas con paño verde de cubierta.

Dejo el tranvía y, como siempre, primero entro en mi calle con una mirada profunda que trata de alcanzar hasta mi casa. A veces, más bien por los colores de la ropa, distingo sobre el puente de la acequia a Nina con nuestro niño en brazos.

Hoy es distinto: una especie de brote o desarrollo. Un cartel cuadrado emerge del club como atajando al caminante. Todavía no puedo leer qué dice, pero basta como presentimiento.

Ya más cerca, me entero:

***Grandes Bailes
de inauguración
Sábado y Domingo***

La música impuesta.

Me parece sentir algo que no puede ser: que el equilibrio perfecto de los lóbulos de mi cerebro se ha alterado, por una mínima caída del izquierdo.

De todos modos, aunque no sea eso, me cuesta ser preciso para andar; se me distorsionan los sonidos corrientes del atardecer; tengo que corregir la mirada, a fin de que las cosas no pierdan nitidez; el intento de hablar sería como empezar a hacerlo, como un aprendizaje.

Creo que es el miedo. Tengo miedo.

Al llegar a casa el bloqueo del temor ya ha cesado. Pero me queda una violencia que apenas consigo dominar.

Oh, que esta noche todo esté bien, que no me contradigan.

Es sábado. Espío el baile. Preciso saber adónde llegan: si los seis cantores de sus tres orquestas cantarán nada más que a la casa de tres patios o proyectándose a las vecindades. Debo ver cuánta gente entra: si fracasa no se repetirá en los sábados y domingos sucesivos.

Llegan muchos automóviles, jeeps, también camiones y motocicletas. Abunda la gente a pie.

Las orquestas no suenan demasiado, sólo hasta donde su sonido puede expandirse por el aire libre.

El miedo de la semana (aquel ataque que yo tuve) fue un apresuramiento. Sin embargo, tenía que venirme, si un cartel repentino me avisaba que todo comenzaría de nuevo.

¡Salta! La música ha saltado en el aire. Por altoparlantes, tan poderosos como los previó el temor.

Cantores, música, animadores, todo entra, implacablemente, en mi casa y mi cabeza.

Medianoche. Nina sube a mi piecita y trae algo que decirme. Pero me ve y noto que desiste.

Le pido que diga. Dice:

—El niño está asustado. Lloro. No quiere dormir.

Los bailes prosperan, anudando sábados y domingos con jueves y feriados.

El niño se ha habituado y ahora duerme. Yo no.

Pretendí orillar, ahora lucho.

En las noches de baile, me sustraía al hogar a cambio del cine o el teatro. Después demoraba en volver, me enturbiaba en el café o bien, solitario, recuperaba las plazas que de algún modo permanecen en mi adolescencia. También las funciones de trasnoche, esporádicas, me ayudaban con su film a reducir el tiempo insomne, en el lecho, bajo los altoparlantes. Porque estos duraban hasta las cuatro de la madrugada.

Ya no. Vigilo y lucho.

La ordenanza de ruidos molestos dice: Baile. Con altoparlantes, hasta las 2. Sin, hasta las 4.

No obstante, el horario del «con» se aplica hasta el horario del «sin», y más, sin horario.

Por el caso que me desvela, he visitado al comisario seccional. El comisario me ha mirado como se mira un recargo de trabajo. A continuación, con todos los aires de un acto de gracia y de la suma tolerancia, ha impartido órdenes.

Como consecuencia, los altavoces han sido restringidos al horario legal. Sin embargo, debo controlarlos porque sus gozadores son temerarios o, tal vez, pretenden irritarme.

Ayer lo hicieron. Eran las dos y media y no cesaban. Me trasladé a la policía. (Es fácil: yo estaba levantado. Permanezco de pie, leyendo, asordado mediante los tapones de cera, mientras dura el asedio).

El oficial de guardia me dijo: «Hay que ser tolerante... Se divierten»; pero comprendió que yo no participaba de la diversión y me anunció: «Ya mando». Me

parece que quiso conformarme. Los altavoces siguieron, una hora más. El lunes visitaré de nuevo al comisario.

La ordenanza dice: A fin de mitigar la trascendencia al exterior del edificio, pista o patio donde el sonido se produzca, los altoparlantes han de tener el cono invertido hacia abajo en un ángulo de tantos grados.

Concurro a la Intendencia Municipal y pido una inspección.

Son defensas. Apenas si corrigen unos puntos las tropelías del ruido.

Podría matar —en mi novela policial anterior a «El techo»— al presidente del club.

Pero sólo entornarían la puerta unas cuarenta y ocho horas y cancelarían el primer baile, no el segundo, que se haría con el motivo adicional de festejar al nuevo presidente.

Tal vez el homicidio revestiría eficacia intimidatoria si con una carta anónima les dijera que es por el ruido que desatan. Sin embargo, la misma carta me denunciaría, porque mi nombre de combatiente contra el ruido está en la comisaría seccional.

No me entiendo cuando regreso de una de estas imaginaciones bufas y ligeras. ¿Por qué me entrego hasta ser yo también algo de su trama? ¿Porque con ellas rebajo o derivo mi amargura?

¿Me bifurca o finjo para compensar? No sé.

Me duele la cabeza. No toda, ahí, el costado. Como si desde la frente un alambre la surcara y como si el alambre estuviera electrizado o encendido.

* * *

De Besarión me cuido, aunque se me arrima muy espaciadamente.

Él está libre. Ha conseguido hacer que su vida sea una divagación o una especie de múltiple metáfora.

Yo retengo anhelos e imaginamientos, hago todo lo que se hace en el hogar y en la oficina, y haré un libro (dos).

Resalta en su apariencia la falta del cuidado de la madre, a quien ya nunca nombra, tal vez por preservar del roce ajeno el recuerdo y sus sentimientos.

Su ropa es incoherente: las prendas no guardan relación una con otra. Se lo digo en cuanto nos encontramos. Él me explica:

—Son despojos.

—No están ajadas.

—Despojos del viaje, de muchos países.

—¿Muchos?... ¿No era sólo Suiza?

—Otro. El viaje tan largo que hice después.

Besarión dice que ha estado en un peregrinaje perplejo en pos de la señal.

—¿Cómo tiene (o tenía) que ser esa señal?

—Imprevisible. Tal vez, una sonrisa de la Macarena...

—¿Y usted recibió esa sonrisa?

—Yo la contemplé hasta no ver más su rostro. Pero mi sublimación decayó. Sin dejar de mirarla, me distraje. Recordé algunos nombres que venía de escuchar en las calles andaluzas y me sonaban nuevos: el Rubio (el Sol), la Sartén (el valle con el fuego solar de la tarde), el Verdugo (un famoso toro asesino, o vengador, y por extensión todo toro que mata al torero), la Gitanilla (la Virgen de la Macarena, por el color aceituna de la piel). Me prometí regresar. Abandoné mi sitio. Pedí permiso a la joven que oraba a mi lado. Alzó a mí la cara. Era de piel de aceituna y sus labios y sus ojos me sonrieron.

—En Reims hay un ángel de sonrisa perpetua.

—Justamente, de él esperé que, para mí, suspendiera un instante la sonrisa.

De la Virgen y el Niño Negros deseé un gesto.

—Virgen Negra y Niño Negro... ¿en África?

—No. En Einsiedeln, bajo un cielo barroco que parece que vuela y nos lleva.

En San Marco contemplé ansiosamente los clavos y las espinas de la Cruz y luego, con los ojos cerrados, quise propiciar, ya en mí, las heridas de la carne. (Yo las merezco).

También cuando yo estuve, Roma se incendiaba (de sol). Me sentía sucio e incómodo. En San Pedro me refresqué en la fuente y después a la sombra del atrio y de la nave. No besé el pie de bronce de la estatua, que han gastado los labios de los peregrinos, porque yo no procuraba la indulgencia, sino el signo. Me apoyé en el mármol circular desde el cual se desciende a la tumba de San Pedro y observaba a dos obreros que recorrían lo alto del crucero, tan lejos que no podía ver siquiera dónde apoyaban los pies, o si los posaban.

En ese momento una mosca zumbó, pasó ante mis ojos y desapareció. Me dije: «Me ha seguido. Aquí no hay moscas, no puede haber, por la penumbra, porque todo está limpio y no hay comida». Volvió a zumbarme y no dudé de que estaba allí por mí. Entonces pensé: «Si aquí no puede haber moscas, pero hay una y me elige entre toda la gente, ¿no es ella, no puede ser esta mosca la señal?». Me vino la alegría de la recompensa, me vino la ansiedad de una revelación más plena de aquel signo, aunque me repugnaba el bicho consagrado como agente. De pronto, lo sentí en mi cuello y pudo más la repulsión: le di un manotazo y lo maté. Me sacudí la camisa y cayó al suelo. Me arrodillé a verlo y, caviloso, tuve que contemplarlo no sé qué inmenso rato: ya no era, o nunca fue, una mosca, sino abeja, una dorada abeja.

* * *

Dispara —no es mi dedo el que gatilla— el matagatos con que fui cruel a los doce años.

Desde el otro dormitorio, mi madre nos sacude:

—¡Son tiros!...

—Ya sé, tiros de matagatos.

No, de revólver. Ahí enfrente, en la madrugada.

Escuchamos un auto que escapa. Vemos a un hombre que se arrastra sobre el vientre; no ha perdido el sombrero, viste de azul y a la altura de la nalga un borrón rojo crece y devora el color del pantalón. Gime. Otro hombre entrega al suelo unas gotas de sangre a cambio de cada pisada que elabora: en seguida el precio es mayor y, por último, el individuo se da todo.

Sobrevienen crónicas sobre un doble fondo, con mujeres, naípe y dados.

El escándalo no aventa al club, lo apaga. Es suficiente.

Me despierta la luz. Nina aquieta al niño.

—¿Qué ocurre? —inquiero, volviendo de la cavidad del sueño.

Nina calla y sigue acunando el llanto.

Después —de lado, creo que algo resentida— me dice:

—Sólo algunos ruidos te preocupan.

Desmenuzo la miga del reproche: Nina lleva en el cuerpo el gran cansancio de todo el día; de noche, el niño llora; a ella le quiebra su descanso, yo ni siquiera lo había oído.

Le participo las conclusiones de una anterior meditación:

—Nina, los que hace la criatura, por ser nuestra criatura, son ruidos queridos, no lastiman.

No llego adonde intento. Le digo más:

—Como el balde que choca en el mosaico al lavar los pisos, los platos que, dos veces cada día, durante una hora golpean loza contra loza, y es muy sonora. Podrían impedir mi siesta o la lectura. No me afectan, no los oigo: no son excesivos y proceden de una persona a quien yo quiero.

Me vuelvo al encuentro de su comprensión, pero Nina se ha cubierto la cabeza con la colcha.

El dolor, aun sin el club, se me repite.

Los niños se han hecho unas chatas de madera con ruedas metálicas. Uno se sienta, otro le da impulso y el carrito se suelta, calle abajo, arrollando y mordiendo, con su rodado duro, el pavimento de hormigón.

Se me enciende el alambre, en la cabeza, y me pone sensible todo ese costado.

Las madres se asoman. Con amor y enojo amonestan a sus niños: «A ustedes, un día, los va a pisar un auto», y les ordenan que salgan de la calle.

Los niños obedecen, salen de la calle y cargan el carrito a la vereda. En seguida, las ruedas macizas de metal reproducen su choque y dentellada en el obstáculo que les opone cada mínimo canal de las baldosas.

El médico exculpa el ruido y diagnostica una neuralgia. Me concede unas

pastillas.

Pienso que tampoco él escucha ni comprende.

La pregunto si será prudente —al preguntar, yo soy prudente— trasladarme a un especialista. Me responde que si sé tanto por qué lo he consultado.

Contemplo consternado los cambios que se desencadenan.

La casa de tres patios padece una subdivisión comercial, que atribuía su identidad con una mezcla de depósito de muebles, tienda de sastre y taller de motocicletas y de motonetas.

Cuando, sin saberlo, con mis apuntes y recortes cimentaba la concejalía de Reato, el director de su diario quiso conocer al proveedor de la campaña contra el ruido. No fue amable conmigo, porque me hizo notar que mi aporte era precario e incompleto, como para descorazonarme si yo, sólo por eso, pretendía considerarme periodista.

Me discutió:

—Usted ataca los altoparlantes de los bailes, los talleres mecánicos y chapistas. Sus ruidos no son los peores. El más maligno es el que producen las motocicletas.

Yo, que los tenía clasificados en mi mente, contesté con brevedad:

—No, señor. Los ruidos de las motocicletas son ruidos transeúntes.

Ahora mi juicio es diferente. Porque las motos se estacionan y su caño sacude explosiones al llegar, al irse y durante el arreglo. Van y vienen en cien metros, vareadas como equinos, y cocean el aire con sus truenos. Ahora lo sé: el taller de motocicletas y de moto netas domina el frente de la casa de tres patios y ha avanzado conquistando la vereda y la calzada.

A la vuelta de la esquina, la calle es un vasto piso para los puestos de la feria franca. Opera desde las siete de la mañana hasta las dos de la tarde. Un altoparlante la acompaña. Quien lo administra tiene algunos discos trajinados y una cantidad de avisos comerciales que decir.

Me protege una envoltura de música, aquello que inventó mi madre en la casa que nos fue invadida. La buena música clásica, racional, equilibrada y apacible.

Mana de la emisora del Estado, pero no siempre que la necesito. Tengo discos, dóciles a mis horarios desaparejos.

Pero el tocadiscos forma parte del ajuar del comedor y la familia, al parecer, no prefiere la permanencia sostenida de esa música. De tamaño ampuloso, el aparato no accede a los traslados y retornos. Pido a mi primo ideas económicas. Mi primo, que sabe de estas cosas, construye un oscilador y lo aplica a una radio barata que es del año 30.

Cargo la pila de discos de larga duración, reduzco a lo inaudible el volumen en el combinado y arriba mi oscilador capta como si fuera una pequeña estación receptora;

por el amplificador de la radio del 30, me da música con la altura que yo quiero.

Claro que hay que estar pendiente de que los discos caigan bien, si no todo el sistema se entorpece, y de que no se escape la onda del oscilador, como sucede más de una vez en dos o tres minutos.

Preferiré, supongo, el ventilador. Por lo menos, en las noches. En el prado que bordea la Avenida de Acceso han puesto un parque de atracciones. Sus ruidos mecánicos y sus altavoces suben como el humo de una hoguera y se expanden en altura. Rebotan en mi pieza.

Creíamos que el ventilador estaba irremediable. Tiene una pala coja y, cuando gira, amenaza con quebrarse, saltar y causar algún degüello. No importa, como golpea las varillas produce un ruido que sumerge todos los demás. El traqueteo de la pala ha perdido poder exasperante. Es monótono y sordo. Me cubre. También, en ocasiones, me adormece.

* * *

Me doy en la calle con Reato.

Disimulo el rencor, mas no el desprecio. Él lo sobrelleva.

Me pregunta cosas y una de ellas qué tengo, que él me encuentra y no consigue definir.

—Me duele acá —le digo y repito una acción que me da alivio: presionando, deslizo más arriba de la sien la punta de los dedos.

—El ruido —diagnostica, con un destello duro que no entiendo.

—¿Cómo?...

—Que el ruido se le ha metido en la cabeza.

Él lo sabe —no muchos lo saben— y no puedo replicarle.

Me incomodo y averiguo algo que de ningún modo me interesa: qué sección escribe, cuál columna ya que al leer el diario no reconozco su modo.

Me dice que se ha pasado a otro diario y compone notas sobre asuntos sensacionales. Prepara una serie sobre las naves espaciales.

Quiere saber qué opino, si está bien.

—¿Su trabajo?... No sé, no lo he leído.

—No, los viajes a la Luna, el viaje a Marte.

—Sí, creo que sí. Es la conquista del espacio, ¿no?

—¡Pero no hemos conquistado la Tierra en que vivimos!

—Me parece que sí. Casi no queda qué explorar.

—De ningún modo. La compartimos con la enfermedad, el hambre y la ignorancia. Cada nave espacial, cada vuelo, cuesta una fortuna que nosotros no podemos calcular. Piense si ese dinero se invirtiera en construir viviendas y en investigaciones contra las enfermedades mortíferas que consideramos incurables.

Yo pienso, más bien, en una nube invisible que envuelva a cada persona y la

defienda de los cambios de temperatura, de los gases perjudiciales, de ciertos contagios y del ruido. Pero digo a Reato que su razonamiento sería aceptable si el espíritu científico y de aventura no justificara el viaje a la Luna antes de remediar los males de la Tierra, igual que Colón vino a América mientras en Europa vivían agazapados para despojarse unos a otros.

Reato juzga que no es lo mismo, que los de uno y otro lado montan sus naves espaciales para llegar a mundos muertos o nonatos y con gastos incomparables con los de Colón o Marco Polo, y se descarga contra mí:

—Según sus argumentos, yo resisto el adelanto de la humanidad. ¡Usted es el enemigo del progreso!

—¿Yo?...

—Sí. Quiere que desaparezcan los talleres mecánicos, que ponen en condiciones de marcha los autos, los ómnibus, los camiones y las ambulancias, lo que sirve para traer los alimentos y transportarlo a usted vivo, enfermo o difunto.

Yo intento decir que no quiero eliminarlos, sino que salgan de los sitios donde la gente vive, pero Reato no me deja y me golpea de palabra:

—¡Eso es, difunto!... Dígame, ¿no ha pensado en matarse? Así no sentirá más ruidos.

Y se ríe, bramando.

Lo golpeo, con la mano. Le golpeo la boca. En la mano yo tenía un manojito de llaves.

Sangra y me odia, espantado de mí. Huye.

Percibo que, en torno, se reconstituye la ciudad. Algunas miradas me condenan, otras indican que alguien se cuida de mi fuerza o de mi furia. Pero nadie me impide el movimiento. Sé que eso no puede durar: parto.

Realmente, es el único escape en que no he pensado: mi propia muerte.

Creía —cosas leídas— que la eternidad era el encadenamiento sin fin de los instantes.

En las horas contemplativas de la adolescencia, ellos se me hacían visibles como delgadas láminas circulares, o grageas muy chatas, de pulidas superficies doradas. Calan, una a una, pero nunca se agotaba la continuidad; era la comunicación con el infinito, y cada disco resultaba magnífico por sí solo.

Desde que vivo de instante en instante, nunca más he visto una de esas grageas doradas y del instante próximo que me puede entregar el mundo no espero sino su carga de adversidad. (Sin que falten ni el amor ni la esperanza, pero esto por mi cuenta, no me será dado).

Ahora creo que también se me ha extraviado el sentido de la eternidad.

O bien prescindo de buscar su sentido y me reduzco a pensar con extrema simpleza que la eternidad es la mucha vida o el vivir demasiado, pero sufriendo y sin animarse a pasar más allá.

Esta noche he tenido el matagatos de mis doce años.

Desde mi torre lo encañonaba contra alguien, no puedo saber quién, que debía pasar allá abajo, por la calle. La calle continuaba inerte y hueca, y yo desesperaba, presintiendo que tenía que matar, ya mismo y a quien fuese, aunque tuviese que echar el arma contra mí.

Miré la calle quieta y vacía hasta el infinito, me aseguré de no oír pasos, ni caballos de jinete o de carruaje, y como entonces ya más no se podía, disparé en mi oreja, apuntando a mi cerebro. Escuché el estampido, cayó mi mano saliendo de la pólvora quemada, y mi cuerpo permanecía en pie y con vida. De la ventana se levantó un ave negra y picuda que yo no había visto hasta el momento. Abrió el pico y graznó, seguramente, pero yo no oí el graznido.

La bala me destrozó el oído (una bala destrozó los dos oídos), sin seguir adelante hacia el cerebro, sin matarme. Yo era sordo.

No recuerdo si también era dichoso.

* * *

La viuda reciente necesitaba apuntalar su economía, ya sé, y decidió alquilar el garaje, sí, pero...

El garaje alquilado es la abertura que sigue a la puerta de calle de mi casa. Desde esta mañana, poco a poco, ahí se integra un tallercito donde compondrán radios, tocadiscos, parlantes y televisores.

Son dos hombres jóvenes, de tricotas complejas y vistosas. Los he visto. Arman estanterías. Silban y abren cajas que contienen cosas.

No han ido a almorzar, parece, o comen fiambres de almacén. Tienen apuro y se anticipan a la marcha regular de su negocio: sobresale en la vereda medio cuerpo de un estéreo americano que suelta música también americana.

La instalación termina temprano (o queda a cargo de uno). Otro interviene el primer receptor necesitado de su cirugía. El aparato, casi quiero creer, se debate, emite chillidos de dolor, agudísimos, altísimos.

Me estoy riendo, o sonriendo, mientras sacudo la cabeza, diciéndome que me doy cuenta, que debo ser estoico, que un día, como el club, el tallercito se irá.

Omito pensar en lo demás; sin embargo, pujan por llegar a mi conciencia otras preguntas: ¿y los estertores y detonaciones de las motos y los autobuses?, ¿y el altavoz parlanchín de la feria franca de la vuelta?, ¿y el engranaje crujiente del parque de diversiones?...

El alambre, más arriba de la sien, comienza a emitir sus señales. Lo desatiendo un rato y se ofusca, vibra, se enciende al rojo vivo, y el dolor me hace dar gritos y llorar. Estoy llorando.

Mi mujer sabe del sedante. Me da tanto que pronto, ya no más, me viene el sueño. Oh, su abismo que me llama...

Estoy en cama, en mi cama. Es de día, las cuatro de la tarde, y oigo voces del éter, discontinuas. (Ya sé, el tallercito de ahí al lado).

He dormido diecinueve horas.

Me despertó el médico. Dijo: no es nada.

Como le expliqué, juiciosamente, que me hallo dispuesto a lo que sea o tenga que venir, me habló de otra manera. Me dijo que, tal vez, tendrá que extirpar el nervio que está sensibilizado o darme una inyección «un poco dolorosa, también en ese nervio, que después usted recordará como la inyección de leche».

Mañana podré volver a trabajar.

Desciendo a dar fuego al calefón de gas, para bañarme.

La persiana está echada y consigue establecer, en la cocina, una penumbra que no es densa. No preciso alumbrar.

Una mosca retardada está zumbando con enojo porque no encuentra la salida.

Arrimo el fósforo y en el pico de gas se forma la fuentecita azul.

La mosca me roza en un vuelo directísimo y demente: ha visto la luz y la ignora como llama. La penetra y por un instante, dentro de la fuente azul, se agitan pequeñas llamaradas de color naranja.

Elevo la persiana para que entre el día y me haga ver. En el piso de granito está la mosca, quieta y sin alas.

Recupero la noción ancestral del fuego que destruye.

La acojo como un recuerdo, esa clase de recuerdos que, bruscamente, lo despejan todo.

Porque yo no puedo matar. Digo, no puedo estudiar a esos muchachos como víctimas, si yo he de ser el homicida. (Pienso en el libro, se comprende).

* * *

Algunos animales escarban la tierra o la arena y en ellas se refugian o procrean, guardan o buscan su alimento. Algunos hombres escarban entre ruedas y motores detenidos y herrumbrados por la lluvia. Yo fui uno de esos hombres y encontré el alma del instrumento que preciso, para librar una batalla de sonidos.

Llevé a mi primo la inhallable bobina de encendido de Ford T.

Ahora he de esperar. Él lo construye.

Ropas de entrecasa, cigarrillos negligentes camuflan de paseo mi espionaje y aprendo dónde el fuego podría untarse, embravecido, provocando más perjuicio.

También, cómo entraría la llama sin que entre quien la prenda.

La nafta se destila por debajo de la puerta, procurando de esta parte que el hilo de combustible resulte muy delgado, aunque más adentro anegue. Se aplica el fósforo. Hay tiempo de llegar a paso normal hasta la esquina, doblar, desentenderse.

La puerta es enteriza, carece de vidrios y aberturas. Encubrirá el desastre. El humo, como delator, será tardío: tendrá que enflaquecer para salir por las rendijas.

Consumida la nafta, no quedará idea de qué causó el incendio.

La bobina de encendido del Ford T es una especie de milhojas, hojas de hierro, puesto de canto. En el medio se le envuelve, o desenvuelve, un rollo de cartón, y despide seis o siete cuernos retorcidos que la cinta aisladora ha suturado.

Se le descuelga un condensador variable, que mi primo le ha acoplado; pero ya tiene ligado su destino a la bobina por un cable y no termina de caer, queda bailando.

Mi primo agrega a la bobina dos filamentos delgados y modernos, forrados de un plástico brillante y colorido. Los eleva, los dobla, hace converger sus puntas, sin que se toquen.

Saca de la bobina el cordón con el enchufe. Enchufa. Entre las puntas convergentes de los filamentos se forma una chispita que chirría, movediza. Desenchufa.

Mi primo dice: ya está.

Puede ser.

Con otro cable, vincula la bobina a un receptor de radio; comienza a sintonizar y me encarga que, definitivamente, atienda. En la casa de al lado —estamos en la casa de mi primo— una radio se abandona a su oficio lenguaraz.

Mi primo sintoniza. Me dice: hay que buscar la misma estación.

La encuentra, la música coincide. El unísono finge que dos casas son iguales.

Mi primo conecta la bobina. Salta la chispa de los filamentos. La radio del vecino se llena de tormenta: las descargas, como piedras, rompen la música y amenazan la supuesta destrucción del receptor.

Alguien corre, gritando: ¿qué le pasa a este aparato?

Golpes de la caja, conjeturas entre un par de mujeres intrigadas, ráfaga de música, de otra música (mi primo me indica que han hecho circular el dial) y luego viene otra recepción normal.

Mi primo está al acecho, puesta la mano en el botón que localiza las diversas estaciones. Me sonrío y su sonrisa dice: ya verás.

Hace girar la banda y capta lo mismo que la otra radio está captando. Enchufa. Suscita nuevamente el caos.

Repite: ya está.

Ahora le creo.

No obstante, la confusión, pared por medio, ha sugerido a las mujeres la catástrofe. Una, atribulada, busca saber:

—¿Y el televisor, también se habrá arruinado?...

Prueban.

Mi primo conecta su propio receptor, lo hace coincidir con el canal que recibe el otro y logra introducirle tanto estrépito que grita la mujer:

—¡Apáguelo, que explota la pantalla!

En mi casa.

Nina, secándose las manos, asiste a nuestra entrada con los bultos. Dice hola a mi primo y mi primo dice hola. Dispongo de la mesa de comer, hacemos el despliegue.

Nina y mi madre se asoman. Les prometo, eufórico: ya verán.

Con mano profesional, mi primo alisa cables, regula la aproximación de filamentos, vincula la bobina a la radio de mi combinado.

Aguardamos su rito, que principia con parar una oreja y reconocer la canción que viene de la radio del garaje. También la atrapa con nuestro receptor. Enchufa. La chispa brota. La encuentro en los ojos de Nina y de mi madre. Ha de estar igualmente en los míos, más brillante.

Pero al lado el canto no se altera.

Tampoco mi primo.

Mira al techo. Me pregunta si conservo los planos de la casa. Digo: sí, ¿para qué?

Los traigo, se someten a su examen. Dictamina, concluyente:

—Ya me parecía. Mucho hierro. Ahí arriba ustedes tienen un emparrillado. Nunca dejará pasar las ondas.

Propongo una esperanza:

—¿Y si lo hacemos desde la piecita? Está por encima del emparrillado.

Mi primo no es hombre de respuestas precipitadas. Consulta el plano. Dice:

—El piso de la pieza está a ocho metros del nivel de la vereda, más dos o tres de desviación por la oblicua hacia el taller, son diez, posiblemente once. Demasiado para el alcance del interruptor.

Demasiado. Para mí.

Han armado o compuesto un altavoz. No sé.

Catan su trascendencia. A mi casa llega. Supongo que a numerosas casas.

Indagan algunos de sus efectos con una aritmética parsimoniosa e importada: One, two, three, four, five...

Desisten de su ática locución y ceden el trabajo a un disco. A muchos discos. Él los amplifica.

Me asomo a ver. Me lo manda el mismo instinto que nos hace hurgar nuestras heridas.

Lo han puesto a sobresalir encima de un cajón, en la vereda.

Mi alambre, violentado, se sacude y me pide que haga algo.

Viene un policía, pesado de armas. Le diré, tendrá que proceder, ejecutivo.

Pero no puede ser y debo soportar. Si acallo el altavoz con un agente, quedo señalado como el hombre que, a su manera, atentó contra el taller de radios. No tengo que crearme antecedentes. Los usarán.

Entro. Cierro las ventanas. Me recluyo con mi alambre.

El altavoz se apaga. Ahora sólo uno que otro estertor de moto neta atraviesa la floja protección de los cristales.

Si el altoparlante reincide, me vestiré e iré a denunciarlo al puesto policial. No importa que de ese modo malogre, en mi mente, las defensas del personaje que estudio para mi novela. Sé que mi experiencia le da vida y si la limito él se desvanece; pero soy el autor del libro y no el que hará el incendio, y preciso que mi alambre se apacigüe.

Viste un guardapolvo gris empobrecido y tiene una barba que deja ver que no es deliberada. Pero es él, es Besarión, que viene como una contradicción de su figura, con el espíritu alerta, saliéndole a los ojos, si bien no los posa en nada fijo.

Lo eludo. No porque tema que haga ejercer la caridad de mi bolsillo, sino por el bastón.

Me hará alguna pregunta y no podré engañarlo como a Nina y a mi madre. Les dije a ellas:

—Es una precaución del médico, a fin de sostenerme si aparte del dolor vienen mareos.

A Besarión tendría que decirle la verdad: que me aprovecho y me cuido de su error. Él se ofuscó, dio el manotazo y mató al bichito sin saber si era mosca o si era abeja. Si yo me ofusco y los increpo, por el altavoz o las motocicletas, puedo ser atacado. Si me atacan, puedo dar un terrible manotón: buscar con qué y, tal vez, matar. Con el bastón en las manos me siento seguro para increpar y sé que, santo cielo, no mataré. Daré unos buenos palos, nada más.

Estoy echándome disculpas de pura vergüenza: Besarión me vio soslayarlo, fingir que no lo reconocía.

Lo he humillado.

Hay en mí cierta miseria...

Regreso. Sé que está agazapada una fuente de ruido (de los ruidos que hace el hombre, con sus máquinas).

Me hallo, todavía, a distancia que no permite escuchar esos ruidos... ¡pero comienzan, en mi interior, la perturbación y el bloqueo! Tiene que ser ese otro ruido, que no se oye, que sale de la gente, para hostilizarlo a uno.

Mucho antes, cuando vivía con mi madre, Besarión me hizo un diagnóstico: «Su

aventura contra el ruido es metafísica».

«¿Por qué lo dice?... No puedo entenderlo, no conozco una palabra de esa materia».

Pretendió estar al corriente: «Usted oye ruidos metafísicos».

«¿Pero qué son, Besarión, los ruidos metafísicos?».

Besarión dijo: «Los que le alteran el ser».

(Fue así, con estas ideas sobre las que yo volvería muchas veces, que empezó a cavar mis reflexiones).

Tomé unos instantes para absorber lo que él dictaba como una conclusión profunda y me dejé convencer. Me dio en cavilar: «ruidos que me alteran el ser... o no consienten que lo encuentre y no puedo identificarme con mi ser».

Ignoro si rebajé las cualidades de mi meditación o confundí el ruido metafísico, como decía Besarión, con los otros ruidos, pero agregué, siempre sólo para mí, esta consideración que hallé juiciosa: «el ruido me distrae, me saca de mí... ¿eso es apartarme de mi ser, o sencillamente enajenarse?».

No obstante, en aquella misma ocasión, Besarión o evolucionó de ideas o estaba trampeando, porque en seguida disminuyó la importancia de sus apreciaciones y cambió de argumento:

«Su aventura es metafísica, aunque resulte ajena a todo lo que sea filosófico, porque usted la teje, y especialmente en la cabeza, con sutiles elementos, a partir de nada».

Eso ya se parecía a desdén o incompreensión. Sin embargo, toleré que siguiera:

«Pero está equivocado o agranda. Su trastorno es fisiológico o psíquico o nervioso. Fisiología, no metafísica».

Me defendí:

«No he pretendido darle títulos de nobleza a mi problema. Usted habló de metafísica, no yo».

«No se ofenda —dijo, conciliador—. Tampoco suponga que yo pienso que usted es un enfermo».

Comprendí. Lo justifiqué: «puedo dar motivo a que se piense... Incluso puede suceder, que pierda la salud, el equilibrio. Lo reconozco, todo; todo eso. Pero por suerte voy atravesando este martirio sin enfermarme. Soy un hombre sano, de mente y de cuerpo».

«Me humillaría, sí, tener conciencia de ser un enfermo y nada más; es decir, si yo no pretendiera nada superior, y no es el caso».

«Lo malo —comencé realmente a atormentarme, sin vergüenza de hacerla ante mi amigo— es que el ruido no me deja hacer lo que yo quiero. El ruido no me permite... —iba a decir “no me permite ser”, pero dije: —no me permite existir».

Me pareció sin embargo una frase demasiado intelectual y pretenciosa y corregí un poco: «no me permite existir, apenas vivir», de modo que me salió peor.

Rápido, vivaz, acaso fastidiado de mi confianza, Besarión me replicó:

«Le permite vivir, aguántese. Confórmese con eso».

«Altero a los demás», deduje, y me abstuve de enojos con Besarión y de seguir el tema.

Creo que incluso sentí como si mis confesiones me hubieran hecho caer en falta de pudor. Decidí olvidar el diálogo.

No he conseguido borrarlo y menos aquel sarcasmo: «Su aventura es metafísica... Usted la teje, sobre todo en la cabeza, con elementos sutiles, a partir de nada».

—Fluido para encendedor.

El frasco, chato y curvo, se parece a los de whisky o de cognac adaptados al bolsillo de atrás del pantalón.

En la farmacia:

—Una pera de goma.

—¿Grande?

—No, chica. Una perilla que quepa en el bolsillo de mi saco.

Paso por la cocina. Mi madre teje. Nina nutre al niño.

Subo al cuarto de baño.

Cargo de agua la perilla. Salgo y cierro la puerta. Introduzco el pico por debajo, aprieto y suelto el agua. Abro la puerta y observo. El agua no ha seguido un curso directo, como lo hacía suponer la posición del pico; ha derivado, obedeciendo el desnivel del piso.

Habrá que tenerlo en cuenta. Por ejemplo, si la parte más valiosa del baño fuera ese taburete, tendría que inyectar la nafta (o el fluido) apuntando la perilla bien hacia este lado y no hacia el medio.

El fluido, como la nafta, es de combustión rápida, me parece. Debo comprobarlo. Lo ignoro porque en el encendedor no lo veo arder, arde la mecha.

A fin de que no dañe, de que al quemarse nada queme, derramo el fluido sobre la loza cóncava del lavatorio.

Le echo un fósforo.

Suben, revientan, instantáneos, un estampido y una llamarada.

El dolor, que ha llegado repentino, se retuerce más arriba de la sien. Gritos vienen corriendo.

Permanezco ante el espejo, recuperando mi imagen, que un momento estuvo acuosa o vaporosa.

Por el espejo veo el miedo y la ansiedad de Nina y de mi madre, que irrumpen a salvarme. No hay de qué, ya puedo decirlo.

—¿Qué ha sido? ¿Qué ha sido? —Quiere saber su emoción, aún desesperada.

Digo:

—Nada. Me bañé las manos en alcohol. No lo escurrí con agua. Lo olvidé. Encendí el cigarrillo y eché el fósforo ahí mismo.

—¿Y esa bomba que ha explotado?...

—¿Bomba? —ríó—. El fuego y sus gases, comprimidos en el caño de desagüe del lavatorio, escaparon de golpe para arriba, y su salida hizo el trueno.

Nina se deja ver desorientada:

—¿Cómo puede ser todo esto?...

Me acerco y le paso los dedos por la frente, igual que cuando quiero moderar mi dolor.

Me mira y, sollozando, dice:

—Te has quemado las pestañas y las cejas.

El timbre de la calle se ha puesto a sonar con exigencia. Tienen que ser algunos vecinos, solidarios (en la curiosidad).

* * *

Un diario de la tarde impone del hallazgo de la madrugada: un hombre de 30 a 35 años, barba castaña, que en vez de saco vestía un guardapolvo gris.

No consigna si él lo hizo o se lo hicieron, ni cómo. Tiene traza de una noticia provisional, hasta que alguien ayude a saber quién es. Es precisamente lo que pide, esa clase de colaboración.

Iré más tarde a cenar. Suele suceder que así lo haga. Después, la cena me aguarda en la cocina.

En camino, trato de representarme su mirada de la mañana aquella, la única vez que lo esquivé. No le encuentro un mensaje, una advertencia y eso, por ahora, me exime del remordimiento.

Pensé en hombres de blanco, médicos tal vez, un juez, su autoridad, su séquito. No, en este sitio donde los cuerpos son conservados, guarda la primera dependencia, detrás de un mostrador, un empleado de tipo oficinista, y un policía de uniforme se está allí, haciendo ver que escucha, y mirándolo mucho a uno, sin tomar intervención. Todavía, creo yo.

Pensé que todos eran hombres, pero en el pasillo el empleado me cede a una enfermera. Yo debo seguirla.

También supuse un sitio subterráneo y una especie de refrigeradora espaciosa y recargada. Puede ser. No me entero porque no llego muy adentro. La enfermera me asigna una silla blanca, de metal.

Llega el policía, sabedor del tiempo, sin apuro, y en seguida entra conmigo a una salita.

Ahí está. Conserva el semblante íntegro, y se le ha puesto tierno e inocente.

Entonces, me atrevo a preguntar si fue él mismo quien lo quiso.

Ella lo dice con vulgaridad y con dulzura:

—Murió de frío. Pobre, me hace recordar los pajaritos.

Yo digo:

—Sí.

El policía me pregunta:

—¿Es?...

Yo digo:

—Creo.

—¿Cree?... ¿No está seguro?

—He dicho: creo.

Ahora me conduce el policía. En el mostrador usa teléfono. El juez, en la línea, me hace preguntar si Besarión tenía familiares aquí mismo en la ciudad. Que si pueden ser convocados sin demora, para un reconocimiento, a las veintidós y treinta, en que estará él. Digo: creo.

El policía cuelga. El policía dice que no me puedo ir. Yo reclamo: a cenar y vuelvo.

Más adelante, mientras saca de la guía telefónica el número de las dos hermanas, me concede:

—Si quiere, puede comer algo. Ahí enfrente, pasando los jardines, hay dónde.

Es un barcito. Pido un sándwich. Miro a los que beben su vino. Me mira el dueño como resignado a un relato, de esos que hace la gente en tales trances. Se ve, me parece, de dónde vengo y, más o menos, qué es lo que me hacen esperar. Sin embargo, yo no hablo. Sigo mirando. Me distraigo.

Cuando el reloj me avisa, paso la calle y los jardines. Afuera hay dos automóviles, que al venir no estaban. Encontraré a las hermanas en la primera dependencia. Me pregunto si en ese momento, o después que lo vean, tendré que dar el pésame.

Son cuatro: dos mujeres, dos maridos, se nota; se nota que son sus maridos, aunque nunca los vi.

Digo buenas noches. Sólo uno de ellos dice buenas, los otros hacen un gestito de cabeza. Lo cual significa que debo esperar aparte.

No hablan, no lloran, no se inquietan porque el juez no viene. Los observo. No me miran. Si no me miran es porque me presienten como quien dio su nombre y parentesco.

A las veintitrés cambia la guardia. El policía que parte me dice hasta mañana. No sé qué piensa respecto de lo que sucederá mañana.

Llega el juez, con corte escasa, un secretario. Nos ponemos de pie y nos saluda pasando como una ráfaga.

Después nos llama.

Las hermanas se inclinan a ver, no demasiado. Se miran entre ellas, en consulta. Una inicia un movimiento de cabeza que indica que no. El juez entiende, pero quiere que lo digan, y ellas dicen:

—No, doctor. No es.

Entonces el juez me trae a primer plano. Me pregunta y yo digo:

—Creo que es.

No me discuten, se miran entre hermanas y maridos estableciendo el acuerdo para desentenderse, como si Besarión —sea o no sea el que está aquí— fuera una hechura de mi imaginación y lo dejaran en mis manos.

Hay otras formalidades. Mientras el secretario escribe y por turno nos piden nuestras señas, me entero de que lo mío no basta; no obstante, a fin de saber disponen de medios apropiados. Supongo que los medios apropiados son las yemas de los dedos. Pero no pregunto.

Me siento tan lleno de nada...

Me digo que la ciudad termina en algún lado donde de noche toda la gente duerme.

Un tranvía me arrima a ese arrabal imprecisado. Después camino. He perdido el bastón, en cualquier parte.

Aún encuentro plazas donde las parejas consiguen sobrevivir al frío, esquinas inflamadas de fervor alcohólico y cafetines de truco por porotos y conversadas pasiones deportivas.

Fantasmas de microómnibus duermen en caravana, orillando la cuneta, donde la luz ralea.

Gruñe un perro, otro me ladra. Sigilosos se me vienen unos cuantos. Llevo en un bolsillo, todavía, el diario de la tarde. Lo despliego, le doy fuego, lo revoleo y se inflama, lo suelto y cae, planeando, con su enorme llamarada. Los perros aúllan como castigados y abandonan el acoso.

Si encontrara a Besarión en estos bordes y él me preguntara dónde estuve, yo me ladearía un poco, tendería un brazo para señalar lo hondo del arrabal y le diría: «por allá».

Y si a mi vez lo interrogara para saber en dónde está él ahora ¿sería su respuesta: «mas allá»?...

Pienso en el Más Allá e imagino un silencio incorruptible.

¿Quién podría llevar ruidos, allá?... los que hacen ruido son los de acá.

Almas que arrastran, no los gemidos de su pena como los fantasmas de los cuentos, sino tuercas y tornillos.

O arrastran su ruido metafísico, como lo diría, de burla, Besarión.

Pobre, Besarión.

Me viene hambre. Sin embargo, advierto que entre mi llegada y el momento de comer mediará la cola de un suceso que ha puesto vehículos y gente por donde está mi casa, o cerca.

Me molesta un chorro de luz petrificada que echa un faro.

En la esquina bebe —o ha estado bebiendo— una gruesa serpiente que se arrastra por la calle. El bombero que la cuida en esta punta me quita la aprensión: no se trata de mi hogar. Es al lado, el tallercito; también los dormitorios de la casa de la viuda.

Ya ocurrió y ellos ya no vuelcan agua. Se han llevado a los heridos (o quemados), que son dos.

Alguien, un desconocido para mí, me reconoce y da un aviso: «Aquí viene».

Del grupo sale mi mujer. Solloza. Lo cual no significa nada en particular porque suele hacerlo con frecuencia, últimamente, y esta noche tiene motivos razonables.

Le pregunto por el niño y por mi madre. Me responde de un modo considerablemente extraño: que si ahora pienso en ellos. Y más todavía me reprocha:

—¡Antes, debiste!...

Noto el cerco, pero es gente indiscreta, nada más. Reviste un significado diferente, y lo percibo, la actitud de espera del oficial de policía.

* * *

Estoy solo, con la espalda de un agente uniformado allá en la puerta, en una oficina inactiva, excedida de luz blanca.

He dicho no, que no fui yo, cada vez que ha venido la pregunta. No insisten. Sin embargo, detienen demasiado la mirada cuando advierten las pestañas y las cejas chamuscadas.

No me defiendo.

Se ha posesionado de mí un recuerdo, de una lectura, y la repito en mi mente como puedo: *A este respecto, en verdad, si no en otro, creo que tengo algo de común con Sócrates. Porque cuando fue acusado y estaba a punto de ser juzgado, su demonio le prohibió que se defendiera.*

Quizás faltan palabras, o cambio algunas, pero si recomienzo siempre son esas y ninguna otra.

No sé cuál puede ser mi demonio, ni cómo es un demonio. Pero hay algo que me impide cargar de argumentos mi simple negación.

Nina me ha abandonado. La comprendo. Viviendo así como vivimos los sentimientos se han ido desgastando.

Mañana vendrá ese vehículo especial. Entrará al segundo patio de la comisaría. Seré su pasajero, no sé si el único del viaje. Cuando me hagan descender, estaré en la cárcel de encausados.

Mi madre está enterada.

Me reconviene:

—¡Si te defendieras!...

Tengo conciencia de que hablo como hablaría Besarión:

—Los mártires, me parece, no pueden defenderse. Nadie los escucha.

Ella no lo dice, pero se le sale el asombro por mi alarde.

«Mártir de la pretensión de vivir mi vida y no la vida ajena, la vida impuesta», clama la justificación dentro de mí.

No la pronuncio.

Hará conmigo el viaje. Entretanto compartimos el banco de la galería y la sombra del guardián. Aunque él se mezquina y me descarta.

Quedo bajo la mirada de los empleados y los estudiantes que gestionan su certificado de conducta.

Yo tenía un certificado de esa clase. Caducó. Si quisiera otro, tendría que acreditar la conducta. Siempre, algunos, tenemos que dar pruebas. Ahora ya no lo hago. Pero ahora estoy excluido.

Una mirada absorta gravita sobre mí. Viene de esa muchacha. La miro, me ve mirarla y retira su mirada. No es compasión, tal vez. Tal vez ella se avergüenza de mi condición.

Sí, es absurdo. Segregarse de la libertad es un absurdo.

Ella se ha ido. Pero yo tengo que meditar su mirada.

No removié la parte mala de mi ser.

El vehículo especial penetra en retroceso y desembarca guardiacárceles.

Reconocen al hombre de mi lado:

—¿Otra vez?...

Los desafía:

—No será por mucho tiempo.

Recupero su historia, escuchada en el recreo de sol, estos días de convivencia percutida. Es ratero, diestro en deslizarse por los techos. Lo llaman «el techista». Un celador ignoraba el motivo del apodo y lo puso en una cuadrilla que trabajaba en el arreglo de las tejas de la cárcel. También de ese techo se escurrió.

El techo...

«El techo», esa porción superior de mis propósitos, vuelve a mí como la dignidad volvió hace un momento.

Pero me están diciendo que suba, que apure.

No será por mucho tiempo.

Y el que sea, a favor del silencio del encierro, sólo para algo enteramente noble: para escribir las páginas con que mi libro, por fin, tendrá comienzo.

Nos descenden. Piso el pedregullo y me sé desnudo al sol.

Nos embretan los requisitos del acceso. Nuestro cuerpo es entregado por alguien y alguien lo recibe. Nosotros asistimos a la transacción.

Oigo música.

Después toman nuestra ropa y nos dan un pantalón y una casaca, el colchón, la almohada y la frazada.

Oigo música. Oigo voces de locución profesional.

Este es el camino: un pasillo, una puerta de barrotes, otro pasillo y otra puerta de barrotes.

Oigo una canción que termina. Oigo voces de locutor y locutora que detallan virtudes comerciales.

Desembocamos en un patio, tal vez octogonal. Allí están todos esos hombres, inactivos contra el muro, relajados, dialogando como si se mantuvieran sin hablar. Allí están, en las paredes, dos, cuatro altoparlantes que amplifican los sonidos de una radio.

Humillados mis hombros por la carga del colchón, la almohada y la frazada, hago mi camino por el patio, de extremo a extremo. Y un poco más, todavía, me desgarró.

Este es el pabellón y en su interior, sobre la puerta de barrotes, otro altavoz sensibiliza el aire que tendré que respirar.

Me dicen cuál será mi cama. Descargo. Dejo caer los brazos, a lo largo de mi cuerpo, para darles su descanso. Quedo expuesto delante del guardián. No sé qué harán conmigo ahora.

Tampoco sabe el guardián qué espero, me parece. Porque me dice que, si lo deseo, puedo salir al patio. Ya me darán de comer.

No pienso en comida. Me sube un ademán lento, con los dedos separados y combados a la altura de la frente, igual que si envolviera la redondez de una manzana. Pregunto, desolado:

—¿Y esa radio?...

Es un hombre bondadoso; me contesta como si le alegrara poder ofrecerme una compensación:

—¿Le gusta? La tendrá siempre.

Él no puede saber.

Estoy sentado en una piedra, en un monte de naturaleza agradable, aunque bien triste.

Viene, desde lejos, un pastor. Me dice:

—No te es permitido permanecer en este sitio.

Voy a preguntar por qué y él se anticipa:

—Porque sobre esa piedra un cordero fue sacrificado.

Retiro mi cuerpo del descanso y quedo de pie ante el anciano.

Él se satisface de mi obediencia y reemprende su camino.

Instalado en una piedra más pequeña, examino la mayor como si acabara de

proponerme un enigma, no una prohibición.

Me sorprende el pastor con un regreso repentino y me amonesta:

—¡Y no pretendas haber sido dado en sacrificio, ser un inmolado!

Voy a rechazar tal presunción (no obstante vislumbrar que revela la verdad); intento reprocharle su altivez, que no repara en mi humildad... Sin embargo, balbuceo y no lo logro: me perturba un sonido que acaba de llegar. Pasa a mi lado. Lo veo como un punto móvil, que se dora en el aire. Es una abeja.

El zumbido me asedia. Se asienta en mi mejilla y no cesa su vibración sonora. Lo golpeo y cae. No es una abeja, es una mosca.

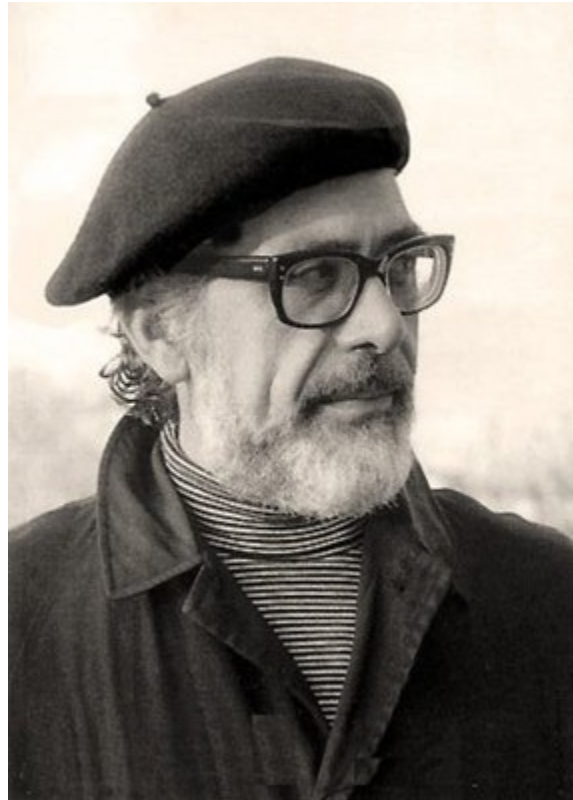
Desaparece la claridad que hacía tan nítidos y creíbles esos sueños que yo estaba soñando. No obstante, el sonido continúa.

Rehago mi entendimiento y lo adapto al lugar donde en verdad me hallo. Ya sé... Es la sierra de los penados meritorios, que trabajan en el taller, con permiso especial y a cambio de salario, hasta las tres de la mañana.

Siento el cerebro machucado; como si estuviese al cabo de un abnegado esfuerzo de creación. Como si hubiera escrito un libro.

Pero mi cansancio no es feliz.

La noche sigue... y no es hacia la paz adonde fluye.



Antonio Di Benedetto Nació en Mendoza el 2 de noviembre de 1922. Luego de cursar algunos años de abogacía, se dedicó al periodismo. El gobierno de Francia lo becó para realizar estudios superiores en esa especialidad. Como periodista fue subdirector del diario «Los Andes», y corresponsal del diario «La Prensa».

En 1953 publicó su primer libro, *Mundo animal*, con el que inició su carrera de escritor cuya cima fue la novela *Zama*, acaso una de las más grandes novelas de la literatura argentina.

Recibió numerosos premios y distinciones por su labor: el gobierno italiano lo condecoró como caballero de la Orden de mérito en 1969; en 1971 la medalla de oro de Alliance Française; en 1973 fue designado miembro fundador del Club de los XIII, y un año después recibió la Beca Guggenheim.

Ocupa un destacado lugar en la narrativa contemporánea argentina. Para ello lo acreditan su personalísimo estilo, su capacidad de crear personajes vivos, su facultad de inventiva, su aguda captación sensorial y su activa intencionalidad poética de remodelador del mundo.

En *Zama*, alcanzó su culminación el realismo profundo de Di Benedetto; fuerte, cruel, incisivo, supera las apariencias de las cosas y acoge en su seno los productos de la más pura fantasía creadora.

En 1976, pocas horas después del golpe militar del 24 de marzo, Di Benedetto fue secuestrado por el ejército. «Creo nunca estaré seguro que fui encarcelado por algo

que publiqué. Mi sufrimiento hubiese sido menor si alguna vez me hubieran dicho qué exactamente. Pero no lo supe. Esta incertidumbre es la más horrorosa de las torturas», diría años más tarde. Humillado, golpeado y destrozado anímicamente, fue excarcelado el 4 de septiembre de 1977 y se exilió en Estados Unidos, Francia y España. Regresó definitivamente a la Argentina en 1985. Murió víctima de un derrame cerebral el 10 de octubre de 1986 en Buenos Aires.

[Fuentes: Graciela de Sola en el «*Diccionario de la Literatura Argentina*», de Pedro Orgambide y Roberto Yahni, publicado por Sudamericana].